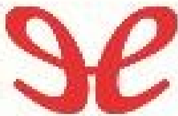
SCOTT HAHN

La cena del Cordero

La Misa, el cielo en la tierra





En este libro, *La cena del Cordero,* Scott Hahn explica la Misa desde el libro del Apocalipsis y ofrece algunas claves litúrgicas que iluminan el sentido del último libro del Nuevo Testamento: el resultado es realmente sorprendente y mucho más claro que tantas interpretaciones de milenarismos, número de la Bestia o jinetes del Apocalipsis.

Tantos católicos que valoran la Misa, encontrarán motivos para vivirla con más fruto y profundidad, como participación temporal del culto del cielo: *la Misa, el cielo en la tierra*. Muchas personas que se acercan al Apocalipsis con interés, fascinación o desconcierto, descubrirán una interpretación convincente de este libro y de la realidad a la que apunta: la Santa Misa.

Scott Hahn presenta las claves de interpretación de dos lenguajes simbólicos aparentemente inconexos: el de la liturgia eucarística y de las revelaciones del Apocalipsis. No pretende disolver los símbolos racionalizándolos, sino mostrar su verdadero sentido para que lleguen al corazón y a la vida de los cristianos.

Scott Hahn

La cena del Cordero

La Misa, el cielo en la tierra

ePub r1.0
Titivillus 18.11.2021

Título original: *The Lamb's Supper. The Mass as Heaven on Earth*
Scott Hahn, 1999
Traducción: Eulalio Fiestas Lê-Ngoc
Ilustraciones: *La adoración del Cordero místico* (detalle) Jan van Eyck

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Dedicado A Kimberly.

PRÓLOGO

Este notable libro reúne varias poderosas realidades espirituales, todas ellas importantes para el creyente cristiano y aparentemente tan diversas, que en una consideración superficial se ven como inconexas: el fin del mundo y la Misa diaria; el Apocalipsis y la Cena del Señor; la rutina de la vida diaria y la *parusía*, la venida del Señor.

Si eres católico de toda la vida como yo, el Dr. Hahn probablemente te dejará con una apreciación de la Misa totalmente nueva. Si has ingresado en la Iglesia o estás pensando en llegar a una plena comunión con ella, entonces te mostrará una dimensión del catolicismo en la que probablemente nunca habías pensado: su escatología o enseñanza acerca del final de los tiempos. De hecho, relativamente pocos católicos se dan cuenta del vínculo que existe entre la celebración de la Eucaristía y el fin del mundo.

El rasgo sobresaliente de *La cena del Cordero* es su conmovedora y lúcida visión de la realidad de la liturgia de la Eucaristía, el acto de culto que nos dio nuestro Sumo Sacerdote la víspera de su muerte. El Dr. Hahn explora esta misteriosa realidad con todo el celo y el entusiasmo de un neoconverso.

Solamente puedo contrastar esto con mi propia experiencia: este año celebraré (pacíficamente) mi cincuenta y siete aniversario como monaguillo. Pero cuando Scott me llamó y me pidió, algo cautamente, que le escribiera un Prólogo para su nuevo libro, basado en la más primitiva interpretación escatológica de la Eucaristía dada por los Padres orientales del siglo II al VI, le respondí con: «bien, por supuesto, eso es lo que he pensado de la Eucaristía durante decenios».

La Misa, o Divina Liturgia, como se la llama con más precisión en las Iglesias orientales, es una realidad tan rica que admite tantas aproximaciones teológicas válidas como el entero Misterio de Cristo. La Eucaristía es parte del gran monte vivo que es Cristo, según un símil trazado por los antiguos santos de Tierra Santa. Se puede alcanzar esta montaña desde muchos lados. Esta aproximación escatológica es una de las más fascinantes y fructíferas.

Siento siempre una punzada de fastidio cuando veo en una residencia o en un hotel una lista de «servicios religiosos» y observo que se incluye la Misa a las 9 de la mañana. La Misa no es un servicio religioso. Cuando los católicos dicen las oraciones de la mañana, o rezan el rosario, o incluso tienen la Bendición con el Santísimo Sacramento…, eso es un servicio. Es algo que hacemos por Dios, similar a la plegaria pública de cualquier denominación religiosa. Pero el santo sacrificio de la Eucaristía, la Divina Liturgia, no está hecha precisamente, en su esencia, por ningún hombre.

Déjame que te diga que soy sacerdote desde hace cuarenta años y nunca he dirigido un «servicio» llamado Misa. He actuado como «sustituto» del Sumo Sacerdote, por usar las palabras de la Iglesia, que enseña que yo estaba ahí actuando *in persona Christi*, en la persona de Cristo, el Sumo Sacerdote de la Epístola a los Hebreos. La gente no viene a Misa para recibir mi cuerpo y mi sangre, y yo no habría podido dárselos si vinieran a eso. Vienen a una comunión con Cristo.

Éste es el elemento misterioso en todos los sacramentos cristianos, incluido el Bautismo. Por esta razón, en caso de gran necesidad cualquiera puede actuar *in persona Christi* para bautizar, porque es Cristo quien en ese momento bautiza. Es Cristo quien perdona los pecados, Cristo quien prepara tu muerte, Cristo quien ordena o quien bendice el matrimonio.

Como los católicos y cristianos ortodoxos que reflexionan sobre este tema (al igual que algunos anglicanos e incluso algunos luteranos), creo que Cristo es el Sacerdote de todos los sacramentos, del mismo modo que nos habla desde cada página de la Sagrada Escritura. Nos sirve en cada sacramento… y nosotros experimentamos de esta manera la vitalidad de su Cuerpo místico.

Cuando leas el relato, tan bien expuesto, del Dr. Hahn sobre la Eucaristía entendida como el culto celestial del que habla el Apocalipsis, empezarás a estremecerte con la vitalidad de la gracia.

La Misa que celebramos en la tierra es la presentación de la cena de bodas del Cordero. Como pone de relieve el Dr. Hahn, la mayoría de los cristianos o dan de lado al Apocalipsis y sus misteriosos signos, o dan vueltas a sus propias, peculiares y pequeñas teorías sobre quién es quién y a dónde se encamina todo para su final. Como habitante de Nueva York (candidata del siglo XX para el título de Babilonia), me siento encantado con la expectativa de que todo se acabe pronto, incluso la próxima semana. Pero estoy cansado de todos esos profetas de desgracias y sus interpretaciones. ¡Promesas, promesas! A principios del siglo XX, sobreviví a la carrera de varios

muchachos que estaban en la corta lista de candidatos al gran anticristo, y al final, nada.

Mi amor por el Apocalipsis no se basa en toda esta paranoia de Guerra de las galaxias, sino en la maravillosa visión de la Jerusalén del cielo que se presenta en los capítulos finales del Apocalipsis. Vienen a describir, tanto como se puede, lo que el ojo no vio, ni el oído oyó. Ahora, con la lectura y relectura de *La cena del Cordero*, muchos otros capítulos se me han abierto con más claridad… describiendo con una forma simbólica a qué se puede parecer la vida eterna de los santos, por usar una frase de San Agustín.

Como sabes, fue San Agustín el que insistió en poner el Apocalipsis, junto con la Carta a los Hebreos, en el Canon del Nuevo Testamento en un concilio de obispos africanos reunido a finales del siglo IV. Por citar de nuevo a San Agustín, en la oración podemos, por su gran misericordia, «tocar por un instante esa Fuente de la Vida donde alimenta a Israel para siempre». Pero aparte de estos momentos especiales de contemplación, podemos ver simbólicamente en la celebración diaria de la Misa las realidades del culto celestial del Sumo Sacerdote y su Cuerpo místico.

Estoy agradecido al Dr. Hahn por encontrar y devolver a la vida esta visión de los primeros Padres de la Iglesia. Adorar con Cristo en la liturgia es la única cosa que podemos hacer en este mundo que sea una participación real en la vida que esperamos vivir para siempre. Por muy humilde que sea el mobiliario de las iglesias, por muy limitado que sea el entendimiento espiritual de los participantes, cuando estamos en la liturgia de la Misa, Cristo está allí y, misteriosamente, estamos por un momento en la Cena Eterna del Cordero. Lee con atención este libro y aprenderás cómo y por qué.

BENEDICT J. GROESCHEL, C.F.R.

«Mira, estoy a la puerta y llamo: si alguno escucha mi voz y abre la puerta, entraré en su casa y cenaré con él y él conmigo […]. Después tuve una visión: una puerta abierta en el cielo».

(Apoc 3,20; 4,1)

PRIMERA PARTE

EL DON DE LA MISA

INTRODUCCIÓN

CRISTO ESTÁ A LA PUERTA

LA MISA REVELADA

De todas las realidades católicas, no hay ninguna tan familiar como la Misa. Con sus oraciones de siempre, sus cantos y gestos, la Misa es como nuestra casa. Pero la mayoría de los católicos se pasarán la vida sin ver más allá de la superficie de unas oraciones aprendidas de memoria. Pocos vislumbrarán el *poderoso drama sobrenatural* en el que entran cada domingo. Juan Pablo II ha llamado a la Misa «el cielo en la tierra», explicando que «la liturgia que celebramos en la tierra es una misteriosa participación en la liturgia celestial»[1].

La Misa es algo próximo y querido. En cambio, el libro del Apocalipsis parece lejano y desconcertante. Página tras página nos deslumbra con imágenes extrañas y aterradoras: guerras y plagas, bestias y ángeles, ríos de sangre, ranas demoníacas y dragones de siete cabezas. Y el personaje que despierta más simpatía es un cordero de siete cuernos y siete ojos. «Si esto es solamente la superficie, dicen algunos católicos, no creo que quiera ver las profundidades».

Bien, en este pequeño libro me gustaría proponer algo insólito. Mi propuesta es que la clave para comprender la Misa es el libro bíblico del Apocalipsis; y, más aún, que la Misa es el único camino por el que un cristiano puede encontrarle verdaderamente sentido al Apocalipsis.

Si te sientes escéptico, deberías saber que no estás solo. Cuando le dije a una amiga que estaba escribiendo sobre la Misa como una clave del libro del Apocalipsis, se echó a reír y dijo «¿Apocalipsis?, ¿no es esa cosa tan extraña?».

Nos parece extraño a los católicos, porque durante muchos años lo hemos estado leyendo al margen de la tradición cristiana. Las interpretaciones que la

mayoría de la gente conoce hoy son las que han hecho los periódicos o las listas de libros más vendidos, y han sido mayoritariamente protestantes. Lo sé por propia experiencia. Llevo estudiando el libro del Apocalipsis más de veinte años. Hasta 1985 lo estudié como ministro protestante y en todos esos años me encontré enfrascado, una tras otra, en la mayoría de las teorías interpretativas que estaban en boga o que ya estaban pasadas de moda. Probé con cada llave, pero ninguna pudo abrir la puerta. De vez en cuando oía un *clic* que me daba esperanzas. Pero sólo cuando empecé a contemplar la Misa, sentí que la puerta empezaba a ceder, poco a poco. Gradualmente me encontré atrapado por la gran tradición cristiana y en 1986 fui recibido en plena comunión con la Iglesia católica. Después de eso, las cosas se fueron aclarando en mi estudio del libro del Apocalipsis. «Después tuve una visión: ¡una puerta abierta en el cielo!» (*Apoc* 4,1). Y la puerta daba a… la Misa de domingo en tu parroquia.

En este momento, puedes replicar que tu experiencia semanal de la Misa es cualquier cosa menos celestial. De hecho, se trata de una hora incómoda, interrumpida por bebés que chillan, sosos cantos desafinados, homilías que divagan sinuosamente y sin sentido, y gente a tu alrededor vestida como si fuera a ir a un partido de fútbol, a la playa o de excursión.

Aun así, insisto en que *realmente* estamos en el cielo cuando vamos a Misa, y esto es verdad en *cada* Misa a la que asistimos, con independencia de la calidad de la música o del fervor de la predicación. No se trata de aprender a «mirar el lado bueno» de liturgias descuidadas. Ni de desarrollar una actitud más caritativa hacia los que cantan sin oído. Se trata, ni más ni menos, de algo que es objetivamente verdad, algo tan real como el corazón que late dentro de ti. La Misa —y me refiero a *cada* una de las misas— es el cielo en la tierra.

Puedo asegurarte que no se trata de una idea mía; es la de la Iglesia. Tampoco es una idea nueva; existe aproximadamente desde el día en que San Juan tuvo su visión del Apocalipsis. Pero es una idea que no la han entendido los católicos de los últimos siglos. La mayoría de nosotros admitirá que queremos «sacar más» de la Misa. Bien, no podemos conseguir nada mayor que el cielo mismo.

Me gustaría decir desde el principio que este libro no es un «tratado bíblico». Está orientado a la aplicación práctica de un único aspecto del Apocalipsis, y nuestro estudio está lejos de ser exhaustivo. Los escrituristas debaten interminablemente sobre quién escribió el libro del Apocalipsis, cuándo, dónde y por qué, y en qué tipo de pergamino. En este libro, no me

voy a ocupar de esas cuestiones con gran detalle. Tampoco he escrito un manual de rúbricas de la liturgia. El Apocalipsis es un libro místico, no un vídeo de entrenamiento o un manual de hágalo-usted-mismo.

A lo largo de este libro, probablemente te acercarás a la Misa por nuevos caminos, caminos distintos de los que estás acostumbrado a recorrer. Aunque el cielo baja a la tierra cada vez que la Iglesia celebra la Eucaristía, la Misa parece diferente de un lugar a otro y de un tiempo a otro. Donde vivo, la mayoría de los católicos están acostumbrados a la liturgia de rito latino (de hecho, la palabra «Misa» propiamente se refiere sólo a la liturgia eucarística de rito latino). Pero hay muchas liturgias eucarísticas en la Iglesia católica: ambrosiana, armenia, bizantina, caldea, copta, malabar, malankar, maronita, melquita y rutena, entre otras. Cada una tiene su propia belleza; cada una tiene su propia sabiduría; cada una nos muestra un rincón diferente del cielo en la tierra.

Investigar *La cena del Cordero* me ha dado nuevos ojos para ver la Misa. Rezo para que la lectura de este libro te dé el mismo don. Juntos, pidamos también un corazón nuevo para que, a través del estudio y la oración, crezcamos más y más en amor a los misterios cristianos que nos ha dado el Padre.

El libro del Apocalipsis nos mostrará la Misa como el *cielo en la tierra*. Ahora, sigamos adelante, sin dilación, porque el cielo no puede esperar.

CAPÍTULO I

EN EL CIELO AHORA MISMO

LO QUE ENCONTRÉ EN MI PRIMERA MISA

Allí estaba yo, de incógnito: un ministro protestante de paisano, deslizándome al fondo de una capilla católica de Milwaukee para presenciar mi primera Misa. Me había llevado hasta allí la curiosidad, y todavía no estaba seguro de que fuera una curiosidad *sana*. Estudiando los escritos de los primeros cristianos había encontrado incontables referencias a «la liturgia», «la Eucaristía», «el sacrificio». Para aquellos primeros cristianos, la Biblia —el libro que yo amaba por encima de todo— era incomprensible si se la separaba del acontecimiento que los católicos de hoy llamaban «la Misa».

Quería entender a los primeros cristianos; pero no tenía ninguna experiencia de la liturgia. Así que me convencí para ir y ver, como si se tratara de un ejercicio académico, pero prometiéndome continuamente que ni me arrodillaría, ni tomaría parte en ninguna idolatría.

Me senté en la penumbra, en un banco de la parte de más atrás de aquella cripta. Delante de mí había un buen número de fieles, hombres y mujeres de todas las edades. Me impresionaron sus genuflexiones y su aparente concentración en la oración. Entonces sonó una campana y todos se pusieron de pie mientras el sacerdote aparecía por una puerta junto al altar.

Inseguro de mí mismo, me quedé sentado. Como evangélico calvinista, se me había preparado durante años para creer que la Misa era el mayor sacrilegio que un hombre podría cometer. La Misa, me habían enseñado, era un ritual que pretendía «volver a sacrificar a Jesucristo». Así que permanecería como mero observador. Me quedaría sentado, con mi Biblia abierta junto a mí.

EMPAPADO DE ESCRITURA

Sin embargo, a medida que avanzaba la Misa, algo me golpeaba. La Biblia ya no estaba junto a mí. Estaba delante de mí: *¡en las palabras de la Misa!* Una línea era de Isaías, otra de los Salmos, otra de Pablo. La experiencia fue sobrecogedora. Quería interrumpir a cada momento y gritar: «Eh, ¿puedo explicar en qué sitio de la Escritura sale eso? ¡Esto es fantástico!». Aún mantenía mi posición de observador. Permanecía al margen hasta que oí al sacerdote pronunciar las palabras de la consagración: «Esto es mi Cuerpo… éste es el cáliz de mi Sangre».

Sentí entonces que toda mi duda se esfumaba. Mientras veía al sacerdote alzar la blanca hostia, sentí que surgía de mi corazón una plegaria como un susurro: «*¡Señor mío y Dios mío. Realmente eres tú!*».

Desde ese momento, era lo que se podría llamar un caso perdido. No podía imaginar mayor emoción que la que habían obrado en mí esas palabras. La experiencia se intensificó un momento después, cuando oí a la comunidad recitar: «Cordero de Dios… Cordero de Dios… Cordero de Dios», y al sacerdote responder: «Éste es el Cordero de Dios…», mientras levantaba la hostia.

En menos de un minuto, la frase «Cordero de Dios» había sonado cuatro veces. Con muchos años de estudio de la Biblia, sabía inmediatamente dónde me encontraba. Estaba en el libro del Apocalipsis, donde a Jesús se le llama Cordero no menos de veintiocho veces en veintidós capítulos. Estaba en la fiesta de bodas que describe San Juan al final del último libro de la Biblia. Estaba ante el trono celestial, donde Jesús es aclamado eternamente como Cordero. No estaba preparado para esto, sin embargo…: ¡estaba en Misa!

¡SANTO HUMO!

Regresaría a Misa al día siguiente, y al siguiente, y al siguiente. Cada vez que volvía, «descubría» que se cumplían ante mis ojos más Escrituras. Sin embargo, ningún libro se me hacía tan visible en aquella oscura capilla como el libro de la Revelación, el Apocalipsis, que describe el culto de los ángeles y los santos en el cielo. Como en ese libro, también en esa capilla veía sacerdotes revestidos, un altar, una comunidad que cantaba: «Santo, santo, santo». Veía el humo del incienso; oía la invocación de ángeles y santos; yo mismo cantaba los aleluyas, puesto que cada vez me sentía más atraído hacia

este culto. Seguía sentándome en el último banco con mi Biblia, y apenas sabía hacia dónde volverme, si hacia la acción descrita en el Apocalipsis o hacia la que se desarrollaba en el altar. Cada vez más, parecían ser la misma acción.

Con renovado vigor me sumí en el estudio de la primitiva cristiandad y encontré que los primeros obispos, los Padres de la Iglesia, habían hecho el mismo «descubrimiento» que yo estaba haciendo cada mañana. Consideraban el libro del Apocalipsis como la clave de la liturgia, y la liturgia, la clave del Apocalipsis. Algo tremendo me estaba pasando como estudioso y como creyente. El libro de la Biblia que había encontrado más desconcertante —el Apocalipsis—, estaba iluminando ahora las ideas que eran más fundamentales para mi fe: la idea de la alianza como lazo sagrado de la familia de Dios. Más aún, la acción que yo había considerado como la suprema blasfemia —la Misa— se presentaba ahora como el evento que sellaba la Alianza de Dios. «Éste es el cáliz de mi Sangre, Sangre de la alianza nueva y eterna».

Estaba entusiasmado con la novedad de todo ello. Durante años, había intentado encontrar el sentido del libro del Apocalipsis como una especie de mensaje codificado acerca del fin del mundo, del culto en unos remotos cielos, de algo que la mayoría de los cristianos no podrían experimentar mientras estuvieran aún en la tierra. Ahora, después de dos semanas de asistir a Misa a diario, me encontraba a mí mismo queriendo levantarme durante la liturgia y decir: «¡Eh, vosotros! ¡Dejadme enseñaros en qué lugar del Apocalipsis estáis! Id al capítulo cuatro, versículo ocho. Estáis en el cielo, justamente ahora».

ME ROBAN LA IDEA

¡En el cielo, justamente ahora! Los Padres de la Iglesia me mostraban que éste no era *mi* descubrimiento. Ellos lo habían predicado hace más de mil años. Con todo, estaba convencido de que tenía el mérito del *redescubrimiento* de la relación entre la Misa y el libro del Apocalipsis. Entonces descubrí que el Concilio Vaticano II me había sacado la delantera. Fíjate en las siguientes palabras de la Constitución sobre la Sagrada Liturgia:

> «En la liturgia terrena pregustamos y participamos en la liturgia celeste que se celebra en la ciudad santa, Jerusalén, hacia la que nos dirigimos como peregrinos, donde Cristo está sentado a la derecha del Padre, como ministro del santuario y del tabernáculo verdadero; cantamos un himno de gloria al Señor con todo el ejército celestial; venerando la memoria de los santos, esperamos

participar con ellos y acompañarlos; aguardamos al Salvador, Nuestro Señor Jesucristo, hasta que se manifieste Él, nuestra vida, y nosotros nos manifestemos con Él en la gloria»[2].

¡Un momento! Eso es el cielo. No; se trata de la Misa. No; es el libro del Apocalipsis. ¡Un momento!: es todo lo anterior.

Me encontré haciendo esfuerzos por avanzar despacio, con cautela, atento a evitar los peligros que acechan a los conversos, puesto que me estaba convirtiendo rápidamente en un converso a la fe católica. Pero este descubrimiento no era producto de una imaginación exaltada; era la enseñanza solemne de un concilio de la Iglesia católica. A la vez, descubriría que era también la conclusión inevitable de los estudiosos protestantes más rigurosos y honestos. Uno de ellos, Leonard Thompson, había escrito que «incluso una lectura superficial del libro del Apocalipsis muestra la presencia del lenguaje litúrgico relativo al culto […]. El lenguaje cultual juega un papel importante dando unidad al libro»[3]. Las imágenes de la liturgia, por sí solas, pueden hacer que ese extraño libro tenga sentido. Las figuras litúrgicas son centrales en su mensaje, que revela, escribe Thompson, «algo más que visiones de "cosas que van a venir"».

¡PRÓXIMAMENTE…!

El libro del Apocalipsis trataba de *Alguien* que iba a venir. De Jesucristo y su «segunda venida», que es el modo en que los cristianos han traducido normalmente la palabra griega *parusía*. Hora tras hora en aquella capilla de Milwaukee en 1985, llegué a conocer que ese Alguien era el mismo Jesucristo, a quien el sacerdote católico alzaba en la hostia. Si los primeros cristianos estaban en lo cierto, yo sabía que, justo en ese momento, el cielo bajaba a la tierra. «*Señor mío y Dios mío. ¡Realmente eres tú!*».

Todavía albergaba en mi mente y en mi corazón serias preguntas, acerca de la naturaleza del sacrificio, de los fundamentos bíblicos de la Misa, de la continuidad de la tradición católica, de muchos de los pequeños detalles del culto litúrgico. Esas cuestiones iban a definir mis investigaciones en los meses preparatorios a mi recepción en la Iglesia católica. En cierto sentido, continúan hoy definiendo mi trabajo. Sin embargo, ya no pregunto como un acusador o un buscador de curiosidades, sino como un hijo que se acerca a su padre pidiendo lo imposible, pidiendo coger con la mano una brillante y lejana estrella.

No creo que nuestro Padre Dios me niegue, o te niegue, la sabiduría que buscamos referente a su Misa. Después de todo, es el acontecimiento en el que sella su Alianza con nosotros y nos hace sus hijos. Este libro es más o menos un informe de lo que he encontrado mientras investigaba las riquezas de nuestra tradición católica. Nuestra herencia incluye la totalidad de la Biblia, el testimonio ininterrumpido de la Misa, la constante enseñanza de los santos, la investigación de las escuelas, los métodos de la oración contemplativa, y el cuidado pastoral de papas y obispos. En la Misa, tú y yo tenemos el cielo en la tierra. La evidencia es abrumadora. La experiencia es una revelación.

CAPÍTULO II

ENTREGADO POR VOSOTROS

LA HISTORIA DEL SACRIFICIO

La frase de la Misa que me había dejado fuera de combate era el «Cordero de Dios», porque sabía que este Cordero era Jesucristo mismo.

Tú también lo sabes. Tal vez hayas cantado o recitado un millar de veces las palabras: «Cordero de Dios, que quitas el pecado del mundo, ten piedad de nosotros». Igual que habrás visto muchas veces al sacerdote levantar la hostia partida y proclamar: «Éste es el Cordero de Dios…». El Cordero es Jesús. No es una novedad; es la típica frase que no llama la atención. Al fin y al cabo, Jesús es muchas cosas: es Señor, Dios, Salvador, Mesías, Rey, Sacerdote, Profeta y… Cordero.

Si realmente estuviéramos pensando lo que decimos, no pasaríamos por alto ese último título. Mira de nuevo la lista: Señor, Dios, Salvador, Mesías, Rey, Sacerdote, Profeta y… Cordero. Una de estas cosas no es como las demás. Los siete primeros son títulos con los que nos podríamos dirigir cómodamente a un Dios-Hombre. Son títulos con dignidad, que implican sabiduría, poder y estatus social. Pero… ¿Cordero? Una vez más, te pido que prescindas de dos mil años de sentido simbólico a sus espaldas. Imagínate por un momento que nunca hubieras cantado el «Cordero de Dios».

SOBRE EL CORDERO

En ese caso, el título es tan inapropiado que parece casi cómico. El cordero no ocupa un puesto muy alto en la lista de los animales más admirados. No es particularmente fuerte, listo, rápido ni hermoso. Otros animales nos parecerían más nobles. Por ejemplo, nos podemos imaginar fácilmente a Jesús como el León de Judá (*Apoc* 5,5). El león es regio; es

fuerte y ágil; nadie se atreve con el rey de los animales. Pero el León de Judá apenas tiene una fugaz aparición en el libro del Apocalipsis. Mientras tanto, el Cordero domina, apareciendo no menos de veintiocho veces; gobierna, ocupando el trono del cielo (*Apoc* 22,3). Es el Cordero el que dirige un ejército de cientos de miles de hombres y ángeles, metiendo miedo en los corazones de los malvados (*Apoc* 6,15-16). Esta última imagen, la del cordero fiero y aterrorizador, es tan incongruente que resulta difícil imaginarla sin reírse.

Sin embargo, para San Juan, éste del Cordero es un tema serio. Los títulos «Cordero» y «Cordero de Dios» se aplican a Jesús casi exclusivamente en los libros del Nuevo Testamento que se atribuyen a Juan: el Cuarto Evangelio y el Apocalipsis. Aunque otros libros del nuevo Testamento (cf. *Hech* 8,32-35; *1 Ped* 1,19) dicen que Jesús es *como* un cordero en ciertos aspectos, sólo Juan se atreve a *llamar* a Jesús «el Cordero» (cf. *Jn* 1,36 y a lo largo de todo el Apocalipsis).

Sabemos que el Cordero es central tanto para la Misa como para el libro del Apocalipsis. Y sabemos *quién* es el Cordero. Sin embargo, si queremos experimentar la Misa como el cielo en la tierra, necesitamos saber *qué* es el Cordero y *por qué* Le llamamos Cordero. Para averiguarlo, hemos de regresar en el tiempo, casi hasta el comienzo mismo.

PAN CON CLASE

Para el antiguo Israel, el cordero se identificaba con el sacrificio es una de las formas primordiales de culto. Ya al principio, en la segunda generación descrita en el Génesis, encontramos, en el relato de Caín y Abel, el primer ejemplo conservado de un sacrificio. «Caín hizo al Señor una ofrenda del fruto de la tierra, y Abel la hizo de primogénitos de su ganado y de la grasa de los mismos» (*Gen* 4,3-4). A su debido tiempo, encontramos similares holocaustos hechos por Noé (*Gen* 8,20-21), Abrahán (*Gen* 15,8-10; 22,13), Jacob (*Gen* 46,1), y otros. En el Génesis, los patriarcas estaban siempre levantando altares, y los altares servían principalmente como lugares de sacrificio. Además de quemar víctimas, los antiguos derramaban «libaciones», u ofrendas de vino.

De los sacrificios del Génesis, hay dos que merecen nuestra atención más cuidada: el de Melquisedec (*Gen* 14,18-20) y el de Abrahán e Isaac de *Génesis* 22.

Melquisedec aparece como el primer sacerdote mencionado en la Biblia, y muchos cristianos (siguiendo la *Carta a los Hebreos* 7,1-17) le han visto como un anuncio velado de Jesucristo. Melquisedec era sacerdote y rey, combinación rara en el Antiguo Testamento, pero que sería aplicada más tarde a Jesucristo. El Génesis describe a Melquisedec como rey de Salem, una tierra que llegaría a ser más adelante «Jerusalén», que significa «Ciudad de la Paz» (cf. *Sal* 76,2). Jesús se alzaría un día como Rey de la Jerusalén celestial y, de nuevo como Melquisedec, «Príncipe de la Paz». Finalmente, el sacrificio de Melquisedec es extraordinario en cuanto que no implicaba animales. Ofreció pan y vino, como haría Jesús en la Última Cena, cuando instituyó la Eucaristía. El sacrificio de Melquisedec terminó con una bendición sobre Abrahán.

LA CARGA DE MORÍA

El mismo Abrahán volvería a visitar el lugar de Salem, unos años después, cuando Dios le pidió que hiciera un último sacrificio. En *Génesis* 22, Dios dice a Abrahán: «toma a tu hijo, tu único hijo Isaac, al que amas, y vete a la tierra de Moría, y ofrécelo como holocausto sobre uno de los montes» (v. 2). La tradición israelita, recogida en *2 Crónicas* 3,1, identifica Moría con el futuro Templo situado en Jerusalén. Abrahán viajó allá con su hijo Isaac, que llevaba a sus espaldas la leña para el sacrificio (*Gen* 22,6). Cuando Isaac preguntó dónde estaba la víctima, Abrahán replicó: «Dios se proveerá el cordero para el sacrificio, hijo mío» (v. 8). Al final, el ángel de Dios apartó la mano de Abrahán para que no sacrificara a su hijo, y proveyó un carnero para que fuera sacrificado.

En este relato, Israel discernirá el compromiso divino de hacer de los descendientes de Abrahán una nación poderosa: «Por mí mismo lo he jurado […], porque tú […] no te has reservado a tu hijo […]. Yo multiplicaré tus descendientes como las estrellas del cielo […] y por tus descendientes serán benditas todas las naciones de la tierra» (*Gen* 22,16-17). Éste fue el pagaré de Dios a Abrahán; habría de servir también como póliza de seguro de vida de Israel. En el desierto del Sinaí, cuando el pueblo elegido se mereció la muerte por adorar al becerro de oro, Moisés invocó el juramento de Dios a Abrahán para salvarlos de la ira divina (cf. *Ex* 32,13-14).

Los cristianos considerarán más tarde el relato de Abrahán e Isaac como una profunda alegoría del sacrificio de Jesús en la cruz. Hay muchas

semejanzas. En primer lugar, Jesús, como Isaac, era el fiel hijo único, amado del padre. Además, como Isaac, Jesús acarreó el leño para su propio sacrificio, que consumaría en un monte de Jerusalén. De hecho, el sitio donde murió Jesús, el Calvario, era uno de los promontorios de la cadena montañosa de Moría. Más aún, la primera línea del Nuevo Testamento identifica a Jesús con Isaac como «hijo de Abrahán» (*Mt* 1,1). Para los lectores cristianos, incluso las palabras de Abrahán resultaron proféticas. Recuerda que en el original hebreo no había signos de puntuación, y considera una lectura alternativa del versículo 8: «Dios se proveerá, el Cordero, para el sacrificio». El Cordero anunciado entre sombras, por supuesto, era Jesucristo, Dios mismo: «ya que en Cristo Jesús la bendición de Abrahán recaería sobre los gentiles» (*Gal* 3,14; cf. también *Gen* 22,16-18).

MAGNETISMO ANIMAL

En tiempos de la esclavitud de Israel en Egipto, resulta claro que el sacrificio ocupa una parte esencial y central de la religión de Israel. Los supervisores del Faraón les echan en cara que los frecuentes sacrificios de los israelitas no eran más que una excusa para dejar de trabajar (cf. *Ex* 10,25). Más tarde, cuando Moisés hace su petición al Faraón, una de sus demandas es el derecho de los israelitas a ofrecer sacrificios a Dios (cf. *Ex* 10,25).

¿Qué significaban todas estas ofrendas? El sacrificio de un animal significaba muchas cosas para los antiguos israelitas.

- Era un reconocimiento de la soberanía de Dios sobre la creación: «la tierra es del Señor» (*Sal* 24,1). El hombre reconocía este hecho devolviendo a Dios lo que en última instancia es suyo. Así, el sacrificio era una alabanza a Dios, de quien proviene toda bendición.
- El sacrificio podía ser un acto de agradecimiento. La creación se le ha dado al hombre como un don, pero ¿qué puede devolver el hombre a Dios (cf. *Sal* 116,12)? Sólo podemos devolver lo que hemos recibido.
- Algunas veces, el sacrificio servía como modo solemne de sellar un acuerdo o juramento, una alianza ante Dios (cf. *Gen* 21,22-32).
- El sacrificio podía ser también un acto de renuncia y pesar por los pecados. La persona que ofrecía un sacrificio reconocía que sus pecados merecían la muerte; ofrecía la vida de un animal en lugar de la suya propia.

CONTANDO OVEJAS

Pero el sacrificio central de la historia de Israel fue la Pascua, que precipitó la salida de Egipto de los israelitas. Para la Pascua, Dios ordenó que cada familia israelita tomase un cordero sin mancha y sin ningún hueso roto, lo matase, y rociase su sangre en las jambas de la puerta. Esa noche, los israelitas debían comer el cordero. Si lo hacían, se perdonaría la vida de su primogénito. Si no lo hacían, su primogénito moriría esa noche, junto con todos los primogénitos de sus rebaños (cf. *Ex* 12,1-23). El cordero sacrificado moría a modo de rescate, en lugar del primogénito de la casa. La Pascua, por tanto, era un acto de redención, un «volver a comprar».

Dios no sólo *rescató* a los hijos primogénitos de Israel; también los consagró como un «reino de sacerdotes, una nación santa» (*Ex* 19,6): una nación a la que Él llamaba su «hijo primogénito» (*Ex* 4,22).

El Señor dijo a los israelitas, entonces, que conmemoraran la Pascua cada año, e incluso les dio las palabras que deberían usar para explicar el ritual a las futuras generaciones: «cuando vuestros hijos os pregunten, "¿qué significa para vosotros este rito?", diréis: "es el sacrificio de la Pascua del Señor, que pasó de largo de las casas del pueblo de Israel en Egipto, cuando golpeó a los egipcios"» (*Ex* 12,26-27).

Al entrar en la Tierra prometida, los israelitas continuaron con sus sacrificios diarios a Dios, guiados ahora por las numerosas prescripciones de la Ley, que vemos enumeradas en el Levítico, Números y Deuteronomio. (Cf. Por ejemplo, *Lev* 7-9; *Num* 28; *Dt* 16).

TRONO Y ALTAR: JERUSALÉN COMO CAPITAL REAL

Con el establecimiento del Templo de Jerusalén hacia el año 960 a. C., Israel ofreció sus sacrificios diarios a Dios todopoderoso con un majestuoso ceremonial. Cada día los sacerdotes sacrificaban dos corderos, uno por la mañana y otro por la tarde, para expiar por los pecados de la nación. Ésos eran los sacrificios esenciales; pero, a lo largo del día, se elevaba el humo de muchos otros sacrificios privados. Machos cabríos, toros, tórtolas, palomas y carneros se ofrecían en el enorme altar de bronce que se levantaba al aire libre a la entrada del atrio interior del Templo. El «lugar Santo» del Templo se encontraba detrás de ese altar, y el «Santo de los santos» —el lugar de la morada de Dios— estaba más atrás. El «altar del incienso» se encontraba

justo delante del Santo de los santos. Sólo los sacerdotes podían acceder al atrio interior del Templo; sólo el sumo sacerdote podía entrar al Santo de los santos, y tan sólo podía hacerlo brevemente y una sola vez al año, en el Día de la Expiación, *Yom Kippur*. Porque también el sumo sacerdote era un pecador y por tanto no era digno de estar en la presencia de Dios.

El Templo de Jerusalén recapitulaba todos los tipos de sacrificio que había habido antes. Construido en el sitio donde Melquisedec había ofrecido pan y vino, y donde Abrahán había ofrecido a su hijo, y donde Dios había hecho su juramento de salvar a todas las naciones, el Templo servía como lugar permanente de los sacrificios, el principal de los cuales era idéntico al más antiguo sacrificio, el de Abel: el cordero.

El día grande del sacrificio seguía siendo la fiesta de Pascua, cuando casi dos millones y medio de peregrinos abarrotaban Jerusalén procedentes de los rincones más lejanos del mundo conocido. El historiador judío del siglo I, Josefo, hace constar que, en la Pascua del año 70 d. C. —sólo unos meses antes de que los romanos destruyesen el Templo, y unos cuarenta años después de la Ascensión de Jesús— los sacerdotes ofrecieron más de un cuarto de millón de corderos en el altar del Templo: 256 500, para ser precisos[4].

POR DENTRO Y POR FUERA

¿Eran todos estos sacrificios únicamente un ritual vacío? No, aunque el sacrificio, por sí mismo, era claramente insuficiente. Dios pedía también un sacrificio *interior*. El salmista declaraba que «el sacrificio aceptable a Dios es un espíritu quebrantado» (*Sal* 51,17). El profeta Oseas hablaba de parte de Dios, diciendo: «Yo deseo un amor firme y no sacrificio, el conocimiento de Dios, más que víctimas quemadas» (*Os* 6,6).

Pero la obligación de ofrecer sacrificios permanecía. Sabemos que Jesús observó las leyes judías relativas al sacrificio. Celebró la Pascua cada año en Jerusalén; y presumiblemente comió el cordero sacrificado, al principio con su familia y después con sus Apóstoles. Al fin y al cabo, no era una cuestión opcional. Consumir el cordero era la única forma por la que un fiel judío podía renovar su Alianza con Dios, y Jesús era un fiel judío.

Pero la Pascua tenía, en la vida de Jesús, una importancia mayor de lo normal; era central para su misión, era un momento definitivo. Jesús *es* el

Cordero. Cuando Jesús estaba ante Pilatos, San Juan anota que «era el día de la preparación de la Pascua; era alrededor de la hora sexta» (19,14). Juan sabía que la hora sexta era la hora en que los sacerdotes estaban empezando a sacrificar los corderos pascuales. Éste, entonces, es el momento del sacrificio del Cordero de Dios.

A continuación, Juan se refiere a que ninguno de los huesos de Jesús fue quebrado en la cruz, «para que se cumpliese la Escritura» (19,36). ¿Qué Escritura era ésa? *Éxodo* 12,46, que estipula que el cordero pascual no debía tener ningún hueso roto. Vemos entonces que el Cordero de Dios, como el cordero pascual, es una ofrenda cabal, un cumplimiento perfecto.

En el mismo pasaje, San Juan relata que los que estaban mirando sirvieron a Jesús vinagre con una esponja en una rama de hisopo (cf. *Jn* 19,29; *Ex* 12,22). El hisopo era la rama prescrita por la ley para rociar la sangre del cordero. Así pues, esta simple acción marcaba el cumplimiento de la nueva y perfecta redención. Y Jesús gritó: «está consumado».

Finalmente, al hablar del vestido de Jesús a la hora de la crucifixión, Juan usa el término preciso para designar las vestiduras que llevaba el sumo sacerdote cuando ofrecía sacrificios como el del cordero pascual.

RITUAL DE LA VÍCTIMA

¿Qué podemos concluir de todo esto? San Juan nos aclara que, *en el nuevo y definitivo sacrificio pascual, Jesús es al mismo tiempo Sacerdote y víctima*. Esto queda confirmado por los relatos de la Última Cena de los otros tres Evangelios, en los que Jesús usa claramente el lenguaje sacerdotal de los sacrificios y libaciones, incluso cuando se describe a Sí mismo como la víctima. «Esto es mi Cuerpo que se entrega por vosotros… este cáliz que se derrama por vosotros es la nueva alianza en mi Sangre» (*Lc* 22,19-20).

El sacrificio de Jesús llevará a cabo lo que la sangre de millones de corderos, toros y machos cabríos nunca podría hacer. «Porque es imposible que la sangre de toros y machos cabríos quite los pecados» (*Heb* 10,4). Si la sangre de un cuarto de millón de corderos no pudo salvar a la nación de Israel, qué decir del mundo entero. Para expiar las ofensas contra Dios, que es todo bondad infinita y eterna, la humanidad necesitaba un sacrificio perfecto: un sacrificio tan bueno, sin mancha e ilimitado como Dios mismo. Y ése era

Jesús, el único que podía «quitar el pecado por el sacrificio de Sí mismo» (*Heb* 9,26).

«¡He aquí el Cordero de Dios!» (*Jn* 1,36). ¿Por qué Jesús tenía que ser un cordero y no un caballo, o un tigre, o un toro?, ¿por qué el Apocalipsis describe a Jesús como un «cordero que está de pie como si estuviera sacrificado» (*Apoc* 5,6)?, ¿por qué la Misa tiene que proclamarlo como el «Cordero de Dios»? Porque sólo un cordero sacrificial cuadra con el designio divino de nuestra salvación.

Más aún, Jesucristo era Sacerdote al tiempo que víctima, y como Sacerdote podía hacer lo que ningún otro sumo sacerdote. Porque el sumo sacerdote entraba «al lugar sagrado cada año con una sangre que no era la suya» (*Heb* 9,25), e incluso entonces entraba sólo un momento, antes de que su indignidad le sacase fuera. Pero Jesús entró al Santo de los santos —el cielo— una vez por todas, para ofrecerse a Sí mismo como nuestro sacrificio. Y lo que es más, por la nueva Pascua de Jesús, nosotros, también, hemos sido hechos un reino de sacerdotes y la Iglesia del primogénito (cf. *Apoc* 1,6; *Heb* 12,23, y compáralo con *Ex* 4,22 y 19,6); y con Él entramos en el santuario del cielo, cada vez que vamos a Misa. Volveremos a tratar todas estas imágenes más adelante, cuando veamos ese Santo de los santos en el libro del Apocalipsis, con su altar y su Templo, su incienso y su Cordero omnipresente.

NO PASES DE LARGO DE ESTE BANQUETE

Pero ¿qué significa esto para nosotros hoy en día? ¿Cómo podemos celebrar nuestra Pascua? San Pablo nos da una pista: «Cristo, nuestro cordero pascual, ha sido inmolado. Por tanto, celebremos la fiesta […] con el pan ácimo de la sinceridad y la verdad» (*1 Cor* 5,7-8). Nuestro cordero pascual es, pues, pan ácimo. Nuestra fiesta es la Misa (cf. *1 Cor* 10,15-21; 11,23-32).

A la clara luz de la Nueva Alianza, los sacrificios de la Antigua Alianza encuentran sentido como preparación para el único sacrificio de Jesucristo, nuestro Rey y Sumo Sacerdote en el santuario del cielo. Y es este único sacrificio el que ofrecemos, con Jesús, en la Misa. Con esta luz, vemos con nueva claridad las plegarias de la Misa.

> «Te ofrecemos su Cuerpo y su Sangre, sacrificio agradable a ti y salvación para todo el mundo. Dirige tu mirada sobre esta Víctima que tú mismo has preparado a tu Iglesia […]» (*Plegaria eucarística IV*).

«Te ofrecemos, Dios de gloria y majestad, de los mismos bienes que nos has dado, el sacrificio puro, inmaculado y santo […]. Mira con ojos de bondad esta ofrenda y acéptala, como aceptaste los dones del justo Abel, el sacrificio de Abrahán, nuestro padre en la fe, y la oblación pura de tu sumo sacerdote Melquisedec. Te pedimos humildemente, Dios todopoderoso, que esta ofrenda sea llevada a tu presencia, hasta el altar del cielo, por manos de tu ángel» (*Plegaria eucarística I*).

No es suficiente con que Cristo derramase su sangre y muriese por nosotros. Ahora nos toca cumplir nuestra parte. Como en la Antigua Alianza, así en la Nueva. Si quieres marcar tu alianza con Dios, sellar tu alianza con Dios, renovar tu alianza con Dios, tienes que comer el Cordero: el cordero pascual que es nuestro pan sin levadura. Empieza a sonar familiar. «Si no coméis la Carne del Hijo del hombre y no bebéis su Sangre, no tenéis vida en vosotros» (*Jn* 6,53).

RENTABILIZAR LA INVERSIÓN

La necesidad primaria que tiene el hombre de dar culto a Dios se ha expresado siempre en el sacrificio: culto que es simultáneamente un acto de alabanza, expiación, entrega, alianza y acción de gracias (en griego, *eucharistia*). Las varias formas de sacrificio tienen un significado común, positivo: se entrega la vida para ser transformada y compartida. Así, cuando Jesús habló de su vida como un sacrificio, destapó una corriente que fluía en lo hondo de las almas de sus Apóstoles, que fluía en lo hondo de las almas de los israelitas, que fluye en lo hondo del alma de cada ser humano. En el siglo XX, Mahatma Gandhi, que era hindú, dijo que un «culto sin sacrificio» es una de las absurdas pretensiones de la edad moderna. Pero para los católicos el culto no es así. Nuestro acto supremo de culto es un acto supremo de sacrificio: la cena del Cordero, la Misa.

El sacrificio es una necesidad del corazón humano. Pero, hasta Jesús, ningún sacrificio podría ser suficiente. Recuerda el *Salmo* 116,12: «¿Cómo haré para devolver al Señor todo el bien que me ha hecho?». ¿Cómo, pues?

Dios sabía perfectamente cuál debía ser nuestra respuesta: «Alzaré la copa de la salvación e invocaré el nombre del Señor» (*Sal* 116,13).

CAPÍTULO III

DESDE EL PRINCIPIO

LA MISA DE LOS PRIMEROS CRISTIANOS

«Canibalismo» y «sacrificios humanos» eran acusaciones que se rumoreaban a menudo contra las primeras generaciones cristianas. Los primeros apologistas cristianos las recogieron con el fin de rechazarlas como chismes. Pero a través de las lentes distorsionadas de las habladurías paganas, podemos ver cuál era el elemento más identificable de la vida y del culto cristiano.

Era la Eucaristía: la re-presentación del sacrificio de Jesucristo, la comida sacramental en la que los cristianos consumían el Cuerpo y la Sangre de Jesús. La distorsión de estos hechos de fe era la que guiaba las calumnias paganas contra la Iglesia: aunque es fácil de ver por qué los paganos malinterpretaban esos hechos. En la primitiva Iglesia se permitía asistir a los sacramentos únicamente a los bautizados, y a los cristianos se les disuadía hasta de hablar de estos misterios centrales con los no cristianos. Por eso, la imaginación pagana se disparó, alimentada por pequeñas briznas de realidad: «esto es mi Cuerpo… éste es el cáliz de mi Sangre… Si no coméis la Carne del Hijo del hombre y no bebéis su Sangre…». Los paganos sabían que ser cristiano era participar en unos ritos extraños y secretos.

Ser cristiano era ir a Misa. Esto era verdad desde el primer día de la Nueva Alianza. Apenas unas horas después de que Jesús resucitara de entre los muertos, se encaminó a compartir la mesa con dos discípulos. «Tomó el pan, lo bendijo, lo partió y se lo dio. Y sus ojos se abrieron […] le conocieron al partir el pan» (*Lc* 24,30-31.35). La centralidad de la Eucaristía es evidente también en la descripción sumaria de la vida de la primitiva Iglesia que hacen los *Hechos de los Apóstoles*: «perseveraban en la doctrina de los Apóstoles y en la comunión, en la fracción del pan y en las oraciones» (*Hech* 2,42). La

primera carta de San Pablo a los *Corintios* (cap. 11) contiene un verdadero manual de teoría y práctica litúrgica. La carta de Pablo revela su preocupación por transmitir la forma precisa de la liturgia, en las palabras de la institución tomadas de la Última Cena de Jesús. «Porque yo recibí del Señor lo que a mi vez os he transmitido: que el Señor Jesús, la noche en que iba a ser entregado, tomó pan, y dando gracias, lo partió y dijo: "Esto es mi Cuerpo que se da por vosotros. Haced esto en memoria mía". Asimismo también el cáliz, después de cenar, diciendo: "Este cáliz es la nueva alianza en mi Sangre. Cuantas veces lo bebáis, haced esto en memoria mía"» (*1 Cor* 11,23-25). San Pablo subraya la importancia de la doctrina de la presencia real y ve terribles consecuencias en no creer: «todo el que come y bebe sin discernir el Cuerpo, come y bebe su propio juicio» (*1 Cor* 11,29).

UNA GUÍA PARA LA MISA

Apreciamos los mismos temas según pasamos de los libros del Nuevo Testamento a otras fuentes cristianas de la época apostólica e inmediatamente posteriores. El contenido doctrinal es idéntico, y el vocabulario permanece llamativamente similar, incluso cuando la fe se extiende a otros lugares y otras lenguas. Clero, maestros y defensores de la Iglesia primitiva estaban unidos en su preocupación por preservar la doctrina eucarística: la presencia real del Cuerpo y la Sangre de Jesús bajo las apariencias de pan y vino; la naturaleza sacrificial de la liturgia; la necesidad de un clero debidamente ordenado; la importancia de la forma ritual. De ahí que el testimonio de la doctrina eucarística de la Iglesia permanece intacto desde el tiempo de los Evangelios hasta hoy.

Aparte de los libros del Nuevo Testamento, el escrito cristiano más antiguo que nos ha llegado es un manual litúrgico —podríamos llamarlo un misal— contenido en un documento llamado la *Didaché* (en griego: «Enseñanzas»). La *Didaché* pretende ser la colección de «Enseñanzas de los Apóstoles» y se compiló probablemente en Antioquía, Siria (cf. *Hech* 11,26), en algún momento entre los años 50-110 d. C. La *Didaché* utiliza cuatro veces la palabra «sacrificio» para describir la Eucaristía y en una de ellas declara abiertamente que «éste es el sacrificio del que habló el Señor»[5]. De la *Didaché* aprendemos también que el día habitual de la liturgia era «el día del Señor» y que era costumbre arrepentirse de los propios pecados antes de recibir la Eucaristía: «en cuanto al domingo del Señor, una vez reunidos,

partid el pan y dad gracias después de haber confesado vuestros pecados para que vuestro sacrificio sea puro»[6]. Sobre el modo de realizar el sacrificio, la *Didaché* ofrece una plegaria eucarística que es sorprendente por su poesía. Podemos encontrar sus ecos en liturgias y cantos cristianos actuales, tanto de Oriente como de Occidente:

> «Así como este trozo estaba disperso por los montes y reunido se ha hecho uno, así también reúne a tu Iglesia de los confines de la tierra en tu reino. Porque tuya es la gloria y el poder por los siglos por medio de Jesucristo. Nadie coma ni beba de esta eucaristía, a no ser los bautizados en el nombre del Señor […].
>
> »Tú, Señor omnipotente, has creado el universo a causa de tu Nombre, has dado a los hombres alimento y bebida para su disfrute, a fin de que te den gracias y, además, a nosotros nos has concedido la gracia de un alimento y bebida espirituales y de la vida eterna por medio de tu Siervo […].
>
> »Acuérdate, Señor, de tu Iglesia para librarla de todo mal y perfeccionarla en tu amor, y a ella, santificada, reúnela de los cuatro vientos en el reino tuyo que le has preparado»[7].

RAÍCES EN ISRAEL

La liturgia de la Iglesia primitiva manaba profundamente de los ritos y Escrituras del antiguo Israel, como lo hace nuestra propia liturgia hoy en día. En el capítulo 2 considerábamos cómo Jesús instituyó la Misa durante la fiesta de Pascua. Su «acción de gracias» —su Eucaristía— completará, perfeccionará y sobrepasará el sacrificio pascual. Esta conexión era clara para la primera generación de cristianos, muchos de los cuales eran devotos judíos. De ahí que las oraciones de la Pascua entraron pronto en la liturgia cristiana.

Fíjate en las oraciones sobre el vino y el pan ácimo de la comida pascual: «Bendito seas, Señor Dios nuestro, creador del fruto de la vid […]. Bendito seas, Señor Dios nuestro, Rey del universo, que sigues dando pan de la tierra». La frase «¡Santo, santo, santo es el Señor de los ejércitos! La tierra está llena de su gloria» (*Is* 6,3) era otro lugar común del culto judío, que se incorporó rápidamente a los ritos cristianos. La encontraremos en el libro del Apocalipsis, pero aparece también en una carta compuesta por el cuarto Papa, San Clemente de Roma, hacia el año 96 d. C.

RECUERDO DE LA *TODÁH*

Quizá el «antepasado» litúrgico más llamativo de la Misa es la *todáh* del antiguo Israel. El término hebreo *todáh*, como el griego «eucaristía», significa «hacimiento de gracias» o «acción de gracias». La palabra denota una comida

sacrificial compartida con amigos a fin de celebrar el propio agradecimiento a Dios. Una *todáh* comienza con el recuerdo de una amenaza mortal y a continuación celebra que Dios haya librado al hombre de aquella amenaza. Es una poderosa manifestación de confianza en la soberanía y compasión de Dios.

El *Salmo* 69 es un buen ejemplo. Una súplica urgente de liberación («¡Sálvame, oh Dios!») es al mismo tiempo la celebración de la eventual liberación («Bendeciré el nombre de Dios con un canto […], porque el Señor escucha al necesitado»).

Quizá el ejemplo clásico de *todáh* es el *Salmo* 22, que comienza con «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?». Jesús mismo lo citó cuando estaba muriendo en la cruz. Sus oyentes debieron reconocer la cita y debían saber que este canto, que comienza con un grito de abandono, termina en un tono triunfante de salvación. Citando esta *todáh*, Jesús demostraba su confiada esperanza de liberación.

Las semejanzas entre la *todáh* y la Eucaristía van más allá de su común significado de acción de gracias. El cardenal Joseph Ratzinger ha escrito: «Estructuralmente hablando, toda la cristología, toda la cristología eucarística, está presente en la espiritualidad *todáh* del Antiguo Testamento»[8]. Tanto la *todáh* como la Eucaristía presentan su culto mediante la palabra y la comida. Más aún, la *todáh*, como la Misa, incluye un ofrecimiento incruento de pan ácimo y vino.

Los antiguos rabinos hacían una significativa predicción con relación a la *todáh*. «Cuando llegue la era [mesiánica], cesarán todos los sacrificios, menos el sacrificio *todáh*. Éste no cesará por toda la eternidad» (*Pesiqta*, I, p. 159)[9].

NO SE ACEPTAN SUSTITUTOS

Nuestro próximo testimonio de la doctrina eucarística de la recién nacida Iglesia viene también de Antioquía de Siria. Hacia el año 107 d. C., San Ignacio, obispo de Antioquía, escribió frecuentemente de la Eucaristía mientras viajaba hacia Occidente camino de su martirio. Habla de la Iglesia como «el lugar del sacrificio»[10]. Y a los de Filadelfia escribía: «tened cuidado, entonces, de tener sólo una Eucaristía. Pues sólo hay una Carne de nuestro Señor Jesucristo, y un cáliz para mostrar en adelante la unidad de su Sangre; un único altar, como hay un solo obispo junto con los sacerdotes y

diáconos, mis consiervos»[11]. En su carta a la Iglesia de Esmirna, Ignacio arremete contra los herejes que, ya en aquella temprana fecha, estaban negando la doctrina verdadera: «se mantienen alejados de la Eucaristía y de la plegaria, porque no confiesan que la Eucaristía es la Carne de nuestro Salvador Jesucristo»[12]. Instruye a los lectores acerca de las notas de una verdadera liturgia: «que sea considerada una Eucaristía apropiada la que es administrada por el obispo o por uno al que se lo haya confiado»[13].

Ignacio hablaba del sacramento con un realismo que debió resultar chocante para la gente que no estuviera familiarizada con los misterios de la fe cristiana. Seguramente fueron palabras como las suyas, sacadas de contexto, las que alimentaron el revuelo de chismes del Imperio romano que una y otra vez arrojaban las acusaciones de canibalismo. En las décadas siguientes, la defensa de la Iglesia recayó en un profesor converso de Samaría llamado Justino. Fue Justino quien levantó el velo de secreto que cubría la antigua liturgia. En el año 155 d. C. escribió al emperador de Roma describiendo lo que, todavía ahora, podemos reconocer como la Misa. Vale la pena citarlo por extenso:

> «El día que se llama día del sol tiene lugar la reunión en un mismo sitio de todos los que habitan en la ciudad o en el campo. Se leen las memorias de los Apóstoles y los escritos de los profetas, tanto tiempo como es posible.
>
> »Cuando el lector ha terminado, el que preside toma la palabra para incitar y exhortar a la imitación de tan bellas cosas. Luego nos levantamos todos juntos y oramos por nosotros […] y por todos los demás donde quiera que estén, a fin de que seamos hallados justos en nuestra vida y en nuestras acciones y seamos fieles a los mandamientos para alcanzar así la salvación eterna. Cuando termina esta oración nos besamos unos a otros.
>
> »Luego se lleva al que preside a los hermanos pan y una copa de agua y de vino mezclados. El presidente los toma y eleva alabanza y gloria al Padre del universo, por el nombre del Hijo y del Espíritu Santo, y da gracias (en griego: *eucharistian*) largamente porque hayamos sido juzgados dignos de estos dones.
>
> »Cuando terminan las oraciones y las acciones de gracias, todo el pueblo presente pronuncia una aclamación diciendo: “Amén”. Cuando el que preside ha hecho la acción de gracias y el pueblo le ha respondido, los que entre nosotros se llaman diáconos distribuyen a todos los que están presentes pan, vino y agua “eucaristizados” y los llevan a los ausentes»[14].

Justino comienza su descripción situándola directamente en «el día del sol»: *Sunday*, domingo, que fue el día en que Jesús resucitó de la muerte. La identificación del «día del Señor» con el domingo es testimonio universal de los primeros cristianos. En cuanto que día principal de culto, el domingo ha llevado a cumplimiento y reemplazado al séptimo día, el sábado de los judíos. Fue el día del Señor, por ejemplo, cuando Juan, celebrando el culto «en el Espíritu», tuvo su visión del Apocalipsis (*Apoc* 1,10).

TEXTO Y GRÁFICOS

Justino explica el sacrificio y el sacramento de la Iglesia. Pero no minusvalora la presencia real. Utiliza el mismo realismo gráfico que su predecesor Ignacio: «el alimento que se ha hecho Eucaristía por la oración de su Palabra, y que nutre nuestra carne y sangre por asimilación, es la Carne y la Sangre de aquel Jesús que se hizo carne»[15].

Cuando se dirigió a los judíos, Justino fue más allá y explicó que el sacrificio pascual y los sacrificios del Templo eran sombras del único sacrificio de Jesucristo y de su representación en la liturgia: «y la ofrenda de flor de harina […] que estaba mandado que se presentase en nombre de los purificados de la lepra, era tipo del pan de la Eucaristía, cuya celebración prescribió nuestro Señor Jesucristo»[16].

Tal era la experiencia *católica*, o universal, de la Eucaristía. Pero, mientras la doctrina permanecía idéntica en todas partes del mundo, la liturgia era, en gran medida, un asunto local. Cada obispo era responsable de la celebración de la Eucaristía en su territorio y, gradualmente, diferentes regiones desarrollaron su propio estilo de práctica litúrgica: siríaca, romana, galicana, etcétera. Es digno de subrayar, sin embargo, cuánto conservaron en común todas estas liturgias, siendo tan variadas como eran. Con pocas excepciones, compartieron los mismos elementos básicos: rito penitencial, lecturas de la Sagrada Escritura, canto o recitación de salmos, homilía, «himno angélico», plegaria eucarística y Comunión. Las iglesias siguieron a San Pablo a la hora de transmitir con un especial cuidado las palabras de la institución, las palabras que transforman el pan y el vino en el Cuerpo y la Sangre de Cristo: «esto es mi Cuerpo… éste es el cáliz de mi Sangre».

AQUEL VIEJO DICHO FAMILIAR

Desde comienzos del siglo III en adelante, el reguero de papiros muestra una mayor preocupación por conservar las palabras precisas de las liturgias atribuidas a los Apóstoles. A principios de los 300 d. C., se publica, en el norte de Siria, otra recopilación de la tradición recibida: la *Didascalia Apostolorum* («Enseñanza de los Apóstoles»). La *Didascalia* incluye páginas con el texto de oraciones, a la vez que detalladas instrucciones para las funciones litúrgicas y el modo de comportarse de obispos, sacerdotes, diáconos, mujeres, niños, jóvenes, viudas, huérfanos y transeúntes.

Hacia el 215, Hipólito de Roma compuso su gran obra, la *Tradición Apostólica*[17], en la que estableció las enseñanzas litúrgicas y teológicas que la Iglesia romana había conservado desde los tiempos de los Apóstoles. Una de las secciones propone un ajustado guión de la liturgia para la ordenación de sacerdotes. Mientras que en la descripción de Justino podemos *ver* nuestra Misa, en la obra de Hipólito podemos *oírla*.

SACERDOTE: El Señor esté con vosotros.

COMUNIDAD: Y con tu espíritu.

SACERDOTE: Levantemos el corazón.

COMUNIDAD: Lo tenemos levantado hacia el Señor.

SACERDOTE: Demos gracias al Señor.

COMUNIDAD: Es justo y necesario.

Desde el mismo período, encontramos los textos más antiguos de las liturgias que reivindicaban un linaje apostólico, las liturgias de San Marcos, Santiago y San Pedro: liturgias que aún se usan en muchos lugares de todo el mundo. La liturgia de Santiago fue el rito preferido de la antigua Iglesia de Jerusalén, que reclamaba a Santiago como su primer obispo. Las liturgias de Santiago, Marcos y Pedro son teológicamente densas, ricas en poesía, ricas en citas de las Escrituras. Recuerda que, cuando poca gente sabía leer, y menos gente aún podía permitirse el lujo de tener copias de libros, la liturgia era el lugar donde los cristianos asimilaban la Biblia. Por eso, desde los primeros días de la Iglesia, la Misa ha estado empapada de la Sagrada Escritura.

Aunque sus palabras hablan elocuentemente del sacrificio de Cristo, las antiguas liturgias resuenan también en sus silencios:

Que toda carne mortal guarde silencio,
y quede en pie con temor y temblor,
y no medite nada terreno en su interior.
Porque el Rey de reyes y Señor de señores,
Cristo nuestro Dios, se adelanta para ser sacrificado,
y para ser dado como alimento para el creyente.
Y multitud de ángeles van delante de Él
con todas las potestades y dominaciones,
los querubines de muchos ojos, y los serafines de seis alas,
que se cubren el rostro, y gritan en voz alta el canto:
Aleluya, Aleluya, Aleluya.

Guarda todo esto en la memoria: los sonidos y los silencios de las primeras Misas de la Iglesia. Los encontrarás de nuevo en el cielo, cuando examinemos con más detenimiento el libro del Apocalipsis. Los encontrarás de nuevo en el cielo, cuando vayas a Misa el próximo domingo.

CAPÍTULO IV

PALADEA Y MIRA (Y ESCUCHA Y TOCA) EL EVANGELIO

COMPRENDER LAS PARTES DE LA MISA

A alguna gente, románticos de corazón, le gusta pensar que el culto de los primeros cristianos era puramente espontáneo e improvisado. Les gusta imaginar a los primeros creyentes con un entusiasmo tan desbordante que la alabanza y la acción de gracias se traducía en una profunda plegaria en cuanto la Iglesia se reunía para partir el pan. A fin de cuentas, ¿quién necesita un misal para gritar «te quiero»?

En tiempos, yo también creía eso. Sin embargo, el estudio de las Sagradas Escrituras y la Tradición me llevó a ver el buen sentido de la ordenación del culto. Gradualmente me encontré (siendo todavía protestante) atraído por la liturgia y tratando de construir una liturgia al margen de las palabras de la Escritura. Qué poco sabía yo que ya estaba hecha.

Desde los tiempos de San Pablo, vemos a la Iglesia interesarse por la precisión ritual y la etiqueta litúrgica. Creo que hay una buena razón para esto. Suplico paciencia a mis amigos románticos cuando digo que el orden y la rutina no son necesariamente cosas malas. De hecho, son indispensables para una vida buena, piadosa y pacífica. Sin programaciones y rutinas, pocas cosas podríamos llevar a cabo en nuestra labor diaria. Sin frases hechas, ¿cómo serían nuestras relaciones humanas? Todavía no he encontrado padres que se cansen de escuchar a sus hijos repetir la vieja frase «gracias». Aún no he encontrado una esposa que esté harta de escuchar «te quiero».

La fidelidad a nuestras rutinas es una forma de mostrar el amor. No trabajamos, o agradecemos, o mostramos afecto sólo cuando realmente nos apetece. El amor verdadero es el amor que vivimos con constancia y esa constancia se manifiesta en rutinas.

LA LITURGIA ES FORMADORA DE HÁBITOS

Las rutinas no son una buena teoría. Funcionan en la práctica. El orden hace que la vida sea más pacífica, más eficiente y más eficaz. De hecho, cuantas más rutinas desarrollamos, más eficaces somos. Las rutinas nos libran de la necesidad de ponderar pequeños detalles una vez y otra; las rutinas permiten adquirir buenos hábitos, liberando la mente y el corazón para que puedan expandirse.

Los ritos de la liturgia cristiana son las frases hechas que han pasado la prueba del tiempo: el «gracias» de los hijos de Dios, el «te quiero» de la Iglesia, Esposa de Cristo. La liturgia es el hábito que nos hace altamente eficientes, no sólo en la «vida espiritual», sino en la vida en general, puesto que la vida hay que vivirla en un mundo que ha sido hecho y redimido por Dios.

La liturgia compromete a la persona entera: cuerpo, alma y espíritu. Recuerdo la primera vez que asistí a un acto litúrgico católico, una celebración de las Vísperas en un seminario bizantino. Mi pasado y formación calvinistas no me habían preparado para la experiencia: el incienso y los iconos, las postraciones e inclinaciones, el canto y las campanas. Todos mis sentidos estaban elevados. Después, un seminarista me preguntó: «¿qué te parece?». Todo lo que pude decir fue: «Ahora sé por qué Dios me dio un cuerpo: para dar culto al Señor con su pueblo en la liturgia». Los católicos no sólo oyen el Evangelio. En la liturgia, lo escuchamos, lo vemos, lo olemos y lo gustamos.

PARTIR EN DOS UN BUEN RATO

Escuchamos la llamada de la Misa más claramente quizás en una frase que se repite a lo largo de la mayoría de las liturgias del mundo, a través de toda la historia de la Iglesia: ¡levantemos el corazón! ¿A dónde se levantan nuestros corazones? Al cielo, porque la Misa es el cielo en la tierra. Pero, antes de poder ver esto claramente (y aquí te adelanto un secreto: antes de que podamos entender el libro del Apocalipsis), tenemos que comprender las partes de la Misa.

En este capítulo, avanzaremos paso a paso a través de la liturgia para ver cómo «funciona» cada elemento: de dónde viene y para qué está. Aunque sólo tenemos espacio para tratar alguno de los detalles más relevantes, será

suficiente para ayudarnos a empezar a contemplar la Misa, y a empezar a descubrir su lógica interna. Porque, a menos que entendamos las dos partes como un todo, la Misa *puede* convertirse en rutina sin sentido, sin participación de corazón; y ése es el tipo de rutina que le da su mala fama.

En primer lugar, hemos de entender que la Misa está realmente dividida en dos: la «liturgia de la Palabra» y la «liturgia eucarística». Estas mitades están a su vez divididas en ritos específicos. En la Iglesia latina, la liturgia de la palabra incluye la entrada, los ritos introductorios, el rito penitencial y las lecturas de la Sagrada Escritura. La liturgia eucarística podría subdividirse en cuatro secciones: ofertorio, plegaria eucarística, rito de Comunión, y rito de conclusión. Aunque las acciones son muchas, la Misa es *un único ofrecimiento*: el sacrificio de Jesucristo, que renueva nuestra alianza con Dios Padre.

ENCRUCIJADA

Entre los primeros cristianos, la señal de la cruz era probablemente la expresión de fe más universal. Aparece a menudo en los documentos de ese período. En la mayoría de los lugares, la costumbre era sencillamente trazar la cruz sobre la frente. Algunos escritores (como San Jerónimo y San Agustín) describen a los cristianos haciendo la cruz en la frente, seguidamente en los labios y luego en el corazón, tal como lo hacen los católicos occidentales de hoy antes de leer el Evangelio. Grandes santos testimonian también el tremendo poder de la señal de la cruz. San Cipriano de Cartago, en el siglo III, escribía que «en la […] señal de la cruz está toda fuerza y poder […]. En esta señal de la cruz, está la salvación para todos los que están marcados con ella en la frente» (refiriéndose, dicho sea de paso, al *Apocalipsis* 7,3 y 14,1). Un siglo después, San Atanasio declaraba que «por la señal de la cruz toda magia se detiene y todo hechizo se desvanece». Satanás es impotente ante la cruz de Jesucristo.

La señal de la cruz es el gesto más profundo que podemos hacer. Es el misterio del Evangelio condensado en un momento. Es la fe cristiana resumida en un único gesto. Cuando hacemos la señal de la cruz, renovamos la alianza que comenzó con nuestro bautismo. Con nuestras palabras, proclamamos la fe trinitaria en la que fuimos bautizados («en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo»). Con la mano, proclamamos nuestra redención por la cruz de Jesucristo. El mayor pecado de la historia humana

—la crucifixión del Hijo de Dios— se convierte en el mayor acto de amor misericordioso y de poder divino. La cruz es el medio por el que somos salvados, por el que llegamos a ser partícipes de la naturaleza divina (cf. *2 Ped* 1,4).

Trinidad, encarnación, redención: todo el Credo destella en ese breve momento. En Oriente, el gesto es aún más rico, pues los cristianos trazan la señal de la cruz juntando los tres primeros dedos (pulgar, índice y corazón) separados de los otros dos (anular y meñique): los tres dedos unidos representan la unidad de la Trinidad; los otros dos representan la unión de las dos naturalezas de Cristo, la humana y la divina.

Esto no es sólo un acto de culto. Es también un recordatorio de quiénes somos. «Padre, Hijo y Espíritu Santo» refleja una relación de familia, la vida íntima de Dios y su eterna comunión. La nuestra es la única religión cuyo Dios es una familia. Dios mismo es una «familia eterna»; pero por el Bautismo, Él es también *nuestra* familia. El Bautismo es un sacramento, que viene de la palabra latina que significa juramento (*sacramentum*); y por este juramento somos ligados a la familia de Dios. Al hacer la señal de la cruz, empezamos la Misa con un recordatorio de que somos hijos de Dios.

Renovamos también el juramento solemne de nuestro Bautismo. Hacer la señal de la cruz, pues, es como jurar sobre la Biblia en un juicio. Prometemos que hemos venido a Misa a dar testimonio. Por tanto, no somos espectadores de un acto de culto; somos participantes activos, somos testigos, y juramos decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad. Con la ayuda de Dios.

UN RITO PARA LOS ERRORES

Si estamos en la tribuna de los testigos, entonces ¿quién es el acusado? El rito penitencial lo pone de manifiesto: nosotros. Las ordenaciones litúrgicas más antiguas que tenemos, la *Didaché*, dicen que a nuestra participación en la Eucaristía debe preceder un acto de confesión. Lo bonito de la Misa, sin embargo, es que nadie más que nosotros se levanta para acusarnos. «Yo confieso ante Dios todopoderoso […] que he pecado mucho».

Hemos pecado. No podemos negarlo. «Si decimos: “no tenemos pecado”, nos engañamos a nosotros mismos y la verdad no está en nosotros» (*1 Jn* 1,8). Más aún, dice el Libro Santo, incluso el justo cae siete veces al día (cf.

Prov 24,16). Nosotros no somos una excepción, y la honradez demanda que reconozcamos nuestra culpa. Incluso nuestros pequeños pecados son una cosa seria, porque cada uno de ellos es una ofensa contra un Dios cuya grandeza es inconmensurable. Por eso, en la Misa nos declaramos culpables y seguidamente confiamos en la clemencia de la corte celestial. En el *Kyrie*, pedimos misericordia a cada una de las tres divinas Personas de la Trinidad: «Señor, ten piedad. Cristo, ten piedad. Señor, ten piedad». No nos excusamos ni racionalizamos. Pedimos perdón y oímos el mensaje de clemencia. Si una palabra encierra el significado de la Misa, es «misericordia».

La frase «Señor, ten piedad» aparece a menudo en la Sagrada Escritura, en uno y otro Testamento (cf. por ejemplo, *Sal* 6,2; 31,9; *Mt* 15,22; 17,15; 20,30). El Antiguo Testamento enseña una y otra vez que la misericordia es uno de los grandes atributos de Dios (cf. *Ex* 34,6; *Jon* 4,2).

El «Señor, ten piedad» ha perdurado desde las liturgias cristianas más antiguas. De hecho, incluso en el Occidente latino se ha conservado a menudo en la forma griega más primitiva: «*Kyrie, eleison*». En algunas liturgias de Oriente, la comunidad repite el *Kyrie* como respuesta a una larga letanía que suplica los favores divinos. Entre los bizantinos, estas peticiones piden sobre todo la paz: «En paz, oremos al Señor […]. Por la paz que viene de lo alto […]. Por la paz en todo el mundo […]».

G-L-O-R-I-A

Pedimos por la paz y en unos segundos proclamamos el cumplimiento de nuestro ruego: «Gloria a Dios en el cielo, y en la tierra paz a los hombres que ama el Señor». Esta oración se remonta por lo menos al siglo II. La aclamación inicial viene del canto que entonaron los ángeles en el nacimiento de Jesús (*Lc* 2,14), y las líneas siguientes se hacen eco de las alabanzas del poder de Dios que hacen los ángeles en el Apocalipsis (especialmente *Apoc* 15,3-4).

Alabamos a Dios inmediatamente por las bendiciones que le acabamos de pedir. Ese es nuestro testimonio de su poder. Esa es su Gloria. Dijo Jesús: «todo lo que pidáis en mi nombre, eso haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo; si algo pedís en mi nombre, lo haré» (*Jn* 14,13-14). El Gloria grita con la alegría, la confianza y la esperanza que siempre ha caracterizado a los creyentes. En el Gloria, la Misa es una reminiscencia de la *todáh* de la Antigua Alianza, que hemos tratado antes. Nuestro sacrificio es una súplica

urgente de liberación, pero al mismo tiempo es una celebración y agradecimiento por esa liberación. Ésa es la fe de todo el que conoce el cuidado providencial de Dios. Eso es el Gloria.

LA IGLESIA DEL EVANGELIO COMPLETO

El momento culminante de la liturgia de la Palabra es, por supuesto, la proclamación de la Palabra de Dios. En domingo, normalmente incluirá una lectura del Antiguo Testamento, el canto o recitación de un Salmo y una lectura de las cartas del Nuevo Testamento, todo lo cual prepara para la lectura del Evangelio. (En la Vigilia Pascual, tenemos hasta diez extensas lecturas de la Biblia). En conjunto, es un acumulador de Escritura. Los católicos que asisten a Misa a diario oyen casi toda la Biblia, leída para ellos en el curso de dos años; aparte de las vetas de oro bíblico entreveradas en las demás oraciones de la Misa… no dejes que la gente te siga diciendo que la Iglesia no nos invita a los católicos a ser «cristianos bíblicos».

De hecho, el «hábitat natural» de la Biblia está en la liturgia. «La fe viene por la escucha», decía San Pablo (*Rom* 10,17). Date cuenta de que *no* dice «la fe viene por la lectura». En los primeros siglos de la Iglesia, no había imprenta. La mayoría de la gente no se podía permitir el lujo de tener los Evangelios manuscritos y, total, mucha gente no sabía leer. Así pues, ¿dónde recibían los cristianos el Evangelio? En la Misa: y entonces, como ahora, tenían el Evangelio completo.

Las lecturas que oyes en la Misa del domingo están programadas para un ciclo de tres años en un libro llamado *leccionario*. Este libro es un antídoto eficaz contra la tendencia que yo tenía, cuando era predicador protestante, a concentrarme en mis textos favoritos y predicar sobre ellos una y otra vez. Podía estar años sin tocar alguno de los libros del Antiguo Testamento. Los católicos que asistan regularmente a Misa no tendrán nunca este problema.

Durante las lecturas, nuestra atención nunca podrá ser excesiva. Son la preparación normal y esencial para nuestra Sagrada Comunión con Jesús. Uno de los grandes escrituristas de la Iglesia antigua. Orígenes (siglo III), urgía a los cristianos a respetar la presencia de Cristo en el Evangelio, como respetaban su presencia en la hostia.

> «Tú, que estás acostumbrado a tomar parte en los divinos misterios, sabes, cuando recibes el Cuerpo del Señor, cómo protegerlo con todo cuidado y veneración, para que ni una pequeña partícula se caiga, para que no se pierda nada del don consagrado. Pues sabes, correctamente, que

eres responsable si se cae algo por negligencia. Pero si eres tan cuidadoso para conservar su Cuerpo, y con toda razón, ¿cómo piensas que es menos culpable haber descuidado la Palabra de Dios que haber descuidado su Cuerpo?»[18].

Diecisiete siglos después, el Concilio Vaticano II se hizo eco de esta antigua enseñanza proponiéndola para nuestro tiempo: «la Iglesia siempre ha venerado la Sagrada Escritura, como lo ha hecho con el Cuerpo de Cristo, pues, sobre todo en la sagrada liturgia, nunca ha cesado de tomar y repartir a sus fieles el pan de vida que ofrece la mesa de la Palabra de Dios y del Cuerpo de Cristo» (*Dei Verbum*, 21).

«Nadie —decía Orígenes— entiende con el corazón […] a menos que tenga la mente abierta y totalmente concentrada». ¿Se nos aplica esta descripción a ti y a mí cuando escuchamos las lecturas de la Misa? Tenemos que estar particularmente atentos durante las lecturas porque, desde el comienzo de la Misa, tú y yo estamos bajo juramento. Recibiendo la Palabra —que, reconocemos, viene de Dios— estamos manifestando nuestra conformidad a estar ligados por la Palabra. En consecuencia, estamos sujetos a juicio sobre cómo cumplimos con las lecturas de la Misa. En la Antigua Alianza, escuchar la Ley era estar de acuerdo en vivir según la Ley; o recibir las maldiciones que venían con la desobediencia. En la Nueva Alianza también estamos «obligados» por lo que oímos, como veremos en el libro del Apocalipsis.

LA NECESIDAD DE PRESTAR ATENCIÓN AL CREDO

La liturgia de la Palabra prosigue, los domingos, con la homilía (o sermón) y el Credo. En la homilía, el sacerdote o el diácono, nos ofrece un comentario sobre la palabra inspirada de Dios. La homilía debería salir de las Escrituras del día, iluminando los pasajes oscuros y señalando aplicaciones prácticas para la vida ordinaria. La homilía no tiene por qué entretenernos. Igual que Jesús viene a nosotros en humildad, oblea insípida, así el Espíritu Santo obra a veces a través de un predicador aburrido.

Después de la homilía, recitamos el Credo de Nicea, que es la fe destilada en unas pocas líneas. Las palabras del Credo son precisas, con claridad y talla diamantinas. Comparado con oraciones como el Gloria, el Credo niceno aparece como desapasionado, pero las apariencias pueden ser engañosas. Como dijo la gran Dorothy Sayers[19]: el drama está en el dogma. Porque aquí proclamamos doctrinas por las que los cristianos del Imperio romano

sufrieron prisión y muerte. En el siglo , el Imperio casi estalla en una guerra civil por las doctrinas relativas a la divinidad de Jesús y a su igualdad con el Padre. Surgían nuevas herejías y se extendían por la Iglesia como un cáncer, amenazando la vida del cuerpo. Correspondió a los grandes concilios de Nicea (325) y Constantinopla (381) —en los que tomaron parte algunas de las mentes y almas más grandes de la historia de la Iglesia— dar a la fe católica básica esta formulación definitiva, aunque la mayoría de las líneas del Credo habían sido de uso común por lo menos desde el siglo III. Tras esos concilios, muchas Iglesias de Oriente establecieron que los fieles cantaran el Credo cada semana —no sólo lo recitaran— porque eran también buenas noticias, noticias que salvan vidas.

El cardenal Joseph Ratzinger ha señalado sucintamente la conexión entre Evangelio y Credo: «el dogma no es otra cosa, por definición, que interpretación de la Escritura […] forjada en la fe de siglos»[20]. El Credo es la «fe de nuestros padres», que «vive todavía». Asimismo, el documento de 1989 de la Comisión Teológica Internacional, *La interpretación de los dogmas*, señala: «en el dogma de la Iglesia se trata, por tanto, de la recta interpretación de la Escritura […]. Un tiempo posterior no puede retroceder más allá de lo que se formuló en el dogma con asistencia del Espíritu Santo como clave de lectura de la Escritura»[21]. Cuando recitamos el Credo los domingos, aceptamos públicamente como verdad objetiva esta fe basada en las Escrituras. Entramos en el drama del dogma, por el cual estuvieron dispuestos a morir nuestros antepasados.

Nos unimos a estos antepasados, cuando recitamos la «oración de los fieles», nuestras peticiones. El Credo nos habilita para entrar en el ministerio intercesor de los santos. En este punto, la liturgia de la Palabra llega a su fin, y entramos en los misterios de la Eucaristía.

OFRÉCELE ALGO QUE NO PUEDA RECHAZAR

La liturgia eucarística comienza con el ofertorio; y el ofertorio hace manifiesto nuestro compromiso. Llevamos pan, vino y dinero para sostener la obra de la Iglesia. En la Iglesia primitiva, los fieles mismos hacían el pan y prensaban el vino para la celebración; en el ofertorio los presentaban. (En algunas Iglesias orientales, el pan y el vino son elaborados todavía por los parroquianos). El sentido es éste: nos ofrecemos a nosotros mismos y todo lo que tenemos. No porque seamos muy especiales, sino porque sabemos que el

Señor puede tomar lo que es temporal y hacerlo eterno, lo que es humano y hacerlo divino. El Concilio Vaticano II habló con fuerza del ofrecimiento de los laicos; «todas sus obras, oraciones, tareas apostólicas, la vida conyugal y familiar, el trabajo diario, el descanso espiritual y corporal […], todo ello se convierte en sacrificios espirituales agradables a Dios por Jesucristo, que ellos ofrecen con toda piedad a Dios Padre en la celebración de la Eucaristía uniéndolos a la ofrenda del Cuerpo del Señor. De esta manera, también los laicos, como adoradores que en todas partes llevan una conducta santa, consagran el mundo mismo a Dios» (*Lumen gentium*, 34).

Todo lo que tenemos se pone sobre el altar, para hacerlo santo en Cristo. El sacerdote hace explícita esta conexión, cuando mezcla el agua y el vino en el cáliz: «el agua unida al vino sea signo de nuestra participación en la vida divina de quien ha querido compartir nuestra condición humana». Esta mezcla es un símbolo lleno de riqueza, que evoca la unión de la naturaleza divina de Cristo con la humana, la sangre y el agua que manaron de su costado en la cruz, y la unión de nuestros propios dones con el don perfecto que el Salvador hace de Sí mismo. Es un ofrecimiento que el Padre no puede rechazar.

MOVILIDAD ASCENDENTE

Ahora que el sacerdote ha levantado los dones, nos invita a que «levantemos el corazón». Se trata de una imagen llena de fuerza, que se encuentra en liturgias cristianas de todo el mundo y desde los tiempos más remotos. Levantamos nuestro corazón al cielo. En palabras del Apocalipsis (cf. *Apoc* 1,10; 4,1-2), somos arrebatados en el espíritu… al cielo. De ahora en adelante, decimos, miraremos la realidad con la fe y no con la vista.

¿Y qué vemos en este cielo? Nos damos cuenta de que a todo nuestro alrededor están los ángeles y los santos. Cantamos el cántico que, según atestiguan muchos relatos, cantan los ángeles y los santos ante el trono celestial (cf. *Apoc* 4,8; *Is* 6,2-3). En Occidente lo llamamos el «*Sanctus*» o «Santo, santo, santo»; en Oriente, es el «Trisagio» o «Himno del tres veces santo».

Ahora llega el clímax del sacrificio eucarístico, la gran plegaria eucarística (o *Anáfora*). Aquí es donde queda claro que la Nueva Alianza no es un libro. Es una acción, y esa acción es la Eucaristía. Se usan muchas plegarias eucarísticas en toda la Iglesia, pero todas contienen los mismos elementos:

• *La epíclesis*, que es cuando el sacerdote extiende sus manos sobre los dones e invoca la venida del Espíritu Santo. Es un poderoso encuentro con el cielo, más profundamente apreciado en Oriente.

• *La narración de la institución* es el momento en el que el Espíritu y la Palabra transforman los elementos del pan y del vino en el Cuerpo y la Sangre, alma y divinidad de Jesucristo. Ahora, el sacerdote relata el drama de la Última Cena, cuando Jesús estipuló la renovación de su sacrificio de la Alianza a lo largo del tiempo. Lo que *Éxodo* 12 era para la liturgia de la Pascua, lo son los Evangelios para la plegaria eucarística, pero con una gran diferencia. Las palabras de la nueva Pascua «realizan lo que significan». Cuando el sacerdote pronuncia las palabras de la institución —«esto es mi Cuerpo… éste es el cáliz de mi Sangre, Sangre de la alianza nueva y eterna»— no está simplemente narrando, está hablando *en la persona de Cristo*, que es el celebrante principal de la Misa. Por el sacramento del Orden, el hombre es cambiado en su ser más profundo; como sacerdote, se convierte en «otro Cristo». Jesús mandó que los Apóstoles y sus sucesores celebraran la Misa cuando dijo: «haced esto… en memoria mía» (*1 Cor* 11,25). Fíjate en que Jesús les mandó «*haced* esto» y no «escribid esto» o «leed esto».

• *Recuerdo*. Empleamos las palabras «recuerdo» o «memorial» para describir la siguiente sección de la plegaria eucarística, pero estas palabras apenas hacen justicia a los términos en el idioma original. En el Antiguo Testamento, por ejemplo, leemos a menudo que «Dios se acordó de su Alianza». No se trata de que Dios se pudiese olvidar alguna vez de su Alianza; pero, en determinados momentos, la renovaba en beneficio de su Pueblo, la re-presentaba, la actualizaba. Esto es lo que hace, a través de su sacerdote, en el memorial de la Misa. De nuevo renueva su Nueva Alianza.

• *Oblación*. El «memorial» de la Misa no es imaginario. Tiene carne; es Jesús en su humanidad glorificada, y Él es nuestra ofrenda. «Padre, al celebrar ahora el memorial de la pasión salvadora de tu Hijo […], te ofrecemos, en esta acción de gracias, el sacrificio vivo y santo» (*Plegaría eucarística III*).

• *Intercesiones*. Con Jesús mismo, oramos al Padre por los vivos y los difuntos, por toda la Iglesia y por el mundo entero.

• *Doxología*. El final de la plegaria eucarística es un momento dramático. Lo llamamos «doxología», que en griego significa «palabra de gloria». El sacerdote levanta el cáliz y la hostia, refiriéndose ahora a ellos como Él. Es Jesús y «por Cristo, con Él y en Él, a ti Dios Padre omnipotente todo honor y toda gloria por los siglos de los siglos». En este momento, nuestro «¡Amén!»

debería retumbar; tradicionalmente se le llama «el gran Amén». En el siglo IV, San Jerónimo reseñaba que, en Roma, cuando se proclamaba el gran Amén, temblaban todos los templos paganos.

COSAS DE FAMILIA

Terminada la plegaria eucarística, proseguimos con el Padrenuestro, la oración que Cristo nos enseñó. Lo encontramos en las antiguas liturgias, y debería tener un significado más rico para nosotros en el contexto de la Misa: y especialmente en el contexto de la Misa como el cielo en la tierra. Hemos renovado nuestro Bautismo como hijos de Dios, a quien podemos llamar «Padre nuestro». Estamos ahora en el cielo con Él, teniendo levantados nuestros corazones. Hemos santificado su Nombre celebrando la Misa. Uniendo nuestro sacrificio al sacrificio eterno de Jesús, hemos visto la voluntad de Dios hecha «en la tierra como en el cielo». Tenemos delante de nosotros a Jesús, nuestro «pan de cada día», y este pan perdonará «nuestras ofensas», porque la Comunión limpia todos los pecados veniales. Hemos, pues, conocido la misericordia y nos mostraremos misericordiosos, perdonando «a los que nos han ofendido». Y gracias a la Comunión experimentaremos nueva fuerza sobre las tentaciones y el mal. La Misa cumple la oración del Señor, perfectamente, palabra a palabra.

No es una exageración subrayar la relación que existe entre «nuestro pan de cada día» y la hostia eucarística que está ante nosotros. En su clásico ensayo sobre el Padrenuestro, el escriturista Raymond Brown demostró que ésta era la abrumadora creencia de los primeros cristianos: «hay una buena razón, entonces, para conectar el maná del Antiguo Testamento y el pan eucarístico del Nuevo Testamento con la petición […]. Por eso, al pedir al Padre “danos hoy nuestro pan”, la comunidad estaba empleando palabras directamente conectadas con la Eucaristía. Y por eso, nuestra liturgia romana quizá no esté demasiado lejos del sentido original de la petición al poner [el Padrenuestro] como introducción a la Comunión de la Misa»[22].

Empieza, pues, el «rito de la Comunión», y no deberíamos perder de vista la fuerza original de la palabra *comunión*. En tiempos de Jesús, se usaba esta palabra (en griego, *koinonía*) principalmente para describir los lazos familiares. Con la Comunión, renovamos nuestros lazos con la familia eterna, la familia que es Dios, y con la familia de Dios en la tierra, la Iglesia. Expresamos nuestra comunión con la Iglesia en el signo de la paz. Con este

antiguo gesto, cumplimos el mandato de Jesús de hacer las paces con nuestro vecino antes de acercarnos al altar (cf. *Mt* 5,24).

Nuestra siguiente oración, el «Cordero de Dios», evoca el sacrificio pascual y la «misericordia» y la «paz» de la nueva Pascua. El sacerdote, entonces, parte la hostia y la levanta —un Cordero «de pie, como si estuviera sacrificado» (*Apoc* 5,6)— y repite las palabras de Juan Bautista: «Este es el Cordero de Dios» (cf. *Jn* 1,36). Sólo podemos responder con las palabras del centurión romano: «Señor, no soy digno de que entres en mi casa, pero una palabra tuya…» (*Mt* 8,8).

Entonces le recibimos en la Comunión. *Le* recibimos… ¡al mismo a quien hemos alabado en el Gloria y confesado en el Credo! *Le* recibimos… ¡al mismo ante quien hemos pronunciado nuestro solemne juramento! *Le* recibimos… ¡al mismo que es la Nueva Alianza esperada a lo largo de toda la historia de la humanidad! Cuando Cristo venga al final de la historia no tendrá ni un ápice más de gloria que la que tiene en este momento, ¡cuando lo consumimos *totalmente*! En la Eucaristía recibimos lo que seremos por toda la eternidad, cuando seamos elevados al cielo para unirnos a la muchedumbre celestial en la cena nupcial del Cordero. En la Comunión ya estamos allí. No se trata de una metáfora. Es la verdad fría, calculada, precisa, metafísica que enseñó Jesucristo.

ENVIADOS DEL CIELO

Después de tantos y tan graves desarrollos, parece que la Misa termina demasiado abruptamente: con una bendición y «la Misa ha terminado»; «podéis ir en paz». Parece extraño que la palabra «Misa» provenga de estas apresuradas palabras finales: *Ite, missa est* (literalmente, «id, ha sido enviada»). Pero los antiguos entendían que la Misa era un envío. Esa última línea no es tanto una *dimisión* como una *comisión*. Nos hemos unido al sacrificio de Cristo. Dejamos ahora la Misa a fin de vivir el misterio, el sacrificio, que acabamos de celebrar, en medio del esplendor de la vida ordinaria en casa y en el mundo.

SEGUNDA PARTE

LA REVELACIÓN DEL CIELO

CAPÍTULO I

«ME VOLVÍ PARA MIRAR»

ENCONTRAR SENTIDO ENTRE LO EXTRAÑO

Los cuatro capítulos anteriores han sido la parte más sencilla. La mayoría de los católicos, al fin y al cabo, tiene por lo menos una ligera idea de la Misa. Están familiarizados con las oraciones y los gestos, incluso si los han seguido medio dormidos. En este capítulo, sin embargo, nos volvemos para mirar (*Apoc* 1,12) aquello de lo que muchos católicos se han apartado: unas veces con terror, otras con frustración.

El Apocalipsis, el último libro de la Biblia, parece realmente extraño: lleno de guerras terroríficas y fuegos devoradores, ríos de sangre, y calles pavimentadas de oro. Por todas partes, parece desafiar al sentido común y al buen gusto. Tomemos tan sólo un ejemplo conocido, la plaga de langostas. Juan anota que «de la humareda saltaron langostas […] como caballos dispuestos para el combate; sobre las cabezas tenían una especie de coronas que parecían de oro y sus rostros eran como rostros humanos, tenían cabellos como los de las mujeres, y sus dientes eran como los de los leones; tenían escamas, semejantes a corazas de hierro, y el ruido de sus alas era como el estruendo de muchos carros […]. Tienen colas como los escorpiones, con aguijones, y en sus colas poder de dañar a los hombres durante cinco meses» (*Apoc* 9,3.7-10).

Apenas sabemos si reír o gritar de miedo. Con el debido respeto, nos gustaría decirle a San Juan: «está bien. Deja que me aclare: dices que viste langostas de pelo largo, con dientes de león y rostro humano… ¿y que llevaban coronas de oro y armaduras?». Nuestra gran tentación es sencillamente la de excusarnos de leer el Apocalipsis, recordándole a Dios que tenemos otras tareas inaplazables aquí en la tierra.

No voy a negar que los detalles del libro del Apocalipsis son demasiado extraños. En vez de eso, te invito a acompañarme en una investigación, de manera que puedas descubrir por ti mismo, como yo lo hice, que hay un sentido entre tantas cosas extrañas.

¿MANCHA SIN TINTA?

Cuando comencé mi estudio del Apocalipsis, era protestante, evangélico en la forma, calvinista en cuanto a la teología. Como muchos otros evangélicos, encontraba fascinante el Apocalipsis. De entrada, forma parte de la Sagrada Escritura, y yo defendía que la regla de la fe era la «sola Escritura». Más aún, el Apocalipsis ocupa una posición especial en cuanto *libro final* de la Biblia: como si se tratara de la «última palabra» de Dios. Además, el Apocalipsis me parecía el libro más misterioso y críptico de la Biblia, y precisamente esto me resultaba demasiado tentador como para pasar de largo. Veía el Apocalipsis como un puzzle que Dios me daba para resolverlo, un código que pedía ser descifrado.

Tenía mucha compañía. Según se acercaba a su fin el segundo milenio, entre mis hermanos evangélicos se desató una producción en cadena de interpretaciones del libro del Apocalipsis. En cada visita a la librería, descubría nuevas y más prometedoras revelaciones del Apocalipsis.

No siempre ha sido así entre los intérpretes protestantes. El primer protestante, Martín Lutero, encontraba el Apocalipsis demasiado estrafalario de principio a fin. Durante un tiempo, hasta rechazó su puesto en la Biblia, porque, decía, «una revelación debería revelar»[1]. Pero el Apocalipsis *está* siempre revelando, en la medida en que desenmascara los prejuicios, inquietudes, e inclinaciones ideológicas de cada intérprete particular.

El Apocalipsis es como una especie de test de Rorschach[2] para cristianos. Los predicadores intentan en primer lugar percibir un orden en el texto. Normalmente esto supone un esfuerzo infructuoso, puesto que el libro carece de los principios ordenadores de una obra literaria: una línea narrativa convencional o un argumento. Al no poder encontrar un orden, intentan imponerlo. Éste es, más o menos, el esquema que seguí durante los años en que fui seminarista y ministro protestante. Lo que ocurre habitualmente es que un detalle particular capta la imaginación y se convierte en la clave interpretativa para leer el libro entero. El «milenio», por ejemplo, que es un

concepto que aparece sólo en el capítulo 20 del Apocalipsis, empieza a colorear todo lo que uno ve en los capítulos 1 a 19 y 21 a 22.

EL VIRUS *MILLENIUM*

El milenio es, hoy en día, la clave de interpretación preferida por los evangélicos y los fundamentalistas[3]. El libro de Hal Lindsey, *El gran planeta Tierra*, éxito de ventas en 1970, lanzó todo un género, puesto que se convirtió en el segundo libro más vendido de los últimos treinta años. Sus ventas han superado, según últimas cifras, los 35 millones de ejemplares en cincuenta idiomas. Lindsey afirmaba que las profecías del Apocalipsis eran una predicción precisa de acontecimientos del futuro, un futuro que estaba amaneciendo precisamente en los años 70 del siglo XX. Veía las extrañas imágenes del Apocalipsis en correspondencia exacta con pueblos, lugares y acontecimientos que entonces eran noticia. Por ejemplo, Rusia era la bestia; y Gog y Magog se aplicaban a la Unión Soviética. Lindsey predijo que los soviéticos caerían en picado sobre Palestina; pero Jesús volvería, los masacraría y establecería un reino de mil años en Jerusalén.

Lindsey no estaba solo. De hecho, durante unos pocos años, yo estuve firmemente con él —aunque con matices diferentes— en el bando «futurista» de los intérpretes del Apocalipsis. Dentro de este bando, hay mucho desacuerdo sobre cuándo tendrán lugar los acontecimientos y cuál de las bestias del Apocalipsis corresponde a cada líder del mundo. Los futuristas tampoco están de acuerdo entre sí en lo referente a si los cristianos atravesarán la «tribulación» y cuándo entrará el mundo en el milenario reinado de Cristo. Algunos han desarrollado nuevos conceptos como el de «rapto» para describir las milagrosas intervenciones que predicen para el fin de los tiempos. En el rapto, afirman, Dios arrebatará a sus elegidos hasta las nubes, para vivir con Él (cf. *1 Tes* 4,16-17).

Frecuenté estos pastos durante años, pero sin encontrar una verdadera satisfacción. Lo que sucedía una y otra vez era que tal predicador se fijaba en un único elemento —el número de la bestia, por ejemplo— y toda su lectura del Apocalipsis giraba en torno a identificar ese número con alguien que saliera en las noticias. Pero a lo largo de los años 70 y 80 del siglo XX, los líderes mundiales subían y caían, y los imperios se desmoronaban, y con cada líder caído y con cada imperio desmoronado, veía cómo se precipitaba en la ruina otra gran teoría.

Poco a poco, comencé a ver una razón de más peso para mi desilusión. ¿Podría Dios haber inspirado realmente el Apocalipsis de Juan de tal modo que estuviese inactivo al final de la Biblia, extraño e inexplicable, durante veinte siglos, hasta que se cumpliese el tiempo y empezasen a suceder los cataclismos? No, el Apocalipsis estaba previsto para *revelar*, y sus revelaciones deben servir para los cristianos de todos los tiempos, incluidos sus lectores originales del siglo I.

UNA EXPLOSIÓN DEL PASADO

Los futuristas, en toda su variedad, no agotaron las perspectivas de interpretación del libro del Apocalipsis. Algunos (llamados «idealistas») pensaron que todo el libro era sencillamente una metáfora de las luchas de la vida espiritual. Otros pensaron que el Apocalipsis perfilaba un plan para la historia de la Iglesia. Otros, en fin, argüían que el libro era simplemente una descripción codificada de la situación política de los cristianos del siglo I: según este punto de vista, la idea fundamental del Apocalipsis era exhortar a los creyentes a permanecer firmes en la fe y prometer la venganza divina contra los perseguidores de la Iglesia. Encontraba cierto valor en estos argumentos, especialmente en la medida en que se referían a versículos concretos, pero ninguno fue capaz de satisfacer mi deseo de abarcar el conjunto de la narración de Juan.

Cuanto más estudiaba los comentarios sobre el Apocalipsis, más llegaba a entender detalles concretos, pero menos me parecía comprender la totalidad del libro. Entonces, mientras estaba investigando otras materias, me encontré un tesoro escondido: escondido, claro está, para quien estudie la Escritura en una tradición que se remonte sólo a cuatrocientos años.

Comencé a leer a los Padres de la Iglesia —escritores y maestros cristianos de los ocho primeros siglos— y especialmente sus comentarios sobre la Biblia. Me tropecé con mi propia ignorancia a medida que los Padres se referían frecuentemente a algo de lo que no sabía nada: la liturgia. Sin embargo, curiosamente descubrí que esta antigua liturgia parecía incorporar muchos de los pequeños detalles del Apocalipsis… ¡en un contexto en el que tenían sentido! Entonces, conforme seguí leyendo los estudios exegéticos de los Padres sobre el Apocalipsis, me di cuenta de que muchos habían conectado explícitamente la Misa y el libro del Apocalipsis. De hecho, para la

mayoría de los primeros cristianos se trataba de un dato evidente: el libro del Apocalipsis era incomprensible separado de la liturgia.

Como describí en el capítulo I de la primera parte, sólo cuando comencé a asistir a Misa resultó que las muchas piezas de este libro desconcertante empezaron de repente a colocarse en su sitio. Antes de que pasara mucho tiempo, pude *ver* el sentido que tienen el altar del Apocalipsis (*Apoc* 8,3), sus sacerdotes revestidos (4,4), velas (1,12), incienso (5,8), maná (2,17), cálices (cap. 16), culto dominical (1,10), la importancia que da a la Virgen María (12,1-6), el «Santo, santo, santo» (4,8), el Gloria (15,3-4), la señal de la cruz (14,1), el Aleluya (19,1.3.6), las lecturas de la Sagrada Escritura (cap. 2-3), y el «Cordero de Dios» (muchas, muchas veces). No son interrupciones de la narración o detalles incidentales; son la verdadera sustancia del Apocalipsis.

PORQUÉS

Por tanto, el Apocalipsis no era simplemente una velada advertencia sobre la geopolítica de los años 70 del siglo XX, o una historia codificada del Imperio romano del siglo I, o un libro de instrucciones para el fin de los tiempos. De alguna manera, trataba sobre el mismo sacramento que estaba empezando a atraer a este «cristiano bíblico» hacia la plenitud de la fe católica.

Aun así, surgían nuevas cuestiones. Si en los textos de las antiguas liturgias me tropecé con el «qué» del Apocalipsis, me quedaban algunos enormes «porqués». ¿Por qué una presentación tan rara?, ¿por qué una visión y no un texto litúrgico?, ¿por qué, de entre todos los posibles discípulos, el Apocalipsis se atribuía a Juan?, ¿por qué fue escrito cuando fue escrito?

A medida que empecé a estudiar los tiempos del Apocalipsis y la liturgia de los tiempos, fueron apareciendo las respuestas.

CIELO Y TIERRA EN MINIATURA

Cuando procuramos acercarnos al libro como debió hacerlo su audiencia original, se esclarecen muchos pequeños detalles de la visión de San Juan. Si fuéramos judeocristianos de habla griega de tiempos de Juan, que viviésemos en las ciudades de la provincia romana de Asia, probablemente conoceríamos la topografía de Jerusalén por nuestras peregrinaciones regulares. Para los

lectores de Juan, Jerusalén era sumamente importante. Era la capital y el centro económico del antiguo Israel, así como el eje cultural y académico de la nación. Pero, sobre todo, Jerusalén era el corazón espiritual del pueblo israelita. Intenta imaginarte una ciudad moderna que combinase Washington, D.C., Wall Street, Oxford y el Vaticano. Eso era Jerusalén para un judío del siglo I.

Dentro de Jerusalén, nuestro sentimiento de afecto más profundo sería por el Templo, centro de la vida religiosa y cultural de los judíos de todo el mundo. Jerusalén no era tanto una ciudad con un Templo, cuanto un Templo con una ciudad construida a su alrededor. Para los judíos piadosos, más que un lugar de culto, el Templo era como un modelo a escala de toda la creación. De la misma manera que el universo fue hecho para ser el santuario de Dios, con Adán sirviéndole como sacerdote, así el Templo existía para restaurar este orden, con los sacerdotes de Israel sirviendo ante el Santo de los santos.

Como judíos cristianos, reconoceríamos inmediatamente el Templo en la descripción del cielo que hace el Apocalipsis[4]. En el Templo, como en el cielo de Juan, la *menoráh* (siete candeleras de oro, *Apoc* 1,12) y el altar del incienso (8,3-5) estaban delante del Santo de los santos. En el Templo, adornaban las paredes cuatro querubines tallados, como las cuatro criaturas vivientes sirven ante el trono en el cielo de Juan. Los veinticuatro «ancianos» (en griego, *presbyteroi*, de donde proviene en español «presbíteros») de *Apocalipsis* 4,4, eran una réplica de las veinticuatro divisiones sacerdotales que oficiaban a lo largo del año en el Templo. El «mar transparente como el cristal» (*Apoc* 4,6) era la gran piscina de bronce pulido del Templo, con capacidad para 50 000 litros de agua. En el centro del Templo del Apocalipsis, como en el Templo de Salomón, estaba el Arca de la Alianza (*Apoc* 11,19).

El Apocalipsis era una revelación del Templo, pero, para los judíos piadosos y los judíos convertidos al cristianismo, revelaba mucho más. Pues el Templo y su ornamentación apuntaban a realidades más altas. Al igual que Moisés (cf. *Ex* 25,9), el rey David había recibido de Dios mismo el plan del Templo: «todo esto me ha llegado escrito por la mano del Señor, para hacerme comprender todos los detalles del modelo» (*1 Cro* 28,19). El Templo tenía que ser construido a imitación de la corte celestial: «me mandaste edificar un Templo en tu santo monte y un altar en la ciudad de tu morada, a imitación de la tienda santa que preparaste al principio» (*Sab* 9,8).

DE IMITACIÓN A PARTICIPACIÓN

Según antiguas creencias judías, el culto del Templo de Jerusalén era un reflejo del culto de los ángeles en el cielo. El sacerdocio levítico, la liturgia de la alianza, los sacrificios representaban difusamente modelos celestiales.

El libro del Apocalipsis apuntaba a algo diferente, a algo más. Mientras que Israel rezaba *a imitación de los ángeles*, la Iglesia del Apocalipsis daba culto *junto con los ángeles* (cf. 19,10). Mientras que los sacerdotes eran los únicos autorizados para estar en el lugar santo del Templo de Jerusalén, el Apocalipsis mostraba una nación de sacerdotes (cf. 5,10; 20,6) que moran siempre en la presencia de Dios.

En adelante ya no habría un arquetipo celestial y una imitación terrena. El Apocalipsis revelaba ahora *un único culto*, ¡compartido por hombres y ángeles!

RENACER DE LAS CENIZAS

Los especialistas no se ponen de acuerdo en cuándo fue escrito el libro del Apocalipsis; las hipótesis abarcan desde finales de los años 60 hasta finales de los 90 d. C. Casi todos están de acuerdo, sin embargo, en que las medidas del Templo que da Juan (*Apoc* 11,1), apuntan a una fecha anterior al 70, puesto que después del año 70 no habría habido Templo que medir.

En cualquier caso, el culto de los sacrificios de la Antigua Alianza encontró su final definitivo con la destrucción del Templo, cuando el año 70 d. C. fue arrasada Jerusalén. Para los judíos de todo el mundo, este acontecimiento supuso un cataclismo, que prefiguraba el juicio final del «templo cósmico» al final de los tiempos. Después del año 70, ya no se elevaría el humo de los corderos sacrificados. Las legiones romanas habían reducido a escombros calcinados la ciudad y el santuario que habían dado sentido a las vidas de los judíos de Palestina y del extranjero.

Lo que describe San Juan en su visión fue nada menos que la desaparición del mundo antiguo, la antigua Jerusalén, la antigua Alianza, y la creación de un nuevo mundo, una nueva Jerusalén, una nueva Alianza[5]. Con el orden del nuevo mundo, vino un nuevo orden de culto.

Es difícil *no* oír los ecos del Evangelio de Juan: «destruid este Templo, y en tres días lo reedificaré» (*Jn* 2,19). «Llega la hora en que ni en este monte

ni en Jerusalén daréis culto al Padre […], en que los verdaderos adoradores darán culto al Padre en espíritu y verdad» (*Jn* 4,21.23). En el Apocalipsis, estas predicciones se cumplen, cuando se desvela que el nuevo Templo es el Cuerpo místico de Cristo, la Iglesia, y cuando el culto «en el Espíritu» ocupa su lugar en la nueva Jerusalén del cielo.

De igual modo, es fácil comprender por qué los primeros cristianos consideraron tan significativo, teológica y litúrgicamente, el velo roto del Templo. El velo se rasgó en el preciso momento en que se rasgó decisivamente el Cuerpo de Cristo. Mientras Jesús completaba la ofrenda terrena de su Cuerpo, Dios se aseguró de que el mundo supiera que el velo había sido removido «del Templo». Cada uno ahora —reunidos todos juntos en la Iglesia— podrá entrar a su presencia en el día del Señor.

«Por tanto, hermanos, como tenemos la confianza de entrar en el Santuario por la Sangre de Jesús, por el camino reciente y vivo que él nos abrió a través de la cortina (o velo), es decir, de su Carne […], estemos pendientes unos de otros para estimularnos a la caridad y a las buenas obras, sin abandonar nuestras propias reuniones […], sino animándonos tanto más cuanto más cercano veis el Día» (*Heb* 10,19-20.24-25).

«En el Espíritu el día del Señor», Juan vio algo más radical que lo que ninguna narración o discusión podría expresar. Vio aquella parte del mundo que ya había sido transformada en un cielo nuevo y una tierra nueva.

Unos siglos más tarde, yo también comencé a volverme y mirar.

CAPÍTULO II

QUIÉN ES QUIÉN EN EL CIELO

UN APOCALIPSIS DE MILES DE ACTORES

A excepción de una plaga de efímeros anticristos en los años 70, Hollywood no ha intentado nunca llevar a la pantalla el Apocalipsis, como lo ha hecho con los Evangelios o el libro del Éxodo. Quizá algunas cosas son demasiado extrañas, sangrientas, violentas y extravagantes, incluso para Hollywood.

También podría ser que a los directores se les hayan quitado las ganas por el número de protagonistas que requeriría el Apocalipsis (¡por no mencionar el coste de los efectos especiales!). Cecil B. DeMille pudo contentarse con un reparto de miles de personas en *Los 10 Mandamientos*. El Apocalipsis, sin embargo, necesitaría literalmente *cientos de miles*. Es quizá el libro más poblado de la Biblia.

¿Quiénes son estos personajes que pueblan los escenarios terrestres y celestes de Juan? En este capítulo vamos a intentar conocerlos un poco mejor.

Pero, ante todo, una confesión: tengo miedo de dar este paso. Quizá no haya otro tema que fascine u obsesione más a los estudiosos, predicadores o aficionados del Apocalipsis que la identificación de sus bestias, bichos, ángeles y gente.

La identificación de estos personajes que hace el lector depende ampliamente de su esquema de interpretación. El esquema «futurista» ha llevado a los intérpretes a identificar las bestias sucesivamente con Napoleón, Bismarck, Hitler y Stalin, entre otros. La visión «preterista» —que subraya el cumplimiento de las profecías del Apocalipsis en el siglo I— tiende a identificar las bestias, por ejemplo, con uno u otro emperador romano, con Roma misma o con Jerusalén. Una tercera perspectiva, a veces llamada «idealista», ve el Apocalipsis como una alegoría del combate espiritual que

debe luchar todo fiel. Aún otra visión, la «historicista», sostiene que el Apocalipsis expone el plan maestro de Dios para la historia, de principio a fin[6].

¿Cuál de estos puntos de vista sigo? Bueno, todos ellos. No hay ninguna razón por la que no puedan ser verdaderos al mismo tiempo. Las riquezas de la Escritura son ilimitadas. Los primeros cristianos enseñaron que los textos sagrados operaban en cuatro niveles, y todos esos niveles, a una, enseñan la única verdad divina, como una sinfonía. De favorecer una perspectiva sobre las demás, es la «preterista». Pero, insisto, sin despreciar las otras. Lo que las une a todas ellas es lo que nos une a todos nosotros con Cristo: la nueva Alianza, sellada y renovada por la liturgia eucarística.

En efecto, dentro del Apocalipsis emerge un esquema —de alianza, caída, juicio y redención—, y este esquema describe ciertamente un período particular de la historia, pero describe también *cada* período de la historia, y *toda* la historia, así como el curso de la vida de cada uno de nosotros.

«YO, JUAN»

He mencionado antes que hay mucha controversia acerca de la autoría joánica del Apocalipsis. Ese debate, aunque es fascinante, resulta marginal para nuestro estudio de la Misa en el Apocalipsis.

Una cosa, sin embargo, es clara: el texto se asocia explícitamente con Juan (*Apoc* 1,4.9; 22,8). Y «Juan» en el Nuevo Testamento (como en la mente de los primeros Padres de la Iglesia) significa el apóstol Juan.

Además, los libros mismos indican que, si no comparten un autor común, al menos derivan de una misma escuela de pensamiento. El Apocalipsis y el cuarto Evangelio tienen muchos intereses teológicos comunes: ambos libros revelan un conocimiento muy preciso del Templo de Jerusalén y de sus rituales; igualmente, parecen preocupados por presentar a Jesús como el «Cordero», el sacrificio de la nueva Pascua (cf. *Jn* 1,29.36; *Apoc* 5,6). Más aún, el Evangelio de Juan y el Apocalipsis tienen en común cierta terminología que, en el Nuevo Testamento, es exclusiva de ellos; por ejemplo, únicamente el cuarto Evangelio y el Apocalipsis se refieren a Jesús como «la Palabra de Dios» (*Jn* 1,1; *Apoc* 19,13); y sólo estos dos libros se refieren al culto de la Nueva Alianza como «en el Espíritu» (*Jn* 4,23; *Apoc* 1,10);

además, sólo ellos hablan de la salvación en términos de «agua viva» (*Jn* 4,13; *Apoc* 21,6). Hay otros muchos paralelismos semejantes.

De todos modos, identificar al autor Juan con el apóstol San Juan es importante únicamente porque nos da a entender la fuerza de la visión del Apocalipsis. En el Evangelio, por ejemplo, se identifica a Juan con el «discípulo amado» de Jesús (cf. *Jn* 13,23; 21,20.24). Juan fue el apóstol que tuvo una mayor intimidad con el Señor, el discípulo que estuvo literalmente más cerca de su Corazón. Juan se reclinó sobre el pecho de Jesús en la Última Cena. Pero en el Apocalipsis, Juan cayó rostro a tierra, cuando vio a Jesús en su poder y gloria, con dominio universal y soberanía divina (*Apoc* 1,17). Para nosotros, que queremos ser hoy «discípulos amados», estos detalles son importantes. Si bien debemos esforzarnos por tener una relación cada vez más íntima con Jesús, difícilmente podemos empezar la conversación mientras no veamos a Jesús como quien es, en su santidad que todo lo sobrepasa.

La identidad de Juan es importante también en relación con las preocupaciones terrenas del Apocalipsis. La Tradición identifica al apóstol Juan como obispo de Éfeso, una de las siete iglesias mencionadas en el Apocalipsis. Las iglesias se corresponden con ciudades, y las siete se localizaban en Asia Menor en un radio de ochenta kilómetros, marcando probablemente el área de la autoridad de San Juan. Podemos ver por qué Juan, como obispo, pudo ser elegido para comunicar un mensaje pastoral como el que encontramos en el Apocalipsis, especialmente en las cartas a las siete iglesias (*Apoc* 2-3).

«EL CORDERO»

Estos son el título y la imagen preferidos por el Apocalipsis para Jesucristo. Cierto: Él es el que gobierna (1,5); está en pie entre la *menoráh*, revestido como Sumo Sacerdote (1,13); es «el primero y el último» (1,17), «el único santo» (3,7), «Señor de señores y Rey de reyes» (17,14)… pero, sobre todo, Jesús es el Cordero.

El Cordero, según el *Catecismo de la Iglesia Católica*, es «Cristo crucificado y resucitado, el único Sumo Sacerdote del santuario verdadero, el mismo "que ofrece y que es ofrecido, que da y que es dado"» (n. 1137).

Cuando Juan ve por primera vez al Cordero, está buscando en ese momento un león. Nadie es capaz de abrir los sellos del libro enrollado y

revelar su contenido, y Juan comienza a llorar. Entonces un anciano le asegura: «No llores; porque el León de la tribu de Judá, la raíz de David, ha vencido y puede abrir el libro y sus siete sellos» (*Apoc* 5,5).

Juan busca a su alrededor al León de Judá, pero en vez de eso ve… un Cordero. Para empezar, los corderos no son muy poderosos, y éste está en pie «como si hubiera sido sacrificado» (*Apoc* 5,6). No necesitamos repetir aquí todo lo que hemos tratado en el capítulo 2. Lo que debería quedar claro es que Jesús, aquí, es un cordero sacrificado, como el cordero pascual.

Los ancianos (*presbyteroi*, presbíteros) cantan entonces que el sacrificio de Cristo le ha hecho capaz de romper los sellos del rollo, el Antiguo Testamento. «Eres digno de recibir el libro y de abrir sus sellos, porque fuiste inmolado y con tu Sangre rescataste para Dios a los hombres» (5,9). Entonces, cielo y tierra dan gloria a Jesús como a Dios: «¡Al que está sentado en el trono y al Cordero, la alabanza, el honor, la gloria y el poder por los siglos de los siglos! […] Y los ancianos se postraron y adoraron» (5,13-14).

El Cordero es Jesús. Es también un «hijo de hombre», revestido como Sumo Sacerdote (1,13); el Cordero es la víctima de un sacrificio; el Cordero es Dios.

«UNA MUJER VESTIDA DE SOL»

Apocalipsis 12, la visión de San Juan de una mujer vestida de sol, encierra la esencia del libro del Apocalipsis. Con muchos niveles de significado, muestra un evento pasado que prefigura un acontecimiento en un futuro lejano. Recapitula el Antiguo Testamento al tiempo que completa el Nuevo. Revela el cielo, pero con imágenes de la tierra.

La visión de Juan comienza con la apertura del Templo de Dios en el cielo, «y fue vista dentro del Templo el Arca de su Alianza» (*Apoc* 11,19). Quizá no podemos apreciar totalmente el carácter chocante de esa línea. Nadie había visto el Arca de la Alianza durante cinco siglos. En tiempos de la cautividad de Babilonia, el profeta Jeremías la había escondido en un lugar que «será desconocido hasta que Dios reúna a su Pueblo de nuevo» (*2 Mac* 2,7).

Esa promesa se cumple en la visión de Juan. Apareció el Templo «y se produjeron relámpagos, fragor de truenos, un terremoto y un fuerte granizo». Y entonces: «un gran portento apareció en el cielo: una mujer vestida de sol,

la luna a sus pies, y sobre su cabeza una corona de doce estrellas; estaba encinta» (*Apoc* 12,1-2).

Juan no iba a presentar el Arca, para hacerla desaparecer inmediatamente. Creo (con los Padres de la Iglesia), que cuando San Juan describe a la mujer, está describiendo el Arca… de la Nueva Alianza. ¿Y quién es la mujer? Es la que da a luz al niño que gobernará las naciones. El niño es Jesús; su madre es María[7].

¿Qué es lo que hacía que el arca original fuese tan santa? No era el oro que cubría el exterior, sino los Diez Mandamientos que estaban en su interior: la Ley que había sido grabada por el dedo de Dios en tablas de piedra. ¿Qué más había dentro? Maná, el pan milagroso que alimentó al pueblo durante su peregrinación por el desierto; la vara de Aarón que floreció como insignia de su oficio de sumo sacerdote (cf. *Num* 17).

¿Qué hace que la nueva Arca sea Santa? El Arca antigua contenía la palabra de Dios escrita en piedra; María llevaba en su seno la Palabra de Dios que se hizo hombre y habitó entre nosotros. El Arca contenía maná; María tenía en su interior el pan de vida bajado del cielo. El Arca contenía la vara del sumo sacerdote Aarón; el seno de María contenía al Sumo y eterno Sacerdote, Jesucristo. En el Templo del cielo, la Palabra de Dios es Jesús, y el Arca en la que reside es María, su Madre.

Si el niño es Jesús, entonces la mujer es María. Los Padres de la Iglesia de mente más preclara, San Atanasio, San Epifanio y muchos otros, defendieron esta interpretación. Pero «la mujer» tiene también otros significados. Es la «hija de Sión», que dio a luz al Mesías de Israel. Es también la Iglesia, asediada por Satanás, pero preservada a salvo. Como dije antes, las riquezas de la Sagrada Escritura son ilimitadas.

Otros estudiosos arguyen que la mujer no puede ser María, porque, según la tradición católica, María no sufrió dolores de parto. Los espasmos de la mujer, sin embargo, no tienen por qué ser dolores físicos. San Pablo, por ejemplo, usaba la expresión dolores de parto para describir su propia agonía hasta que Cristo sea formado en sus discípulos (cf. *Gal* 4,19). Por tanto, el sufrimiento de la mujer podía describir el sufrimiento del alma: el dolor que padeció María, al pie de la cruz, cuando se convirtió en madre de todos los «discípulos amados» (cf. *Jn* 19,25-27). Otros objetan que la mujer no puede ser María, porque la mujer del Apocalipsis tiene otra descendencia, y la Iglesia enseña que María fue perpetuamente virgen. Pero la Sagrada Escritura utiliza a menudo el término «descendencia» (en griego, *sperma*) para

describir la descendencia espiritual de uno. Los hijos de María, su descendencia espiritual, son aquellos «que guardan los mandamientos de Dios y mantienen el testimonio de Jesús» (*Apoc* 12,17). Nosotros somos la otra descendencia de María. Somos los hijos de María.

Por consiguiente, el Apocalipsis presenta también a María como la «nueva Eva», madre de todos los vivientes. En el Jardín del Edén, Dios prometió «poner enemistad» entre Satanás, la antigua serpiente, y Eva: y entre la semilla de Satanás «y la semilla de ella» (*Gen* 3,15). Ahora, en el Apocalipsis, vemos el clímax de esta enemistad. La semilla de la nueva mujer, María, es su hijo, Jesucristo, que viene a derrotar a la serpiente (en hebreo, la misma palabra, *nahash*, puede aplicarse tanto al dragón como a la serpiente).

Esta es la abrumadora enseñanza de los Padres, doctores, santos y papas de la Iglesia, antiguos y modernos. Es la enseñanza del *Catecismo de la Iglesia Católica* (cf. n. 1138). Debo indicar, sin embargo, que hoy en día no la mantienen muchos estudiosos bíblicos. Pero los que no están de acuerdo son los que deben cargar con el peso de la prueba. El Papa San Pío X habló elocuentemente a favor de la Tradición en su encíclica *Ad diem illum laetissimum*:

> «Todo el mundo sabe que esta mujer significaba a la Virgen María. […] Por tanto Juan vio a la Santísima Madre de Dios ya en la eterna felicidad, pero en los trabajos de un misterioso parto. ¿De qué parto se trataba? Seguramente se trataba de nuestro nacimiento, pues, estando aún en el exilio, todavía no hemos nacido a la perfecta caridad de Dios y a la felicidad eterna»**[8]**.

LA PRIMERA BESTIA

Al fracasar en sus asaltos contra la mujer y su hijo, el dragón se revuelve para atacar a su descendencia, a los que guardan los mandamientos de Dios y mantienen el testimonio de Jesús. El dragón convoca a su propia simiente, dos terribles bestias. Por extraño que parezca, entre tantas imágenes del Apocalipsis optimistas y maravillosas, estos espantosos monstruos son los que parecen suscitar mayor interés. Directores de cine y tele-evangelistas se detienen mucho más en el 666 que en el mar de cristal o en el León de Judá.

Siento la urgencia de hacer hincapié en la realidad de las bestias. Son símbolos, pero no *sólo* símbolos. Son seres reales espirituales, miembros de la «infrarquía» satánica, personas diabólicas que han controlado y corrompido el destino político de las naciones. Juan describe dos bestias espantosas. Pero creo que las bestias que vio eran mucho más horribles que su descripción.

En muchos lugares del Apocalipsis —pero especialmente en los capítulos 4 y 5— San Juan describe las realidades que hay detrás de la Misa. Ahora, hace lo mismo con el pecado y con el mal[9]. Así como nuestras acciones en la liturgia están unidas a cosas invisibles celestiales, nuestras acciones pecaminosas están vinculadas a la maldad infernal. En la Misa, ¿qué quiere hacer Dios de nosotros? Un reino de sacerdotes que reinan a través del ofrecimiento de sus sacrificios. Por el otro lado, ¿qué quiere llevar a cabo Satanás a través de las bestias? Quiere subvertir el plan de Dios, corrompiendo el reino y el sacerdocio. Por tanto, Juan nos muestra, en primer lugar, al demonio que corrompe la autoridad gubernamental, el estado. A continuación, revela al demonio de la autoridad religiosa corrompida.

Primero, la primera de las bestias: surge del mar un espantoso monstruo de siete cabezas y diez cuernos, combinación terrorífica de leopardo, león y oso. Los cuernos simbolizan el poder; las diademas (o coronas), el reino. Poder y reino los recibe del dragón. Nos equivocaríamos, sin embargo, si identificásemos esta bestia con la monarquía en general. No, la bestia representa cualquier tipo de autoridad política corrompida.

Resulta tentador, también, identificar a la bestia exclusivamente con Roma, o con la dinastía herodiana que Roma mantenía en Tierra Santa. Ciertamente, la Roma de tiempos de Juan tipificaba la clase de gobierno representada por la bestia. Pero la bestia por sí misma no permite una identificación tan simple. En realidad, es una combinación de las cuatro bestias de la visión del profeta Daniel en el Antiguo Testamento (cf. *Dan* 7). Sigo a los Padres de la Iglesia, que vieron a las bestias de Daniel como símbolos de cuatro imperios paganos: Babilonia, Medo-Persia, Grecia y Roma; todos ellos persiguieron al Pueblo de Dios antes de la venida del Mesías.

La bestia de siete cabezas del Apocalipsis significa todo poder político corrompido. El hombre tiende a considerar el poder del estado como el mayor poder sobre la tierra, y decir, como la gente del Apocalipsis: «¿quién puede luchar contra él?». Por miedo a este poder —o por deseo de obtener algo de él— la gente transige y adora al dragón y a la bestia. Roma y sus cesares son el ejemplo histórico más flagrante de una institución humana que usurpa las prerrogativas de Dios. Literalmente reclamaban la adoración que sólo a Dios pertenece. E hicieron la guerra a los santos, instigando sangrientas persecuciones contra los que no querían dar culto al emperador.

Quiero subrayar de nuevo, sin embargo, que la bestia no es sólo Roma, o sólo la marioneta de Roma, los herodianos. La bestia se refiere también a cualquier gobierno corrupto, a cualquier estado que se pone por encima del orden de la alianza divina. Más aún, la bestia representa la fuerza espiritual corruptora que hay detrás de estas instituciones.

LA SEGUNDA BESTIA

Esta bestia viene de la tierra y tiene cuernos como de cordero. El atributo de cordero resulta discordante, pues hasta ahora lo hemos asociado a cosas sagradas. El uso que hace Juan, creo, es intencionado, pues me parece que esta bestia está puesta para aludir al sacerdocio corrompido de la Jerusalén del siglo I.

El dato inicial es que esta bestia sale de «la tierra» que en el griego original podría significar también «el país» o «el campo», por oposición al «mar» que da a luz a las bestias paganas (cf. *Dan* 7). A continuación, San Juan probablemente estaba dando testimonio del último compromiso al que había llegado la autoridad sacerdotal, tan sólo unos años antes. En un momento histórico dramático, la autoridad religiosa se había aliado con la corrupta autoridad gubernamental, en vez de con Dios. Jesús, el Cordero de Dios, Sumo Rey y Sumo Sacerdote, estuvo en presencia de Poncio Pilato y de los sacerdotes jefes de los judíos. Dijo Pilato a los judíos: «¡aquí tenéis a vuestro rey!». Ellos gritaron: «¡quítale!, ¡quítale!, ¡crucifícalo!». Pilato replicó: «¿a vuestro rey voy a crucificar?». Los príncipes de los sacerdotes respondieron: «no tenemos más rey que el César» (cf. *Jn* 19,15). Además, fue el mismo sumo sacerdote, Caifas, el primero que habló del sacrificio de Jesús como políticamente «conveniente» para el pueblo (cf. *Jn* 11,47-52).

Así pues, rechazaron a Cristo y encumbraron al César. Rechazaron al Cordero y adoraron a la bestia. Ciertamente, el César era el dirigente del gobierno, y como tal merecía respeto (cf. *Lc* 20,21-25). Pero el César quería algo más que respeto. Pedía que se le adorase ofreciéndole sacrificios, y los príncipes de los sacerdotes se lo ofrecieron cuando entregaron al Cordero de Dios.

La bestia semeja un cordero en algunos rasgos superficiales. Vemos que todo lo que hace es una imitación y pantomima de la obra salvadora del Cordero. El Cordero está en pie como quien ha sido sacrificado; la bestia recibe una herida mortal, pero se recupera. Dios entroniza al Cordero; el

dragón entroniza a la bestia. Los que adoran al Cordero reciben su señal en la frente (*Apoc* 7,2-4); los que adoran a la bestia llevan la marca de la bestia.

Esto nos lleva a la cuestión espinosa: ¿cuál es la marca de la bestia? Juan nos dice que es el nombre de la bestia, o el número de su nombre. ¿A qué se refiere? Juan contesta en clave: «esto requiere sabiduría: el que tenga inteligencia que calcule el número de la bestia, pues es número de un hombre. Su número es seiscientos sesenta y seis» (*Apoc* 13,18).

En un aspecto, el número puede hacer referencia al emperador romano Nerón, cuyo nombre, según el valor numérico de las letras hebreas, tiene precisamente el valor de 666. Pero hay muchas otras posibilidades distintas o que se pueden sumar a ésta. 666 era el número de talentos de oro que el rey Salomón exigió anualmente de la nación (cf. *1 Re* 10). Además Salomón fue el primer rey-sacerdote desde Melquisedec (cf. *Sal* 110). Más aún, Juan dice que llegar a descubrir la identidad de la bestia «requiere sabiduría», y algunos intérpretes lo han visto como otra referencia a Salomón, famoso por su sabiduría**[10]**. Finalmente, 666 puede interpretarse como una degradación del número siete que, en la tradición israelita, significaba la perfección, la santidad y la alianza. El séptimo día, por ejemplo, fue declarado santo por Dios y reservado para el descanso y el culto. La obra de la creación se hizo en seis días; pero fue santificada por el culto sacrificial representado por el séptimo día. El número «666», en este caso, hace referencia al hombre instalado en el sexto día, al servicio de la bestia que le entretiene en comprar y vender (cf. *Apoc* 13,17), sin descanso para el culto. Aunque el trabajo es santo, se hace malo cuando el hombre rehúsa ofrecerlo a Dios.

Pero hemos de tener claro algo. Esta interpretación no debe llevar a ningún cristiano a justificar el antisemitismo. El libro del Apocalipsis demuestra sobradamente la dignidad de Israel: su Templo, sus profetas, sus alianzas. El Apocalipsis más bien debe conducirnos a un mayor aprecio de nuestra herencia en Israel… y a una seria consideración de nuestra propia responsabilidad ante Dios. ¿Cómo estamos viviendo *nuestra* alianza con Dios? ¿Cómo estamos siendo fieles a *nuestro* sacerdocio? El libro supone un aviso para todos nosotros.

Este es el mensaje bestial: estamos luchando contra fuerzas espirituales… fuerzas inmensas, depravadas, malévolas. Si tuviéramos que luchar solos contra ellas, seríamos aplastados totalmente. Pero hay buenas noticias: hay una manera de tener la esperanza de vencer. La solución tiene que estar a la altura del problema: fuerza espiritual por fuerza espiritual, inmensa belleza

por inmensa fealdad, santidad por depravación, amor por malevolencia. La solución es la Misa, en la que el cielo baja para salvar a una tierra asediada.

ÁNGELES

En la batalla, no luchamos solos. En el capítulo 12 del Apocalipsis leemos que «Miguel y sus ángeles luchan contra el dragón» (12,7).

Cuando Dios creó los ángeles, los hizo libres, de manera que tuvieron que sufrir una especie de prueba: igual que lo es nuestra vida en la tierra. Nadie sabe qué prueba fue, pero algunos teólogos especulan que se les dio a los ángeles una visión de la encarnación y se les dijo que habrían de servir a la deidad encarnada, Jesús, y a su Madre. La soberbia de Satanás se alzó contra el escándalo del Espíritu sometido a la materia, y dijo: «¡No serviré!». Según los Padres de la Iglesia, arrastró en esta rebelión a un tercio de los ángeles (cf. *Apoc* 12,4). Miguel y sus ángeles los expulsaron del cielo (cf. v. 8).

A lo largo del Apocalipsis, vemos que el cielo está densamente poblado de ángeles. Adoran a Dios sin cesar (*Apoc* 4,8). Y cuidan de nosotros. Los capítulos 2 y 3 ponen de relieve que cada iglesia particular tiene un ángel custodio. Esto debería suponer un motivo de tranquilidad, pues pertenecemos a iglesias particulares y podemos pedir auxilio al ángel de nuestra iglesia particular.

Las «cuatro criaturas vivientes» mencionadas en el capítulo 4 se consideran generalmente ángeles, aunque aparecen a los ojos humanos con forma animal. Estas criaturas pueden hacer referencia también a las que adornaban las paredes situadas delante del Santo de los santos del Templo de Jerusalén.

Aunque los ángeles del cielo se presentan a nuestra vista con forma física, los ángeles en realidad no tienen cuerpo. Su nombre significa «mensajero», y los atributos físicos simbolizan comúnmente algún aspecto de su naturaleza o misión. Las alas indican su rapidez para moverse entre el cielo y la tierra. Los muchos ojos significan su conocimiento y su vigilancia. Los ángeles de muchos ojos y seis alas podrían sonar terroríficos en un primer momento, pero si pensamos en ellos en términos de rapidez y vigilancia, nos tranquilizaremos. Son seres con los que podemos contar, cuando el dragón amenace nuestra paz.

En el Apocalipsis, los ángeles aparecen también como jinetes (cap. 6) que infligen el juicio de Dios al pueblo infiel (cf. también *Zac* 1,7-17). Muchas de las acciones de estos capítulos pueden relacionarse con los acontecimientos que rodean la caída de Jerusalén el año 70. Pero el pasaje tiene aplicaciones más allá del siglo I, en la medida en que la tierra está necesitada de juicio.

Los ángeles del Apocalipsis controlan los elementos, el viento y el mar, para llevar a cabo la voluntad de Dios (cap. 7). Los capítulos 7-9 dejan claro que los ángeles son guerreros poderosos, y que luchan constantemente del lado de Dios: que es también nuestro lado, si somos fieles.

MÁRTIRES, VÍRGENES Y GENTE VARIA

Pero en el Apocalipsis no sólo hay bestias malvadas y ángeles maravillosos. De hecho, la mayoría de los personajes son gente de lo más sencilla: cientos de miles, e incluso millones, son cristianos y cristianas corrientes. En primer lugar, tenemos los 144 000 de las Doce tribus de Israel (12 000 por cada tribu), el resto que recibió la protección de Dios (su «señal») y que huyó a las montañas durante la destrucción de Jerusalén. A continuación, San Juan describe miríadas de miríadas «de toda nación» (*Apoc* 7,9). Después de dos milenios de religión inclusiva, abierta a todos, no podemos apreciar hoy el impacto sísmico de esta visión que presenta a los israelitas dando culto juntamente con gentiles, y a hombres con ángeles. Para la mentalidad de los primeros lectores de Juan, se trataba de categorías mutuamente excluyentes. Más aún, en el cielo todas estas multitudes dan culto en el interior del Santo de los santos, donde nunca se había admitido hasta entonces nada más que al sumo sacerdote. El pueblo de la Nueva Alianza puede adorar a Dios cara a cara.

¿Quién más hay allí? En el capítulo 6 nos encontramos con los mártires, los que han muerto por el testimonio de su fe. «Vi bajo el altar las almas de los que han muerto por la palabra de Dios y por el testimonio que han dado» (*Apoc* 6,9). ¿Por qué están bajo el altar? ¿qué había bajo el altar del Templo terreno? Cuando los sacerdotes del Antiguo Testamento ofrecían sacrificios de animales, la sangre de las víctimas se acumulaba bajo el altar. Como pueblo sacerdotal, ellos (y nosotros) ofrecemos nuestras vidas sobre la tierra, el verdadero altar, como sacrificio a Dios. El verdadero sacrificio, por tanto, no es un animal; es cada santo que da testimonio (en griego, *martyria*) de la fidelidad de Dios. Nuestra ofrenda —la sangre de los mártires— reclama de

Dios reparación. Qué revelador el hecho de que, desde los primeros días, la Iglesia haya situado las reliquias de los mártires, sus huesos y cenizas, dentro de los altares. Más arriba, hemos mencionado a los ancianos (*presbyteroi*) entronizados en la corte divina. De hecho, en el cielo del Apocalipsis, estos hombres aparecen revestidos con los ornamentos que llevaban los sacerdotes de Israel para el servicio del Templo de Jerusalén.

En el Apocalipsis (14,4), encontramos también un gran número de hombres consagrados a la virginidad. Se trata de otra circunstancia anómala en el mundo antiguo, que rara vez se encuentra en Israel o en las culturas paganas, como tampoco en el Occidente cristiano desde la reforma protestante. Pero San Juan habla de estos célibes como un verdadero ejército, que es muy probablemente lo que Dios tiene previsto (cf. *1 Cor* 7,6-7).

EN LA TIERRA COMO EN EL CIELO

No tenemos que ir muy lejos para identificar el reparto de personajes del Apocalipsis. De hecho, el sentido que Dios desea que veamos, a menudo está claramente dicho en el texto, o está claramente fuera del alcance de nuestras fuerzas. Conforme pienso en los años en que estudié el Apocalipsis siendo protestante, me maravillo de que mis hermanos y yo pudiéramos ver a veces, con mucha claridad, helicópteros soviéticos retratados en la plaga de langostas mutantes, al tiempo que negábamos con vehemencia que María pudiese ser la mujer vestida de sol, que daba a luz al niño que salvaba al mundo. Leyendo el Apocalipsis, tenemos que luchar siempre contra la tentación de forzar lo extravagante, mientras se niega lo obvio.

Lo diré de nuevo: con frecuencia el sentido más profundo de la Sagrada Escritura está muy próximo al corazón de cada uno de nosotros, y la aplicación más amplia nos atañe muy de cerca.

Ahora, ¿en qué lugar de la tierra podemos encontrar una Iglesia universal que da culto de forma fiel a la visión de San Juan?, ¿dónde podemos encontrar sacerdotes revestidos ante un altar?, ¿dónde encontramos hombres consagrados al celibato?, ¿dónde oímos invocar a los ángeles?, ¿dónde encontramos una Iglesia que guarde en sus altares reliquias de los santos?, ¿dónde ensalza el arte a la mujer coronada de estrellas, con la luna a sus pies, que aplasta la cabeza de la serpiente?, ¿dónde rezan los fieles pidiendo la protección del arcángel San Miguel?

¿En qué otro lugar, sino en la Iglesia católica, y más particularmente en la Misa?

CAPÍTULO III

Y ENTONCES... ¡EL APOCALIPSIS!

LAS BATALLAS DEL APOCALIPSIS Y EL ARMA FINAL

La conflagración final[11]. *La batalla de Armagedón*. La publicidad más sensacional del Apocalipsis, en las últimas generaciones, ha venido de sus imágenes de combate. Porque su guerra no es una guerra cualquiera, sino la última guerra, y es realmente terrible: «espíritus demoníacos […] van en busca de los reyes del mundo entero, para reunirlos para la batalla» (*Apoc* 16,14). San Juan describe una guerra mundial que es al mismo tiempo una guerra supra-mundial: «entonces estalló una guerra en el cielo, Miguel y sus ángeles luchando contra el dragón» (12,7). Los ángeles vaciaron los cálices de la ira de Dios, y ejércitos poderosos se batieron en retirada atemorizados. Los recuentos de víctimas se disparan, y las tribulaciones se extienden incluso al pueblo de Dios. La oscuridad parece triunfar.

Los futuristas como Hal Lindsey han pretendido que estos detalles corresponden literalmente a una batalla a la que el mundo se está aproximando rápidamente en el cambio de milenio. En un tono similar, algunos católicos futuristas descubren una unidad de testimonio en la visión de Juan, las predicciones de Fátima y acontecimientos de la actualidad informativa.

No descarto las interpretaciones futuristas de las batallas del Apocalipsis. Quizá todos los detalles apocalípticos se desarrollarán, de una u otra manera, cuando Dios provoque el fin de esta era. Pero no creo que la lectura futurista deba ser nuestro enfoque primario cuando leemos el libro del Apocalipsis. Las predicciones, al fin y al cabo, pueden ser de urgente preocupación para aquellos que estén viviendo en el momento de la batalla final. Pero esto no podemos saberlo nunca con seguridad. Antes que nosotros se han sucedido generaciones de futuristas, y han muerto perdiendo años preciosos con

preocupaciones obsesivas de si Napoleón, Hitler o Stalin, era por fin la bestia predicha.

Gobernantes horribles vienen y van; escenarios futuristas se levantan y se disipan como aros de humo, a medida que el último año del futuro se desvanece en la historia. Los otros «sentidos» del Apocalipsis, sin embargo, permanecen con nosotros con una urgencia constante, una llamada personal.

ESTRELLANDO SÍMBOLOS

¿Qué entendemos por «sentidos de la Sagrada Escritura»? Desde los primeros tiempos, los maestros cristianos han hablado de que la Biblia tiene un *sentido literal* y un *sentido espiritual*. El sentido literal puede describir una persona, lugar o acontecimiento históricos. El sentido espiritual pretende —*a través de esa misma persona, lugar o acontecimiento*— revelar una verdad acerca de Jesucristo, de la vida moral, del destino de nuestras almas, o de las tres juntas. La Tradición nos enseña, sin embargo, que el sentido literal es fundamental. Pero la identificación del sentido literal del Apocalipsis es una empresa de la mayor dificultad, y es obligado que sea polémica. A fin de cuentas, los intérpretes están profundamente divididos en la cuestión de si el libro está describiendo literalmente acontecimientos pasados o futuros… o acontecimientos pasados y futuros, pues el Apocalipsis puede aplicarse muy concretamente a ambos. San Agustín habló de estas dificultades en su libro *La Ciudad de Dios*, y Santo Tomás se hizo eco de su perplejidad en la *Summa Theologiae*: «pero no es fácil saber qué pueden significar estos signos: porque las señales de las que leemos […] se refieren no sólo a la venida de Cristo para juzgar, sino también al momento del saqueo de Jerusalén, y a la venida de Cristo que visita incesantemente a su Iglesia»[12].

La interpretación del libro del Apocalipsis se complica aún más porque, en la visión de San Juan, los sentidos literal y espiritual parecen mezclarse. Mientras que el Evangelio de Juan es una fina obra de arte, su Apocalipsis emplea los símbolos torpemente. Por ejemplo, Juan habla de una ciudad y te dice que sus nombres («Egipto» y «Sodoma») son figurados; a continuación, sin más ni más, te dice de qué ciudad se trata en realidad (cf. *Apoc* 11,8). Incluso cuando hace un acertijo del nombre de una bestia, te dice claramente que está haciendo un acertijo.

No es tiempo de ser demasiado sutiles, parece decir San Juan. ¿Y por qué es eso? Porque estaba viviendo en tiempo de guerra.

¿CUAN PRONTO ES «PRONTO»?

En el Apocalipsis[13] Juan alude a las graves tribulaciones con que se encontraban los cristianos de entonces. Aunque rara vez da nombres —y nunca da fechas, más que para decir que era «el día del Señor»— los intérpretes ofrecen una larga lista de candidatos para las tribulaciones que menciona el Apocalipsis: la caída de Jerusalén y la destrucción del Templo (70 d. C.); la sangrienta persecución del emperador Nerón (64 d. C.); la posterior persecución del emperador Domiciano (96 d. C.); la más temprana persecución de los cristianos por los judíos (años 50 y 60 d. C.).

En cierto sentido, por supuesto —en un sentido espiritual—, todas estas interpretaciones son verdaderas, porque el Apocalipsis realmente da ánimos a todos los cristianos que sufren tribulaciones o persecución, de cualquier tipo. Pero a mi modo de ver, en sentido literal, trata primariamente de la caída de Jerusalén.

Desde el primer momento, el Apocalipsis tiene un tono de inminencia: «la revelación de Jesucristo, que Dios le dio para que mostrase a sus siervos *lo que va a suceder pronto*» (*Apoc* 1,1); el mensaje vuelve a aparecer a lo largo del libro: «vengo pronto» (cf. 1,1.3; 3,11; 22,67.10.12.20). Jesús mismo indicó que pronto volvería, incluso antes de que pasase una generación desde su resurrección. «Hay algunos que están aquí que no gustarán la muerte antes de que vean al Hijo del hombre venir en su reino» (*Mt* 16,28). «No pasará esta generación hasta que sucedan todas estas cosas» (*Mt* 24,34).

Hoy en día, la mayoría de nosotros asociamos ese «pronto» con la segunda venida de Jesucristo al final del mundo. Y esto por supuesto que es verdad; San Juan y Jesús estaban hablando del final de la historia. Pienso, sin embargo, que también —y principalmente— estaban hablando del fin de *un* mundo: la destrucción del Templo de Jerusalén, y con ella el fin del mundo de la Antigua Alianza, con sus sacrificios y rituales, y sus barreras entre cielo y tierra. La parusía (o «venida») de Jesús iba a ser más que un final; era un comienzo, una *nueva* Jerusalén, una *Nueva* Alianza, un cielo y una tierra *nuevos*[14].

Tanto San Juan como Jesús se refieren no sólo a una lejana *parusía*, o retorno, sino a la continua parusía de Jesús, que tuvo lugar en la primera generación cristiana, como sigue teniendo lugar hoy. No deberíamos olvidar que el sentido original de la palabra griega *parusía* es «presencia» y que la presencia de Jesús es real y permanente en el Santísimo Sacramento de la

Eucaristía[15]. Por eso, cuando Juan y Jesús dijeron «pronto», creo que lo decían bastante literalmente. Pues la Iglesia es el reino que ya ha empezado sobre la tierra, y es el lugar de la *parusía* en cada Misa.

PROSTITUTAS Y RUMORES DE GUERRA

Juan indica claramente que la «gran ciudad» del capítulo 11 del Apocalipsis es Jerusalén. Escribió: «sus cadáveres quedarán en la calle de la gran ciudad que alegóricamente se llama Sodoma y Egipto, donde fue crucificado su Señor». En *Apocalipsis* 17,6, al tratar de la ramera, «ebria de la sangre de los santos y la sangre de los mártires de Jesús», resuenan las invectivas del Antiguo Testamento contra las infidelidades de Jerusalén. Ezequiel (cf. 16,2-63; 23,2-49), Jeremías (2,20; 3,3), Isaías (1,21) y otros hablan con desprecio de la ciudad como si fuera una prostituta. Seguidamente, en los capítulos 20 y 21 del Apocalipsis, vemos a la nueva Jerusalén descender del cielo como una Esposa virgen, una vez que la ciudad prostituta ha sido destruida. Date cuenta del contraste; dos ciudades: la primera, una ramera; la otra, una Esposa virgen. Una Jerusalén reemplaza a la otra.

Fueron las autoridades de Jerusalén las que crucificaron a Jesucristo. Y para los cristianos de la primera generación, Jerusalén fue el lugar más importante de persecución (cf. *Hech* 6,8-14; 7,57-60; 8,1-3). Los principales perseguidores fueron los sacerdotes y los fariseos como Saulo de Tarso. Los Hechos de los Apóstoles describen una continua persecución, en muchas ciudades fuera de Jerusalén; pero en casi todos los casos, las persecuciones tienen su origen en la oposición judía (cf. *Hech* 13,45; 14,2.5.19; 17,5-9.13; 18,12-17; 21,27-32).

UNA HISTORIA DE CUATRO CIUDADES (SODOMA, EGIPTO, JERICÓ, BABILONIA)

Los detalles de destrucción descritos en el Apocalipsis se corresponden punto por punto con la historia de la destrucción de Jerusalén. En los capítulos 17 a 19 del Apocalipsis, San Juan muestra una ciudad destruida por el fuego; Jerusalén fue totalmente destruida por el fuego. En los capítulos 8 y 9, Juan describe «el abismo», que, según la tradición judía, está bajo la primera piedra del Templo de Jerusalén.

Hay más evidencias de que Jerusalén es la ciudad descrita en el Apocalipsis. El Apocalipsis sigue paso a paso las huellas del libro de Ezequiel del Antiguo Testamento, y el mensaje principal de Ezequiel es que la maldición de la Alianza recaerá sobre Jerusalén. En el libro del Apocalipsis, vemos cumplirse esta maldición.

Jerusalén es «llamada alegóricamente Sodoma y Egipto», dice San Juan. ¿Qué tienen en común estos lugares? Que fueron centros de oposición al plan de Dios. Sodoma se interpuso en el plan de la Alianza de Dios con Abrahán; Egipto se interpuso en el plan de su Alianza con Moisés e Israel. Ahora le toca a Jerusalén oponerse a Dios, cuando sus líderes persiguen a los Apóstoles y a la Iglesia. Por eso, Jerusalén, al igual que Sodoma y Egipto, tenía que caer, y el Apocalipsis describe esa caída en términos de siete plagas que evocan las plagas que Dios infligió a Egipto (cf. *Apoc* 17).

Cuando cae la ciudad, oímos aún más resonancias del Antiguo Testamento. Pues la gran ciudad cae al son de siete trompetas tocadas por siete ángeles (*Apoc* 8-9). Este pasaje del Apocalipsis sigue de cerca el relato de la caída de Jericó (cf *Jos* 6,3-7). Ambos pasajes comienzan con un silencio, prosiguen con el toque de las siete trompetas, y terminan con un grito. Jericó, también, se había interpuesto en el plan de Dios, intentando dejar al pueblo elegido fuera de la tierra prometida. A su vez, Jerusalén, perseguidora de los cristianos, se había convertido en una nueva Jericó, y por tanto tenía que caer.

Más adelante en el Apocalipsis, cuando los reyes de la tierra se reúnen para la batalla «en el gran día de Dios todopoderoso» (*Apoc* 16,14), se concentran en la colina de Meguido, o Armagedón. Este emplazamiento trae a la memoria otro penoso recuerdo histórico para Israel. Armagedón fue el lugar donde Josías, el gran rey de la dinastía davídica, en medio de su santa reforma de Jerusalén, fue truncado en la flor de la vida por desobedecer la orden del profeta de Dios (cf. *2 Cro* 35,21-22). La derrota de Josías en Meguido debilitó las defensas de Israel y dejó a Jerusalén vulnerable para su destrucción por Babilonia. Un irónico contraste para la generación de los cristianos fue que Jesucristo —rey de la dinastía de David y reformador truncado en la flor de la edad, como Josías— perseveraría en la obediencia y triunfaría donde falló Josías, estableciendo una nueva Jerusalén, que sería testigo de la caída de la antigua.

La caída se produjo cuando los ejércitos del emperador romano Tito pusieron sitio a la ciudad el año 70 d. C.[16] El asedio trajo consigo hambre, peste y lucha, que podemos ver en las devastaciones provocadas por los cuatro jinetes angélicos del capítulo 6 del Apocalipsis y por los siete ángeles trompeteros de los capítulos 8 y 9. De una manera menos simbólica y más espantosamente gráfica, podemos ver descritas estas calamidades también en los escritos del historiador judío Josefo, que fue testigo presencial. Josefo describe una Jerusalén tan asolada por la falta de alimentos que las madres, enloquecidas por el hambre, empezaron a devorar a sus propios niños.

Pero en el conjunto de las contiendas de la Guerra de los judíos, no pereció ni un solo cristiano, porque la comunidad de los creyentes huyó a las montañas, al otro lado del Jordán, a un lugar llamado Pella. Leemos en *Apocalipsis* 7,1-4, que estos cristianos, 144 000 de las Doce tribus de Israel, fueron preservados porque estaban «sellados […] en la frente». Esto recuerda la señal del resto de Dios según Ezequiel (cf. *Ez* 9,2-4), donde la palabra hebrea que sirve de «señal» es la *tau*, transcrita como la letra griega «T». De manera similar, en el año 70, Dios salvó al resto de Israel que estaba marcado con la *tau*, la señal de la cruz. Este «estar sellados» con la *tau* parece que es una referencia al bautismo, pues los 144 000 llevan túnicas blancas, la prenda tradicional del bautismo; han sido «lavados en la sangre del Cordero» (el efecto purificador de la muerte del Cordero); son conducidos por el Cordero a «fuentes de agua viva» (cf. *Jn* 3-4; 7); y en la Iglesia primitiva el término «sellados» se aplicó corrientemente al bautismo (cf. *Rom* 4-6; *Ef* 1,11-14; *2 Cor* 1,22).

Los cristianos llevaban la señal y contaban con aliados angélicos. El libro del Apocalipsis pone de manifiesto que, aunque cada creyente debe enfrentarse a poderosas fuerzas sobrenaturales, ningún cristiano lucha solo. Hasta el final de los tiempos, Miguel y los ángeles fieles luchan del lado de la Iglesia… y éste, nos muestra el Apocalipsis, es el lado vencedor.

La primera iglesia de Cristo en Jerusalén

Un dato histórico fascinante, a menudo olvidado, es que la estructura de la primera iglesia cristiana —situada en el monte Sión— sobrevivió al asedio y a la destrucción[17]. El año 70, la legión Décima romana se instaló entre la iglesia de Sión y los sectores incendiados de Jerusalén. Cuando el año 130 llegó Adriano para acabar con la segunda revuelta judía, Jerusalén estaba aún

en ruinas, informa San Epifanio, «excepto unas pocas casas y la pequeña iglesia de Dios en el lugar donde los discípulos subieron a la estancia superior».

De todos los sitios sagrados de la ciudad santa y de sus alrededores, ¿por qué preservó Dios la habitación de arriba? Según la tradición, era el lugar en el que Jesús instituyó la Eucaristía, y el sitio donde descendió el Espíritu Santo en Pentecostés. Así que fue el lugar en que los cristianos fueron alimentados por primera vez con vistas a la inminente hambruna, en que fueron sellados por el Espíritu para salvarse de la destrucción que estaba por venir. Precisamente esta iglesia parece que fue preservada de la, por lo demás *total*, destrucción de Jerusalén[18].

SEMITAS ESPIRITUALES

Una vez más debemos hacer frente a la cuestión de si el Apocalipsis de San Juan —e incluso el cristianismo mismo— es antisemita o antijudío. ¿Acaso no es sumamente severo el análisis que hace el Apocalipsis de la Guerra Judía?, ¿estaba Juan haciendo leña del árbol caído del Pueblo elegido?

Nuestra respuesta a estas cuestiones debe ser un rotundo no. El antisemitismo es una estupidez espiritual y hace que el Apocalipsis sea incomprensible. Pues la visión de San Juan no tiene sentido si Israel no es el primogénito de todas las naciones. Como hermano mayor nuestro, Israel era un ejemplo para nosotros.

Si alguna vez visitas Roma, puedes verlo gráficamente. Allí se alza el Arco de Tito, monumento erigido para celebrar la derrota de los judíos a manos del general romano. Esculpidas en la piedra, hay escenas de batalla y de soldados que sacan los despojos de la destrucción de Jerusalén. Entre el botín, está la *menoráh* del Templo, los siete candeleros de oro.

Las escenas del Arco se corresponden de forma escalofriante con el mensaje de Jesús en el Apocalipsis: «vendré a ti y removeré de su sitio tu lámpara, a menos que te arrepientas» (*Apoc* 2,5). Recuerda que Jesús mismo está en pie entre las lámparas (*Apoc* 1,12-13): por tanto, remover la lámpara es remover la misma presencia de Dios. Pero aquí el Señor no estaba dirigiéndose a Jerusalén, sino a la Iglesia de Éfeso, cuyo amor por Él se había enfriado; advierte a los cristianos de Éfeso que, si no cambian de rumbo, sufrirán la misma suerte que su hermano mayor, Israel.

La triste verdad es que Éfeso perdió su lámpara, como lo hicieron Esmirna, Pérgamo, Tiatira, Sardes, Filadelfia y Laodicea: cada una de las iglesias a las que se dirige el libro del Apocalipsis. Una tras otra, cada una de esas ciudades, que en tiempos fueron florecientes centros cristianos, sufrieron la pérdida de la fe. Hoy en día, todas son predominantemente musulmanas, y los católicos necesitan un permiso especial incluso para celebrar Misa.

Piensa en esto: Éfeso fue la morada, sucesivamente, de la Virgen María, San Juan, San Pablo, San Bernabé, San Timoteo, Apolo… un verdadero cuadro de honor de personajes del Nuevo Testamento. Pero Éfeso perdió su lámpara, como lo hizo anteriormente Jerusalén y lo harían después otras prósperas iglesias.

No, la derrota de Israel no es motivo de celebración. Debería hacernos temblar… porque no sólo nos *puede* suceder a los cristianos, sino que ha sucedido, repetidamente, y probablemente volverá a suceder. Si Israel, el primogénito, fracasó, también fracasaremos nosotros, hermanos pequeños, cada vez que nos llenemos de orgullo y nos volvamos autosuficientes.

Por eso, repito, el antisemitismo y el antijudaísmo son espiritualmente destructivos y estúpidos. En palabras de Pío XI: «espiritualmente, somos semitas»[19]. No puedes ser buen católico mientras no te enamores de la religión y del pueblo de Israel.

UNA CAÍDA DESCONCERTANTE

De todas maneras, la vieja Jerusalén tenía que dar paso a la nueva Jerusalén[20]: una nueva alianza, una nueva creación, un nuevo cielo y una nueva tierra. Dos mil años después, los cristianos nos sentimos cómodos con esta idea… demasiado cómodos, de hecho. Pero si nos situamos con la imaginación en tiempos del Apocalipsis de Juan, nos encontraremos con que la misma idea de la caída de Jerusalén nos pone nerviosos. Al fin y al cabo, Jerusalén era la ciudad santa para los hijos de Israel; y la mayoría de los primeros cristianos eran judíos. Tenían que enfrentarse a la destrucción del Templo, el más hermoso edificio de la tierra, y a la desaparición de un sacerdocio que se remontaba a más de mil años, establecido por Dios en el monte Sinaí. Jesús mismo lloró con amor por Jerusalén, incluso cuando los padres de la ciudad urdieron su ejecución. Para estos primeros cristianos, la destrucción de Jerusalén fue causa de intensa inquietud.

Pero Jerusalén y el Templo estaban feneciendo a todas luces ante sus ojos. Los cristianos necesitaban palabras tranquilizadoras. Pedían una explicación. Tenían la apremiante necesidad de una revelación de Dios.

A través de San Juan, Dios reveló su juicio sobre la vieja Jerusalén, juicio relativo a la Alianza. La ciudad se había atraído la ira por su infidelidad, por crucificar al Hijo de Dios y por perseguir a la Iglesia. Sabiendo esto, los cristianos podían ver el contexto de su propia persecución, y podían entender por qué no debían seguir mirando a la vieja Jerusalén en busca de ayuda y salvación.

Ahora tenían que mirar a la nueva Jerusalén que, ante los ojos de Juan, estaba descendiendo del cielo. ¿Dónde está tomando tierra? En el monte Sión, donde Jesús había comido su última Pascua e instituido la Eucaristía. El monte Sión, en el que había descendido el Espíritu Santo sobre los Apóstoles en Pentecostés. El monte Sión, donde hasta el año 70 se reunían los cristianos para celebrar la Eucaristía… y donde el Cordero estaba de pie con el resto fiel de Israel (cf. *Apoc* 14,1), que fue sellado con vistas a la inminente destrucción. La nueva Jerusalén venía a la tierra, entonces como ahora, en el lugar donde los cristianos celebraban la cena del Cordero.

EL CORDERO ASESINO

En la Misa, los primeros cristianos encontrarían fuerza en medio de la persecución. La ayuda y la salvación de la Iglesia llegarían del único y perpetuo sacrificio de Jesucristo. La Misa es donde los cristianos unían sus fuerzas con los ángeles y los santos para dar culto a Dios, como nos muestra el libro del Apocalipsis. Es en la Misa donde la Iglesia ha recibido el «maná escondido» como sustento en tiempos de tribulación (cf. *Apoc* 2,17). Es en la Misa donde las oraciones de los santos que están en la tierra se elevan como incienso para unirse a las oraciones de los ángeles en el cielo: *y son estas oraciones las que alteraron el rumbo de las batallas y el curso de la historia*. Ése es el plan de la batalla del Apocalipsis. Así es como los cristianos prevalecieron sobre enemigos aparentemente imbatibles, en Jerusalén y en Roma.

Después de la caída de Jerusalén, se levantarían otros adversarios para perseguir a la Iglesia de Dios. En cada época, la Iglesia hace frente a poderosos perseguidores, que cuentan con ejércitos y armamento cada vez más poderosos. Pero todas las armas, legiones y estrategias fallarán. Grandes

generales, finalmente, sufrirán heridas mortales. Cuando el Cordero entra en liza, «los reyes de la tierra, los magnates y los generales, los ricos y los poderosos, todos los hombres, esclavos y libres, se escondieron en las cuevas y en las rocas de los montes. Y decían a los montes y a las rocas: "precipitaos sobre nosotros y ocultadnos de la presencia del que está sentado en el trono y de la ira del Cordero, porque ha llegado el gran día de su ira, y ¿quién podrá mantenerse en pie?"» (*Apoc* 6,15-17).

La Iglesia es el ejército del Cordero, las fuerzas de Sión preservadas de la destrucción de Jerusalén. El ejército del Cordero saca fuerzas del banquete del cielo.

CAPÍTULO IV

EL DÍA DEL JUICIO

SU MISERICORDIA ES TERRIBLE

Las generaciones recientes de intérpretes tienen una fijación con las guerras y bestias del Apocalipsis, que resultan fascinantes porque son terroríficas. Los lectores albergan legítimos temores acerca de cómo podría aplicarse tan severo juicio durante su propia vida. Además, algunos han despreciado los juicios del Apocalipsis como demasiado grotescos y escandalosos, e incluso irreconciliables con la idea de un Dios misericordioso.

Pero la justicia de Dios, como su misericordia, aparece por todas partes en la Biblia. Es parte integrante de su auto-revelación. Negar la fuerza del juicio divino, es hacer a Dios menos que Dios, y hacernos menos que hijos suyos. Porque todo padre tiene que enseñar disciplina a sus hijos, y la disciplina paterna es en sí misma una gracia, una expresión de amor de padre. Para entender el juicio del Apocalipsis —y su aplicación a nuestras vidas— necesitamos entender primeramente el vínculo que nos une en alianza con Dios Padre.

Una alianza es un lazo sagrado de familia. Podemos ver que Dios —por sus alianzas con Adán, Noé, Abrahán, Moisés, David y Jesús— extendió gradualmente esa relación de familia a más y más gente. Con cada alianza venía una ley; pero éstas no eran actos arbitrarios de poder; eran expresiones de sabiduría y amor paternos. Todo hogar sano tiene, al fin y al cabo, unas pautas claras de los comportamientos que se consideran aceptables o inaceptables. Pero, por encima de esto, la ley de Dios nos hace capaces de amar como Él se ama, de crecer en nuestra imitación de esa «familia divina» que es la Santísima Trinidad. Porque el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo viven eternamente en paz y comunión perfectas.

Si la alianza de Dios nos hace su familia, entonces el pecado significa algo más que una ley rota. Significa vidas rotas y un hogar roto. El pecado proviene de nuestro rechazo de guardar la Alianza, nuestro rechazo de amar a Dios tanto como Él nos ama. A través del pecado, abandonamos nuestra situación de hijos de Dios. El pecado mata la vida divina en nosotros.

El juicio, entonces, no es un proceso impersonal, legalista. Es una cuestión de amor y es algo que escogemos para nosotros mismos. Tampoco el castigo es un acto de venganza. Las «amenazas» de Dios no son expresiones de odio, sino de amor y disciplina paternos. Como una pomada saludable, duelen para curar. Imponen un sufrimiento que es medicinal, restaurador y redentor. La ira de Dios es una expresión de su amor por sus hijos rebeldes.

Dios es amor (*1 Jn* 4,8), pero su amor es un fuego devorador, que los pecadores empedernidos encuentran insoportable. La paternidad de Dios no reduce la severidad de su ira ni rebaja el nivel de su justicia. Por el contrario, un padre amoroso exige de sus hijos más de lo que los jueces piden a los acusados. Pero un buen padre muestra también mayor misericordia.

¿PUEDO LLAMAR A UN TESTIGO?

Si queremos entender los juicios del libro del Apocalipsis, necesitamos entender la Alianza. Y es preciso situarlos correctamente. La visión de Juan no es meramente litúrgica, o meramente de un rey, o meramente militar. Es todas estas cosas, pero también es jurídica. Es una escena que se desarrolla en un tribunal de justicia. Para los ciudadanos de las democracias modernas, esta combinación podría parecer caótica; pero tenemos que recordar que, en el antiguo Israel, el rey era comandante jefe del ejército, juez supremo de justicia, e, idealmente, también sumo sacerdote. Como Rey divino, Jesús cumplió todas estas funciones por excelencia. Por eso, cuando Juan ve el cielo, ha entrado simultáneamente en el Templo, la sala del trono, el campo de batalla y el tribunal de justicia. Como en cualquier sala de justicia, el Apocalipsis presenta el testimonio de testigos bajo juramento. «Y el ángel […] levantó su mano derecha hacia el cielo y juró por el que vive eternamente» (*Apoc* 10,5-6). Más adelante, en el capítulo 11, la corte cita a Moisés y Elías. Aunque Juan no los menciona por su nombre, evoca su identidad hablando de los poderes que estos hombres desplegaban en el Antiguo Testamento: en el caso de Elías, el poder de cerrar el cielo y hacer bajar fuego; en el caso de Moisés, la capacidad de convertir el agua en sangre

y mandar plagas. Estos dos testigos (*Apoc* 11,3) representan toda la Ley (Moisés) y los profetas (Elías). Con su presencia, atestiguan que el pueblo de Israel conocía perfectamente las obligaciones de su Alianza con Dios, y las consecuencias de su infidelidad.

Otros testigos dan testimonio ofreciendo sus vidas. En griego, la palabra que se usa para decir «testigo» es *martys*, de donde tenemos la palabra «mártir». Por eso, en el capítulo 6, encontramos «las almas de los que han sido muertos por la palabra de Dios y por el testimonio que han mantenido» (v. 9). Estos testigos piden al juez una pronta ejecución de la sentencia: «¡Soberano Señor, santo y veraz!, ¿para cuándo dejas el hacer justicia y vengar nuestra sangre contra los habitantes de la tierra?» (6,9-10). Puesto que claman desde el altar, sabemos que su testimonio es verdadero y que será escuchado. Pero ¿contra quién están dando testimonio? Para contestar a esta pregunta, tenemos que tener en cuenta qué ciudad fue el origen y el centro de la persecución en la primera generación de la Iglesia… y esa ciudad fue Jerusalén.

ATORMENTADO POR LA DUDA

Jerusalén, al parecer, está encausada. Dios aparece como Juez (20,11), asistido por ángeles que se sientan en veinte tronos (20,4). A lo largo del Apocalipsis, los ángeles ejecutan la sentencia, también, precipitando la destrucción de Jerusalén, junto con sus habitantes y su Templo. Juan presenta este acontecimiento en términos de una terrible Pascua. Siete ángeles vierten los cálices de la ira de Dios, que se traducen en siete plagas. Vaciar los cálices (a veces traducidos por «copas») es una acción litúrgica, una libación derramada sobre la tierra, como se derramaba el vino sobre el altar del antiguo Israel.

A la luz del cumplimiento de la Pascua en la Eucaristía, estas imágenes resultan de lo más impresionantes. Las plagas se desarrollan en los capítulos 15 a 17 dentro de un marco litúrgico: los ángeles aparecen con arpas, revestidos como sacerdotes en el Templo del cielo, cantando el cántico de Moisés y el canto del Cordero (cap. 15). Esta liturgia significa la muerte para los enemigos de Dios, pero la salvación para su Iglesia. Por eso, el ángel grita «porque derramaron la sangre de los santos y profetas, y les has dado a beber sangre. ¡Se lo merecen!» (*Apoc* 16,6).

La Pascua, la Eucaristía y la liturgia del cielo, por tanto, son espadas de doble filo. Mientras que los cálices de la Alianza dan la vida a los fieles, implican la muerte segura para los que rechazan la Alianza. En la Nueva Alianza, como en la Antigua, Dios da al hombre la elección entre vida y muerte, bendición o maldición (cf. *Dt* 30,19). Elegir la Alianza es elegir la vida eterna en la familia de Dios. Rechazar la Nueva Alianza en la Sangre de Cristo es elegir la propia muerte. Jerusalén hizo esa elección, en la Pascua del año 30[21]. Al tiempo de esa Pascua, Jesús predijo el fin del mundo en términos terribles y dijo: «verdaderamente, esta generación no pasará hasta que estas cosas tengan lugar» (*Mt* 24,34). Para los antiguos, una generación (en griego, *genea*) eran cuarenta años. Y cuarenta años después, el año 70, terminó un mundo con la caída de Jerusalén.

FRUTOS PROHIBIDOS: LAS UVAS DE LA IRA

¿Por qué un Dios misericordioso habría de castigar de esta manera?, ¿cómo podríamos atribuir tanta ira al Cordero divino, que es la verdadera imagen de la mansedumbre? Porque la ira de Dios es una gracia. Para entender esta paradoja, primero tenemos que explorar la psicología del pecado, con cierta ayuda de San Pablo.

Resulta iluminador el uso que hace San Pablo de la palabra «ira» en su Carta a los Romanos: «pues la ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres que por su injusticia tienen aprisionada la verdad. Porque lo que puede ser conocido de Dios les es manifiesto, porque Dios se lo ha mostrado […], de modo que no tienen excusa; porque aunque conocieron a Dios, no le glorificaron como Dios ni le dieron gracias, sino que se envanecieron en su pensamiento y se oscureció su insensato corazón» (*Rom* 1,18-21).

Esto podría resumir bien el «cargo» presentado contra Jerusalén en la corte celestial: Dios dio su revelación a Israel, incluso la plenitud de su revelación en Jesucristo; pero el pueblo no le glorificó ni le dio gracias; más aún, aprisionaron la verdad matando a Jesús y persiguiendo a su Iglesia. Por eso, «la ira de Dios se ha revelado» («apocaliptizado») contra Jerusalén.

¿Qué pasó entonces? Seguimos leyendo en Romanos: «por eso Dios los abandonó a los malos deseos de sus corazones, a la impureza, al deshonor de sus cuerpos entre ellos mismos» (*Rom* 1,24). Un momento: ¿Dios los entregó a sus vicios?, ¿los deja seguir pecando?

Pues… sí, y eso es una terrible manifestación de la ira de Dios. Podríamos pensar que los placeres del pecado son preferibles al sufrimiento y a la calamidad, pero no lo son.

Tenemos que considerar el pecado como una acción que destruye nuestro vínculo familiar con Dios y nos aparta de la vida y de la libertad. ¿Cómo sucede esto?

Tenemos la obligación, ante todo, de resistir la tentación. Si entonces fallamos y pecamos, tenemos la obligación de arrepentirnos inmediatamente. Si no nos arrepentimos. Dios nos deja que vayamos a lo nuestro: permite que experimentemos las consecuencias naturales de nuestros pecados, los placeres ilícitos. Si seguimos sin arrepentimos —mediante la abnegación y los actos de penitencia— Dios permite que continuemos en pecado, formando así un hábito, un vicio, que oscurece nuestro entendimiento y debilita nuestra voluntad.

Una vez que estamos enganchados a un pecado, nuestros valores se vuelven del revés. El mal se convierte en nuestro «bien» más urgente, nuestro más profundo anhelo; el bien se presenta como un «mal» porque amenaza con apartarnos de satisfacer nuestros deseos ilícitos. Llegados a ese punto, el arrepentimiento llega a ser casi imposible, porque el arrepentimiento es, por definición, un apartarse del mal y volverse hacia el bien; pero, para entonces, el pecador ha redefinido a conciencia tanto el bien como el mal. Isaías dijo de tales pecadores: «¡Ay de aquellos que llaman mal al bien y bien al mal!» (*Is* 5,20).

Una vez que hemos abrazado el pecado de esta manera y rechazado nuestra alianza con Dios, sólo puede salvarnos una calamidad. A veces lo más compasivo que puede hacer Dios con un borracho, por ejemplo, es permitir que destroce el coche o que le abandone su mujer…, lo que le forzará a aceptar la responsabilidad de sus actos.

¿Y qué pasa cuando toda una nación ha caído en un pecado grave y habitual? Funciona el mismo principio. Dios interviene permitiendo una depresión económica, una conquista extranjera o una catástrofe natural. Bastante a menudo, una nación provoca estos desastres a causa de sus pecados. Pero, en cualquier caso, constituyen la más misericordiosa de las llamadas de atención. A veces, el desastre significa que el mundo que conocieron los pecadores está en vías de extinción. Pero, como dijo Jesús,

«¿de qué le sirve al hombre ganar el mundo entero y perder su vida?» (*Mc* 8,36). Más vale decir adiós a un mundo de pecado que perderse sin esperanza de arrepentimiento. Cuando la gente lee el Apocalipsis, se aterroriza por los terremotos, langostas, hambrunas y escorpiones. Pero la única razón por las que Dios permitiría estas cosas es porque nos ama. El mundo es bueno —no nos equivoquemos acerca de esto—, pero el mundo no es Dios. Si hemos dejado que el mundo y sus placeres nos gobiernen como si fueran dios, lo mejor que puede hacer el Dios *real* es empezar a remover las piedras que constituyen el cimiento de nuestro mundo.

ORDEN EN LA SALA

Un mundo mejor espera un arrepentimiento recto y sincero. Vivir una vida buena no es vivir libre de tribulaciones, sino vivir libre de preocupaciones innecesarias. Las catástrofes les ocurren a los cristianos, del mismo modo que parece que a la gente malvada les suceden cosas buenas. Pero para un cristiano practicante, incluso los desastres son buenos; porque sirven para purificarnos de nuestros apegos a este mundo. Sólo cuando nos arruinemos, quizá, dejaremos de preocuparnos por el dinero. Sólo cuando nos veamos abandonados por nuestros amigos, dejaremos de intentar impresionarles. Cuando nos quedamos sin dinero, podemos recurrir a la única cosa que nadie puede quitarnos: nuestro Dios. Cuando los amigos dejan de responder a nuestras llamadas, podemos, por fin, volvernos al Amigo que no cambia… a quien no podemos impresionar, porque nos conoce a fondo.

Pues, como revela el Apocalipsis, el Juez lo sabe todo de nosotros. El juicio no es exclusivo de Jerusalén. «Se abrió también otro libro, el libro de la vida. Y los muertos fueron juzgados por lo que estaba escrito en los libros, por lo que habían hecho» (20,12). Algún día, tú y yo seremos contados entre «los muertos» y seremos juzgados por lo que hayamos hecho. A lo largo del Apocalipsis, vemos que los santos entran en el cielo y «sus obras los acompañan» (14,13). Nuestras obras forman parte de nuestra salvación; más aún, serán la materia de nuestro juicio.

Y lo que es más, no tenemos que esperar a estar muertos para ser juzgados. Estamos ante el tribunal cada vez que nos acercamos al cielo, como hacemos en cada Misa. Entonces, también, pedimos a nuestro Padre del cielo una misericordia perfecta, que es una justicia perfecta. Entonces, también, nos

obligamos por una alianza con Dios. Entonces, también, recibimos el cáliz: para nuestra salvación o para nuestro juicio.

Deberíamos acordarnos del juicio del Apocalipsis cada vez que oímos las palabras de la institución, que son las palabras de Jesús: «éste es el cáliz de mi Sangre, Sangre de la alianza nueva y eterna».

TERCERA PARTE

UNA REVELACIÓN PARA LAS MISAS

CAPÍTULO I

LEVANTANDO EL VELO

COMO VER LO INVISIBLE

A los cristianos ucranianos les gusta contar la historia de cómo sus antepasados «descubrieron» la liturgia. El año 988, el príncipe Vladimiro de Kiev, a punto de convertirse al Evangelio, envió emisarios a Constantinopla, capital de la cristiandad de Oriente. Allí fueron testigos de la liturgia bizantina en la catedral de Santa Sofía, la iglesia más grandiosa del Este. Después de familiarizarse con el canto, el incienso, los iconos —pero, sobre todo, *la Presencia*—, los emisarios informaron al príncipe: «no sabíamos si estábamos en el cielo o en la tierra. Nunca hemos visto tanta belleza […]. No podemos describirlo, pero esto es todo lo que podemos decir: allí Dios habita entre los hombres»[1].

La Presencia. En griego, la palabra es *parusía*, y expresa uno de los temas clave del libro del Apocalipsis. En los últimos siglos, los intérpretes la han usado casi en exclusiva para referirse a la segunda venida de Jesús al final de los tiempos. Es la única definición que encontrarás en la mayoría de los diccionarios. Pero no es su primer significado. El significado primario de *parusía* es una presencia real, personal, viva, permanente y activa. En la última línea del Evangelio de San Mateo, Jesús promete: «yo estaré con vosotros siempre».

A pesar de nuestras redefiniciones, el Apocalipsis capta ese poderoso sentido de la inminente parusía de Jesús: su venida que tiene lugar *ahora mismo*. El Apocalipsis nos muestra que Él está aquí en plenitud —en soberanía, en juicio, en guerra, en sacrificio sacerdotal, en Cuerpo y Sangre, alma y divinidad— dondequiera que los cristianos celebren la Eucaristía.

«La liturgia es una parusía anticipada, la irrupción del "ya" en el "todavía no"», escribió el cardenal Joseph Ratzinger[2]. Cuando vuelva Jesús al final de

los tiempos, no tendrá ni un ápice más de gloria que la que tiene ahora mismo sobre los altares y en los sagrarios de nuestras iglesias. Dios habita entre los hombres, *ahora mismo*, porque la Misa es el cielo en la tierra.

PARA TOMAR NOTA

Quiero aclarar que esta idea —la idea que está detrás de este libro— no es nada nueva, y ciertamente no es mía. Es tan antigua como la Iglesia, y la Iglesia nunca se ha apartado de ella, aunque haya estado perdida en el barajarse de las controversias doctrinales durante los últimos siglos.

No podemos descartar esta interpretación como si se tratara de piadosos deseos de un puñado de santos y eruditos. Porque la idea de la Misa como «el cielo en la tierra» es ahora la enseñanza explícita de la fe católica. La encontrarás, por ejemplo, en varios lugares de la exposición más básica de la fe católica, el *Catecismo de la Iglesia Católica*:

> «Realmente, en una obra tan grande [la liturgia] por la que Dios es perfectamente glorificado y los hombres santificados, Cristo asocia siempre consigo a la Iglesia, su Esposa amadísima, que invoca a su Señor y por Él rinde culto al Padre Eterno… la cual [la liturgia] participa en la liturgia celestial» (n. 1089).

¡Nuestra liturgia participa en la liturgia celestial! ¡Eso dice el *Catecismo*! Y aún hay más:

> «La liturgia es "acción" del "Cristo total" […]. Los que desde ahora la celebran participan ya, más allá de los signos, de la liturgia del cielo […]» (n. 1136).

En Misa, ¡ya estamos en el cielo![3]. No es que lo diga yo, o un puñado de teólogos muertos. Lo dice el *Catecismo*. El *Catecismo* cita también el mismo pasaje del Vaticano II que me impactó con tanta fuerza en los meses anteriores a mi conversión a la fe católica:

> «En la liturgia terrena pregustamos y participamos en aquella liturgia celestial que se celebra en la ciudad santa, Jerusalén, hacia la cual nos dirigimos como peregrinos, donde Cristo está sentado a la derecha del Padre, como ministro del santuario y del tabernáculo verdadero; cantamos un himno de gloria al Señor con todo el ejército celestial […]» (n. 1090).

Guerreros, himnos, ciudades santas… eso empieza a sonarnos como el libro del Apocalipsis, ¿verdad? Bien, veamos cómo lo entiende el *Catecismo*:

> «La revelación "de lo que ha de suceder pronto" —el Apocalipsis— está sostenida por los cánticos de la liturgia celestial […]. La Iglesia terrestre canta también estos cánticos, en la fe y la prueba […]» (n. 2642).

Todo esto lo expone el *Catecismo* prosaicamente, como si fuera algo evidente por sí mismo. Pero, para mí, el darme cuenta ha supuesto un cambio

de vida. También para mis amigos y colegas —y para cualquier otro a quien pueda acorralar el tiempo suficiente para entablar un monólogo— esta idea de que la Misa es «el cielo en la tierra», nos llega como si fuera una novedad, una muy buena noticia.

SEÑOR JESÚS, VEN EN TU GLORIA[4]

Si queremos ver la liturgia como la vieron los emisarios del príncipe Vladimiro, tenemos que aprender a ver el Apocalipsis como lo ve la Iglesia. Si queremos encontrarle sentido al Apocalipsis, tenemos que aprender a leerlo con una imaginación sacramental[5]. Cuando volvamos a examinar estas cuestiones, ahora con nuevos ojos de fe, veremos el sentido que hay entre las cosas extrañas del Apocalipsis; veremos la gloria escondida en lo mundano, cuando vayamos a Misa el próximo domingo.

Mira de nuevo y descubre que el hilo de oro de la liturgia es el que ensarta las perlas apocalípticas de la visión de San Juan:

Culto dominical	1,10
Sumo Sacerdote	1,13
Altar	8,3-4; 11,1; 14,18
Sacerdotes (*presbyteroi*)	4,4; 11,15; 14,3; 19,4
ornamentos	1,13; 4,4; 6,11; 7,9; 15,6; 19,13-14
célibes consagrados	14,4
candeleros, o *menoráh*	1,12; 2,5
penitencia	Cap. 2 y 3
incienso	5,8; 8,3-5
libro o rollo	5,1
Hostia Eucarística	2,17
Cálices	15,7; cap. 16; 21,9
la señal de la cruz (la *tau*)	7,3; 14,1; 22,4
el Gloria	15,3-4
el Aleluya	19,1.3.4.6
levantemos el corazón	11,12
«Santo, Santo, Santo»	4,8
el Amén	19,4; 22,21
el «Cordero de Dios»	5,6 y a lo largo de todo el libro
el lugar prominente de la Virgen María	12,1-6; 13-17
intercesión de ángeles y santos	5,8; 6,9-10; 8,3-4
devoción a San Miguel	12,7
canto de antífonas	4,8-11; 5,9-14; 7,10-12; 18,1-8
lectura de la Sagrada Escritura	Cap. 2-3; 5; 8,2-11

sacerdocio de los fieles	1,6; 20,6
catolicidad o universalidad	7,9
silencio meditativo	8,1
la cena nupcial del Cordero	19,9; 17

En conjunto, estos elementos constituyen mucho del Apocalipsis… y la mayor parte de la Misa. Otros elementos litúrgicos del Apocalipsis pueden pasar más fácilmente inadvertidos a los lectores de hoy. Por ejemplo, poca gente sabe que las trompetas y las arpas eran los instrumentos oficiales de la música litúrgica de tiempos de Juan, como lo son hoy los órganos en Occidente. Y a lo largo de la visión de Juan, los ángeles y Jesús bendicen usando fórmulas litúrgicas establecidas: «bendito el que…». Si vuelves a leer el Apocalipsis de arriba abajo, te darás cuenta también de que todas las grandes intervenciones históricas de Dios —plagas, guerras, etcétera— siguen al pie de la letra acciones litúrgicas: himnos, doxologías, libaciones, incensación.

Sin embargo, la Misa no se encuentra *únicamente* en pequeños detalles seleccionados. Se encuentra también en el gran esquema. Podemos ver, por ejemplo, que el Apocalipsis, como la Misa, se divide netamente en dos mitades. Los once primeros capítulos se dedican a la proclamación de las cartas a las siete Iglesias y a la apertura del libro. Este énfasis en las «lecturas» hace de la primera parte una copia exacta de la liturgia de la palabra.

Significativamente, los tres primeros capítulos del Apocalipsis forman una especie de rito penitencial; en las siete cartas a las Iglesias, Jesús usa ocho veces la palabra «arrepentimiento». Esto me recuerda las palabras de la antigua *Didaché*, el manual litúrgico del siglo I: «en primer lugar, confesad vuestras faltas, para que vuestro sacrificio sea puro»[6]. Incluso el comienzo de Juan supone que el libro será leído en voz alta por un lector en la asamblea litúrgica: «bendito el que lea en voz alta las palabras de esta profecía, y benditos los que la oigan» (*Apoc* 1,3).

La segunda mitad del Apocalipsis comienza en el capítulo 11 con la apertura del Templo de Dios en el cielo, y culmina con el derramamiento de los siete cálices y la cena nupcial del Cordero. Con la apertura del cielo, los cálices y el banquete, la segunda parte ofrece una extraordinaria imagen de la liturgia eucarística.

¿INCENSARIOS EXTRASENSORIALES?

En el Apocalipsis, San Juan describe escenas celestiales en términos gráficos tomados de la tierra, y tenemos todo el derecho a preguntarnos por qué. ¿Por qué describir el culto espiritual —que ciertamente no incluye arpas o incensarios— con unas imágenes sensoriales tan vividas?, ¿por qué no usar signos matemáticos, como hicieron otros místicos antiguos, de forma que los lectores pudieran comprender la naturaleza ciertamente esotérica, trascendente e inmaterial del culto del cielo?

Sospecho que Dios reveló el culto celestial en términos terrenos para que los humanos —que, por primera vez, estábamos invitados a participar del culto del cielo— pudiéramos saber cómo hacerlo. No pretendo decir que la Iglesia se siente a esperar que el Apocalipsis caiga del cielo, para que los cristianos sepan cómo dar culto. No, los Apóstoles y sus sucesores habían celebrado la liturgia por lo menos desde Pentecostés. Pero el Apocalipsis tampoco es simplemente un eco de una liturgia ya establecida, una proyección en el cielo de lo que estaba sucediendo en la tierra.

El Apocalipsis es un *desvelamiento*; ése es el significado literal de la palabra griega *apokalypsis*. El libro es una visión que refleja y revela una norma. Con la destrucción de Jerusalén, la Iglesia estaba dejando definitivamente atrás un hermoso templo, una ciudad santa y un venerable sacerdocio. Sí, los cristianos estaban abrazando una Nueva Alianza, que en cierta manera *concluía* la antigua, pero que de alguna manera también la *incluía*. ¿Qué debían llevar consigo del antiguo culto al nuevo? ¿qué debían dejar atrás? El Apocalipsis les daba una guía.

En la nueva economía algunas cosas habían sido claramente reemplazadas. Israel marcaba su Alianza mediante la circuncisión de los niños al octavo día; la Iglesia sellaba la Nueva Alianza por el bautismo. Israel celebraba el sábado como día de descanso y de culto; la Iglesia celebraba el día del Señor, el domingo, el día de la Resurrección. Israel conmemoraba la antigua Pascua una vez al año; la Iglesia actualizaba la Pascua definitiva de Jesucristo en su celebración de la Eucaristía.

Pero Jesús no se propuso acabar con todo lo que había en la Antigua Alianza; por eso mismo estableció la Iglesia. Él vino a intensificar, internacionalizar e interiorizar el culto de Israel. Por eso, la encarnación daba una mayor significación a muchos de los rasgos de la Antigua Alianza. Por ejemplo, en adelante ya no habría en la tierra un santuario central; el

Apocalipsis muestra que Cristo Rey tiene su trono en el cielo, donde actúa como Sumo Sacerdote en el Santo de los santos. Pero ¿quiere esto decir que la Iglesia no puede tener edificios, personal, cirios, cálices u ornamentos? No. La rotunda respuesta del Apocalipsis es que podemos tener todas esas cosas… todas esas cosas, y también el cielo.

AURA DE SIÓN

Mas todo el mundo sabía dónde encontrar Jerusalén. ¿Dónde podrían encontrar el cielo? Al parecer, no demasiado lejos de la antigua Jerusalén. La Carta a los Hebreos dice: «pero habéis venido al *monte Sión*, a la ciudad del Dios vivo, *la Jerusalén celestial*, y a miríadas de ángeles, a la reunión solemne y asamblea de los primogénitos inscritos en los cielos; y a Dios, juez de todos, y a los espíritus de los justos que han sido consumados, a Jesús, mediador de una alianza nueva, y a la sangre de la aspersión, que habla mejor que la de Abel» (*Heb* 12,22-24).

Ese pequeño párrafo resume netamente todo el Apocalipsis: la comunión de santos y ángeles, el banquete, el juicio y la Sangre de Cristo. Pero ¿dónde nos *deja*? En el mismo sitio en que lo hizo el Apocalipsis: «entonces miré y he aquí que *sobre el monte Sión* estaba de pie el Cordero, y con Él ciento cuarenta y cuatro mil que tenían escrito en la frente el nombre de Él y el de su Padre» (*Apoc* 14,1).

Todos los caminos que encontramos en la Sagrada Escritura parecen conducir a la ciudad del rey David, el monte Sión. Dios bendijo abundantemente a Sión en la Antigua Alianza. «Porque el Señor ha escogido a Sión; la ha deseado para establecer su morada: "este es el lugar de mi descanso para siempre; aquí habitaré"» (*Sal* 132,13-14). «He puesto mi reino en Sión, mi monte santo» (*Sal* 2,6). En Sión Dios establecería la casa real de David, cuyo reino duraría por todas las edades. Allí, Dios mismo habitaría por siempre entre su pueblo.

Ten presente que Sión fue también el lugar en el que Jesús instituyó la Eucaristía y en el que descendió el Espíritu Santo en Pentecostés. Por eso, el «monte santo» fue aún más favorecido en la nueva economía. La Última Cena y Pentecostés fueron los dos acontecimientos que sellaron la Nueva Alianza.

Date cuenta, también, de que el resto de Israel, los 144 000 de *Apocalipsis* 14, aparecen en el monte Sión… aunque en *Apocalipsis* 7 se les

muestra en la Jerusalén celestial. Se trata de una curiosa discrepancia. ¿Dónde estaban en realidad: en Sión o en el cielo? Busca de nuevo la respuesta en *Hebreos* 12: «habéis venido al *monte Sión* […] la *Jerusalén celestial*». El monte Sión *es* la Jerusalén del cielo, porque los acontecimientos que tuvieron lugar allí son los que provocaron la unión definitiva de cielo y tierra.

La iglesia construida en el sitio de estos sucesos sobrevivió a la destrucción de Jerusalén, pero sólo como un signo. Para los cristianos de Judea, el sitio de la estancia superior era la «pequeña iglesia de Dios» dedicada al rey David y a Santiago, primer obispo de Jerusalén. Era una «iglesia doméstica», donde se reunían los creyentes para partir el pan y para rezar[7]. Más allá de eso, Sión se había convertido en el símbolo vivo de la Nueva Alianza y esa es la razón de que fuera incluida para siempre en el libro del Apocalipsis. Sión es un símbolo de nuestro punto de contacto aquí en la tierra con el cielo.

Hoy, aunque estemos a miles de kilómetros de aquella pequeña colina de Israel, estamos con Jesús en la estancia de arriba, y estamos con Jesús en el cielo, cada vez que vamos a Misa.

PRIMERO VIENE EL AMOR, DESPUÉS EL MATRIMONIO

Esto es lo que fue desvelado en el libro del Apocalipsis: la unión del cielo y la tierra, consumada en la Sagrada Eucaristía. La primera palabra del libro resulta muy sugerente. El término *apokalypsis*, traducido normalmente por «revelación», significa literalmente «descorrer un velo, desvelar». En tiempos de Juan, los judíos utilizaban habitualmente *apokalypsis* para describir parte de sus festejos nupciales que duraban una semana. El *apokalypsis* era levantar el velo de la novia virgen, rito que tenía lugar inmediatamente antes de que se consumara el matrimonio mediante la unión sexual.

Y eso es lo que quiere decir San Juan. Tan fuerte es la unión del cielo y la tierra que es como la unión fecunda y extasiada del amor de un esposo y su esposa. San Pablo describe a la Iglesia como la Esposa de Cristo (cf. *Ef* 5)… y el Apocalipsis levanta el velo de esa esposa. El clímax del Apocalipsis, entonces, es la comunión de la Iglesia y Cristo: la cena nupcial del Cordero (*Apoc* 19,9). Desde ese momento, el hombre se alza de la tierra para dar culto en el cielo. «Entonces caí a los pies [del ángel] para adorarle», escribe San Juan, «pero me dijo: “¡no lo hagas! Yo soy consiervo tuyo y de tus hermanos que mantienen el testimonio de Jesús”» (*Apoc* 19,10). Recuerda que la

tradición de Israel tenía siempre a hombres que ejercían el culto *a imitación de los ángeles*. Ahora, como nos muestra el Apocalipsis, cielo y tierra participan juntos en un único acto de culto amoroso.

Este apocalipsis o desvelamiento nos remite al pasado, a la cruz. San Mateo señala que al morir Jesús, «la cortina [o velo] se rasgó en dos, de arriba abajo» (27,51). Por eso, el santuario de Dios fue «apocaliptizado», desvelado, y su morada ya no estaría reservada únicamente al sumo sacerdote. La redención de Jesús quitó el velo del Santo de los santos, abriendo la presencia de Dios a todos los hombres. Cielo y tierra podían ahora unirse en un íntimo abrazo de amor.

LA VIEJA ESCUELA

Las antiguas liturgias estaban impregnadas del lenguaje del cielo en la tierra[8]. La liturgia de Santiago declara: «hemos sido dignos de ser contados para entrar en el lugar del tabernáculo de tu Gloria y estar donde el velo y mirar el Santo de los santos». La liturgia de los santos Addai y Mari añade: «¡qué impresionante es hoy este lugar! Porque esto no es otra cosa que la casa de Dios y la puerta del cielo; porque has sido visto cara a cara, Señor»[9].

San Cirilo de Jerusalén (siglo V) ofrece una profunda meditación sobre la frase «levantemos el corazón». «Verdaderamente —dice— en este momento conviene tener el corazón levantado a Dios, y no abajo, metido en los negocios de la tierra. Es lo mismo que si el sacerdote mandase que todos, al acercarse ese momento, apartasen de su corazón los cuidados y solicitudes de la vida, y tuviesen el corazón en el cielo, pendiente de Dios misericordioso»[10].

Más aún, tenemos que estar como San Juan en Patmos, cuando oyó la voz desde el cielo que decía: «subid aquí» (cf. *Apoc* 11,12). Eso es lo que significa «levantemos el corazón». Quiere decir abrir el corazón al cielo que está ante nosotros, como lo hizo San Juan. Levantad el corazón, pues, al culto en el Espíritu. Porque en la liturgia, dice el *Líber Graduum* del siglo IV: «el cuerpo es un templo escondido, y el corazón es un altar escondido para el culto en Espíritu»[11].

Sin embargo, ante todo tenemos que esforzarnos por recogernos. San Cirilo sigue: «pero que nadie de vosotros se halle presente, y cuando diga “lo tenemos levantado hacia el Señor”, tenga su mente ocupada con las

preocupaciones de esta vida. Porque en todo tiempo deberíamos estar pensando en Dios; mas si esto nos es imposible por nuestra flaqueza, esforcémonos por lo menos en estos momentos por mantener nuestra atención».

Dicho sencillamente, deberíamos hacer caso de la rotunda frase de la liturgia bizantina: «¡Sabiduría!, ¡atención!».

TOC, TOC

Sí, ¡atención! Porque el Apocalipsis más que «información» es develación. Es una invitación personal, dirigida a ti y a mí desde toda la eternidad. La revelación de Jesucristo tiene un impacto *inmediato y aplastante* en nuestras vidas. *Nosotros* somos la Esposa de Cristo a quien se ha quitado el velo; *nosotros* somos su Iglesia. Y Jesús quiere que todos y cada uno de nosotros entremos en la más íntima relación con Él que se puede imaginar. Usa imágenes nupciales para demostrar cuánto nos ama, cuan cerca quiere que estemos… y cuan permanente pretende que sea nuestra unión.

Mira, Dios hace nuevas todas las cosas. El Apocalipsis no es tan raro como parece y la Misa es más rica de lo que hemos soñado nunca. El Apocalipsis es tan familiar como la vida misma; e incluso la Misa más gris se encuentra de repente tachonada de oro y joyas relucientes.

Tú y yo necesitamos abrir los ojos y redescubrir este secreto de la Iglesia perdido hace mucho tiempo, la clave de los primeros cristianos para entender los misterios de la Misa, la única clave verdadera para los misterios del Apocalipsis. «En esta liturgia eterna el Espíritu y la Iglesia nos hacen participar cuando celebramos el Misterio de la salvación en los sacramentos» (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1139).

Vamos al cielo… no sólo cuando morimos, o cuando vamos a Roma, o peregrinamos a Tierra Santa. *Vamos al cielo cuando vamos a Misa*. No se trata meramente de un símbolo, de una metáfora, de una parábola, ni una figura retórica. Es algo real. En el siglo IV, San Atanasio escribió: «mis queridos hermanos, no venimos a un banquete temporal, sino a un festín eterno y celestial. No lo vemos entre sombras; nos acercamos a él en realidad».

El cielo en la tierra…: ¡ésa es la realidad! ¡Ahí es donde estuviste y donde cenaste el domingo pasado! ¿En qué estabas pensando en ese momento?

Párate a considerar en qué quería el Señor que pensases. Fíjate en las invitaciones que hace desde el libro del Apocalipsis: «el que tenga oídos, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias: al vencedor le daré del *maná escondido*» (2,17). ¿Qué es el maná escondido? Recuerda la promesa que hizo Jesús cuando habló del «maná» en el Evangelio de Juan: «vuestros padres comieron el maná en el desierto y murieron. Éste es el pan que baja del cielo, y el que coma de él no morirá. Yo soy el pan de vida que ha bajado del cielo» (6,49-51). El maná era el pan de cada día del Pueblo de Dios durante su peregrinación por el desierto. Jesús está ofreciendo algo más grande y su invitación es muy concreta: «mira, estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él y *comeré con él* y él conmigo» (3,20).

Así que Jesús tiene en mente una comida de verdad; quiere compartir el maná escondido con nosotros y Él *es* el maná escondido. En *Apocalipsis* 4,1, vemos también que se trata de algo más que de una cena íntima para dos. Jesús estaba a la puerta y llamó, y ahora la puerta está abierta. Juan entra en «el Espíritu» y ve sacerdotes, mártires y ángeles reunidos alrededor del trono del cielo. Con Juan, descubrimos que el banquete del cielo es una comida de familia.

Ahora, con ojos de fe —y «en el Espíritu»—, empecemos a ver que el Apocalipsis nos invita a un banquete celestial, a un abrazo de amor, a Sión, a juicio, a una batalla. A Misa.

CAPÍTULO II

EL CULTO ES UNA GUERRA

¿QUÉ ESCOGES: LUCHAR O HUIR?

«El género humano —dijo el poeta T. S. Eliot— no puede soportar mucha realidad». No necesitamos mirar lejos para probar este aserto. La gente huye hoy, uno por uno, de la vida real, retirándose cada quien a su distracción particular. Las vías de escape van desde las drogas y el alcohol hasta la novela rosa y los juegos de realidad virtual.

¿Qué pasa con la realidad para que el género humano la encuentre tan insoportable? Lo que pasa es la enormidad del mal, su presunta omnipresencia y poderío, y nuestra aparente incapacidad para escapar de él… nuestra incapacidad, incluso, para no *cometerlo*. Parece que el infierno está por todas partes —en una burda imitación de la omnipresencia divina— amenazando con consumirnos, con sofocarnos.

Esta es la realidad que no podemos soportar. Pero es también la cruda y terrible realidad que dibujó San Juan, sin arredrarse, en el Apocalipsis. Las bestias de Juan surgen monstruosas, superando las más oscuras imaginaciones de Hollywood, y abren sus fauces contra la presa más inocente y vulnerable: una mujer encinta, un niño. Desprecian la naturaleza y la gracia, la Iglesia y el estado. Pueden barrer del cielo un tercio de las estrellas. Son el poder en la sombra que mueve naciones e imperios. Se fortalecen con la inmoralidad de la gente a la que seducen; se emborrachan con el «vino» de la fornicación, la avaricia y el abuso de poder de sus víctimas.

¿LUCHAR O HUIR?

Ante tal oposición, tenemos que escoger: o presentar batalla, o darse a la huida. Se trata de un instinto humano básico. Más aún, tras una superficial

evaluación de lo que en apariencia son nuestras propias fuerzas y los recursos del enemigo, «huir» podría parecer la elección más razonable. Sin embargo, según los maestros espirituales, la huida no es una opción real. En su clásica obra *El combate espiritual*, Don Lorenzo Scupoli escribió: «esta guerra es inevitable, y el que en ella no lucha, de todas maneras se ve inexorablemente enredado en ella y sucumbe. Es que nos enfrentamos a enemigos tan obstinados y furiosos que de ellos no podremos esperar jamás ni tregua ni paz»**[12]**.

Más aún, no podemos subir al cielo, si huimos de la batalla. Dios nos ha destinado a nosotros, a la Iglesia, a ser la Esposa del Cordero. Pero no podemos gobernar, si no derrotamos primero a las fuerzas que se nos oponen, a los poderes que pretenden hacerse con nuestro trono.

¿Qué hemos de hacer? Deberíamos echar un vistazo a nuestro alrededor, después de quitarnos el velo de la visión meramente humana. Juan revela las noticias más alentadoras para los cristianos que están batallando. Dos tercios de los ángeles están de nuestra parte luchando constantemente, incluso mientras dormimos. El arcángel San Miguel, el guerrero más poderoso del cielo, es nuestro incansable e imbatible aliado. Todos los santos del cielo claman constantemente a Dios todopoderoso a favor de nosotros. Y —lo más alentador de todo— ¡al final ganamos! Juan ve la batalla desde la perspectiva de la eternidad y por eso puede revelar el final tan vividamente como describe las bajas. Las batallas son tan atroces que los ríos bajan tintos de sangre y los cadáveres se amontonan pudriéndose en las calles. Pero los vencedores entran en una ciudad en la que los arroyos llevan agua viva y en la que nunca se pone el sol.

Escucha de nuevo al padre Scupoli: «ante el furor, el odio inextinguible y el gran número de las escuadras y los ejércitos enemigos, [considera] más bien que es infinitamente mayor la bondad de Dios y el amor con que te ama y que son muchos más los ángeles del cielo y las oraciones de los santos que combaten a favor nuestro»**[13]**.

PÁGINAS DE SOCIEDAD

Podemos contar con ayuda del cielo. ¿Quién puede pedir mayores motivos de tranquilidad? Pues a menudo lo hacemos. Muchos cristianos se quedan preocupados porque les parece que de alguna manera Jesús «se retrasa» en venir a socorrerlos. Esto parece especialmente verdad cuando contemplan la

degeneración de la sociedad. El mundo, a veces, parece estar en manos de las fuerzas del mal y, pese a las oraciones de los cristianos, el mal continúa e incluso prospera.

Sin embargo, el Apocalipsis muestra que son los santos y los ángeles los que dirigen la historia con sus oraciones. Más que a Washington, D.C., más que a las Naciones Unidas, más que a Wall Street, o a cualquier lugar que puedas nombrar, el poder pertenece a los santos del Altísimo, reunidos en torno al trono del Cordero. La sangre de los mártires pide a Dios venganza a voz en grito (*Apoc* 6,9-10), y Él los venga, ahora como al alba de la historia, cuando la sangre de Abel clamaba desde la tierra. Son las oraciones de los santos las que suscitan de inmediato la ira del Cordero contra «los grandes hombres […], los ricos y los poderosos» (6,15).

Pero el poder de los santos es de diverso orden de la idea de poder que tiene el mundo, y la ira del Cordero difiere abiertamente de la venganza humana. Eso puede parecer evidente por sí mismo, pero se merece una consideración más profunda por nuestra parte. Porque muchos cristianos dicen creer en una clase de poder celestial que, en un análisis más atento, resulta ser un poder mundano pero a gran escala.

Fíjate por un momento en los judíos contemporáneos de Jesús y en su mundana expectación del Mesías: establecería el reino de Dios por medios militares y políticos… conquistar Roma, subyugar a los gentiles y cosas así. Sabemos que tales esperanzas se desbarataron. En vez de avanzar con sus ejércitos contra Jerusalén, Jesús realizó una campaña de misericordia y amor, que se manifestaba en compartir la mesa con recaudadores de impuestos y otros pecadores.

Y todos nosotros hemos aprendido la lección, ¿cierto? No parece que sea así. Porque, hoy, muchos cristianos aguardan todavía la misma venganza mesiánica que los judíos del siglo I. Aunque Cristo vino pacíficamente la primera vez, dicen, volverá con santa venganza al final, aplastando a sus enemigos con fuerza todopoderosa.

¿A ESTO LO LLAMAS IRA?

Pero ¿qué pasaría si la segunda venida de Jesús resultase ser muy parecida a la primera?, ¿se quedarían decepcionados muchos cristianos? Quizá, pero no creo que tengamos por qué. Pues, aun cuando el Apocalipsis narra un

amplio elenco de hambres, plagas y pestilencias, el capítulo 6 describe el juicio de Dios contra los fuertes y poderosos como la «ira del Cordero». ¿Por qué usa Juan aquí la imagen del cordero?, ¿qué tipo de terror puede inspirar en realidad un cordero?, ¿por qué no habla de la ira del León de Judá?

De igual manera, ¿por qué después de la primera venida de Cristo su «victoria» se lleva a cabo por los que «no amaron su vida, incluso hasta la muerte»?, o ¿por qué los bandos en liza parten con fuerzas tan desiguales: dos dragones y una bestia terrestre atacan a una mujer encinta en el momento en que da a luz al Mesías niño? Cierto, está el arcángel San Miguel; pero lo más que puede hacer es echar al dragón fuera del cielo… de forma que ahora el diablo está libre para perseguir a la mujer hasta el desierto y luego hacer la guerra contra el resto de su descendencia. En resumen, tenemos la suerte en contra: ¡mal camino!

Entonces, ¿qué decir de la última escena (cap. 19) en la que Cristo viene a «vengar la sangre de sus siervos» (v. 2)? En ella vemos a alguien llamado «Fiel y Veraz» cabalgando sobre un caballo blanco, acompañado de los ejércitos celestiales vestidos de lino blanco (¿no tienen otra armadura mejor?), luchando nada más que con una espada… ¡«que sale de su boca»! ¿Por qué no la lleva en la mano derecha? ¿Por qué no la está blandiendo? Hablando claro, se trata de la espada del Espíritu, la Palabra de Dios, que Él está predicando… y no un arma militar de destrucción masiva. Coge a la bestia y al falso profeta y los arroja vivos al azufre y al fuego. Date cuenta de que no los mata antes, no los hace trizas ni se regodea sobre sus cadáveres. A continuación, el destino del mal es descrito, en los dos capítulos siguientes, sencillamente en términos de ser excluidos de la nueva Jerusalén. ¿Qué tipo de «victoria» es ésta? ¿Por qué Jesús es todavía un Cordero… hasta el mismo final? Y ¿por qué una cena de bodas más que una fiesta de celebración de la victoria?

Me temo que las expectativas de muchos cristianos acerca de la segunda venida de Cristo pueden estar necesitadas de una corrección. De otra manera, podemos encontrarnos luchando contra el desaliento… como les sucedió a muchos judíos contemporáneos de Jesús en el siglo I. Quizá tenemos que repensar la imagen corriente de Dios reprimiendo su ira —«espera un poco, verás qué terrible y vengador puedo ser en realidad»— por una visión más atenta a la luz de su perfecta paternidad. Esto no destruye la ira divina; simplemente la sitúa en el retrato global de Dios que Jesús describe. Como señalé antes, ver el juicio de Dios en términos de paternidad divina no rebaja

el nivel de justicia, ni debilita la severidad del juicio; de ordinario los padres exigen más de sus hijos e hijas que los jueces de los reos.

Entonces, ¿cuál debería ser nuestra imagen de la segunda venida de Jesús? A mi modo de ver, es eucarística y tiene lugar de forma parecida a como la Misa trae el cielo a la tierra. Al igual que el sacerdote aquí en la tierra está sobre el pan y el vino y dice «esto es mi Cuerpo», transformando de esa manera los elementos, así también Cristo, Sumo Sacerdote, está sobre el cosmos y pronuncia las mismas palabras. Estamos en la tierra como los elementos están en el altar. Estamos aquí para ser transformados: para morir a nosotros mismos, vivir para los otros y amar como lo hace Dios. Eso es lo que sucede en el altar de la tierra, tal como sucede en los altares de nuestras iglesias. Como descendió fuego del cielo para consumir los sacrificios que estaban en el altar de Salomón, así también descendió fuego para consumir a los discípulos en la primera Pentecostés. El fuego es único y él mismo; es el Espíritu Santo, que nos hace capaces de ser ofrecidos como sacrificios vivos sobre el altar de la tierra. Eso es lo que da sentido a la segunda parte del Apocalipsis.

EL NOVIAZGO DE LA HISTORIA

Da sentido también a los sucesos de nuestra vida corriente. A la luz del fuego divino, vemos los noticieros no como consignas inconexas y sin sentido, sino como una historia, cuyo final ya conocemos. Todo en esta historia —en la historia del mundo y en nuestra historia personal— coopera para el bien de los que aman a Dios (cf. *Rom* 8,28). Pues Cristo es Señor de la historia, su principio (cf. *Jn* 1,1) y su final (cf. *1 Cor* 4,5).

Cristo está firmemente empeñado y quiere que reinemos con Él como su Esposa. Por eso, tenemos que luchar para ganarnos el trono, pero nuestra guerra no es tan cruda. Podemos mirarla incluso en términos románticos. La historia del mundo es la historia de Cristo que corteja a su Iglesia, que nos conduce gradualmente a nuestra cena de bodas, al banquete del Cordero. Nos mira como Adán contempló a Eva y dice: «por fin ésta es hueso de mis huesos y carne de mi carne» (*Gen* 2,23). La Iglesia es al mismo tiempo su Esposa y su Cuerpo, porque en el matrimonio los dos se hacen *una* carne (cf. *Mt* 19,5). Por eso, Cristo nos mira y dice: «esto es *mi* Cuerpo».

Dios dirige toda la historia —aunque los acontecimientos particulares parezcan buenos o malos desde «nuestro lado»— para guiarnos a la comunión

eterna de nuestra cena nupcial. No debemos subestimar el deseo de Cristo de que lleguemos al banquete. Recuerda que es un novio que espera a su esposa. Por eso las apasionadas palabras que dijo a sus Apóstoles son también verdad para nosotros: «ardientemente he deseado comer esta Pascua con vosotros» (*Lc* 22,15). Tampoco hemos de subestimar el poder de Jesús de llevarnos al banquete. A fin de cuentas, Él es Dios todopoderoso que todo lo conoce. Lo que quiere y desea es la eterna comunión con la Iglesia, y con toda seguridad es lo que está realizando incluso ahora. La comunión de amor con su Iglesia es la única razón por la que Dios se hizo hombre, derramó su Sangre y murió; y es la primera razón por la que creó el mundo. De ahí que todos los acontecimientos de cualquier época nos han de llevar, inexorablemente, al acontecimiento que vemos místicamente en los últimos capítulos del Apocalipsis.

UN RESTO QUE SE RESISTE

Puede parecer, pues, que el infierno prevalece en el mundo, pero no es así. La Iglesia está, en cierto sentido, empeñada. Nuestras oraciones, y especialmente el sacrificio de la Misa, son la fuerza que impulsa a la historia hacia su meta. De hecho, en el sacrificio de la Misa, la historia ya ha llegado a su meta, porque ahí Cristo y su Iglesia celebran su banquete de bodas y consuman su matrimonio.

Entonces, ¿cómo deberíamos entender el combate que seguimos manteniendo? Si de alguna manera la historia ha alcanzado ya su meta, ¿por qué habríamos de seguir luchando? Porque no todo el mundo ha venido al banquete, aunque tú y yo lo hayamos hecho. Por eso, tenemos que continuar redimiendo el tiempo, para restaurar todas las cosas en Cristo. Acuérdate de que cuando vamos a Misa, llevamos con nosotros nuestro trabajo profesional, la vida de familia, los sufrimientos y las alegrías, y todo esto se convierte en sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo, durante la celebración de la Eucaristía. Dios desea que tú y yo juguemos un papel indispensable en la historia de la salvación. «El Espíritu y la Esposa dicen "ven"» (*Apoc* 22,17). Date cuenta de que no es sólo el Espíritu el que dirige esa llamada a la humanidad, sino *el Espíritu y la Esposa*. La Esposa es la Iglesia… somos tú y yo.

Mientras tanto, nuestro enemigo, la Bestia, no consigue nada. Trabaja incansablemente, intimidándonos a veces con su laboriosidad; pero sus

esfuerzos son estériles. Es el 666, la criatura instalada en el día sexto, trabajando perpetuamente, pero sin alcanzar nunca el séptimo día del descanso sabático y del culto.

Así que la batalla continúa, y hemos sido alistados para un servicio activo. Sin embargo, tenemos que empezar por luchar muy cerca de casa. Nuestros enemigos más peligrosos son los que encontraremos en nuestra propia alma: orgullo, envidia, pereza, gula, avaricia, ira y lujuria. Antes de que podamos avanzar contra los enemigos en todo lo amplio de la sociedad, necesitamos identificar nuestros propios hábitos de pecado y empezar a arrancarlos de raíz. Al mismo tiempo, necesitamos crecer en la sabiduría y virtud que nos hace más parecidos a Cristo.

Sólo podemos avanzar, si llegamos a conocernos como realmente somos, o sea, tal como nos ve Dios todopoderoso. Cuando Juan se encontró con el Cordero de Dios, calibró con precisión la situación, y cayó al suelo en humildad. Necesitamos ver la verdad con la misma claridad. Por eso necesitamos ver las cosas a la misma luz divina. Pero ¿cómo podemos hacerlo, cuando todo a nuestro alrededor está sumido en la oscuridad? El único camino que tenemos es situarnos en el mismo lugar limpio y bien iluminado en el que Juan tuvo su visión: el culto en el Espíritu en el día del Señor… que es al mismo tiempo la ciudad del cielo donde «no habrá más noche» (*Apoc* 22,5).

Únicamente en la nueva Jerusalén nos veremos como somos, porque allí seremos sometidos a juicio; allí leeremos lo que está escrito en el libro de la vida. Es el cielo, pero no necesitamos morir para ir allá. La nueva Jerusalén es el monte Sión; es la iglesia de la estancia superior; y baja para nosotros en la Santa Misa.

NO PUEDO LEVANTARME PARA CAER

Queremos conocernos a nosotros mismos. Así que tenemos que *usar bien* las partes de la Misa específicas para el examen personal: el rito penitencial, por ejemplo, con su «Señor, ten piedad» y su «Yo confieso». Esto requiere *recogimiento*, un silencio interior que nos permite examinarnos de nuestros pensamientos, palabras y obras. Si queremos estar recogidos, nos ayuda llegar a la iglesia un buen rato antes de la Misa y empezar nuestra oración. El recogimiento interior nos hará capaces de concentrarnos en la realidad de la

Misa, sin prestar atención a lo que sucede a nuestro alrededor: ya sean niños que lloran, mala música u homilías mediocres.

Para prepararnos para la Misa, tendríamos que aprovecharnos también con frecuencia del sacramento de la Reconciliación, confesando nuestros pecados después de hacer un profundo examen de conciencia. Acuérdate del consejo de la *Didaché*, la más antigua guía litúrgica de la Iglesia: deberíamos hacer una confesión antes de recibir la Eucaristía, para que nuestro sacrificio sea puro. Aunque la Iglesia sólo nos exige confesarnos una vez al año, la abrumadora enseñanza de santos y papas es que tendríamos que ir «con frecuencia». ¿Cada cuánto es eso? Variará en función de tus circunstancias y del consejo de tu confesor. Sin embargo, nos vendría bien seguir los buenos ejemplos, sabiendo que la mayoría de los santos se confesaban al menos cada semana, y que los maestros espirituales más acreditados aconsejan un mínimo de una vez al mes.

Si somos sinceros con Dios, nos encontraremos postrados humildemente en nuestro interior, como hizo Juan. Rezaremos con total sinceridad la oración de antes de la Comunión: «Señor, yo no soy digno de que entres…».

HAY MUCHA GENTE AQUÍ

¿Qué vemos cuando estamos a la luz? Vemos que somos pecadores y débiles; pero vemos también mucho más.

Vemos que en esta guerra somos, con mucho, la parte más fuerte. En la Misa, invocamos a los ángeles y adoramos junto a ellos, como lo hizo Juan… ¡como sus iguales ante Dios! Pedimos que nos ayuden. Escucha atentamente el prefacio de la Misa, justo antes de cantar el «Santo, santo, santo»: «Por eso, con los ángeles y arcángeles y con todos los coros celestiales, cantamos sin cesar el himno de tu gloria». Algunas liturgias de Oriente se atreven incluso a contar los ángeles: «un millar de millares y diez mil veces diez mil ejércitos de ángeles y arcángeles». La palabra «ejércitos» en este contexto sugiere una fuerza militar, como «legiones» o «divisiones». La Misa, al parecer, es como el desembarco de Normandía en el terreno espiritual.

También invocamos a los santos, distinguiéndolos por su nombre. En el Canon romano, *Plegaria eucarística I*, el sacerdote proclama una larga lista de apóstoles, papas, mártires y otros santos… veinticuatro, en

correspondencia exacta con los *presbyteroi* que rodean el trono de Dios en el Apocalipsis[14].

En la guerra espiritual, los santos son poderosos aliados. Recuerda que en el Apocalipsis la venganza de Dios sigue de cerca las oraciones de los mártires bajo su altar. En algunas liturgias orientales —por ejemplo, la antigua liturgia de San Marcos— la asamblea se hace eco de las oraciones de los mártires: «aplasta bajo tus pies a Satanás y toda su maligna influencia. Humilla ahora, como en todo tiempo, a los enemigos de tu Iglesia. Pon en evidencia su orgullo. Muéstrales rápidamente su debilidad. Haz que se queden en nada las intrigas malignas que maquinan contra nosotros. Álzate, Señor, y que tus enemigos se atemoricen y que todo el que odia tu santo Nombre sea puesto en fuga».

Sin duda, tenemos fuerza y poder de nuestra parte. Así lo decimos en el «Santo, santo, santo» que cantamos junto con los ángeles en cada Misa. Deberíamos asegurarnos de dar a ese canto todo lo que tenemos. ¿Has visto alguna vez un poderoso ejército marchando en formación? Los soldados se mueven con una precisión uniforme y cantan con entusiasmo y confianza. Así es como deberíamos proceder en la liturgia: con confianza, con alegría. No es que neguemos la fuerza del enemigo; nos gloriamos en el hecho de que Dios es más fuerte, ¡y Dios es nuestra fuerza!

HAZ QUE LOS DEMONIOS SE LARGUEN GRITANDO

Por supuesto que no es suficiente con conocernos a nosotros mismos y a los ángeles. Tenemos que llegar a conocer más y más a Dios, y esto es una tarea incesante (e incesantemente gratificante). Porque cuanto más aprendemos acerca de Él, más nos damos cuenta de que no le conocemos y de que no podemos conocerle sin la gracia.

Creciendo en el conocimiento de Dios, llegaremos a conocer la fuerza infinita y los recursos que podemos pedir en la batalla. Así, debemos prepararnos para la Misa cultivando nuestra formación doctrinal y espiritual durante toda nuestra vida. Ningún soldado se lanzaría a la batalla sin estar entrenado. Tampoco debemos pensar que podemos vencer a los demonios si estamos flojos en nuestra fe. Necesitamos someternos a los rigores de un entrenamiento básico, viviendo una vida constante y disciplinada de oración y estudiando la fe a diario, leyendo la Biblia, usando cintas, televisión y libros

católicos (especialmente el *Catecismo de la Iglesia Católica*). Todo esto es una tarea para toda la vida.

Nuestro estudio de la doctrina investirá de poder cada palabra y gesto de la liturgia. Haremos la señal de la cruz *sabiendo* que es el estandarte que llevamos a la batalla… y ante ese estandarte los demonios tiemblan. Mojaremos los dedos en agua bendita, *sabiendo*, en palabras de Santa Teresa de Jesús, que esta agua hace huir a los demonios. Recitaremos cada línea del Gloria y del Credo como si nuestras vidas dependieran de ello, porque dependen.

¿Y qué «sucede» en el campo de batalla cuando recibimos en la Comunión a Jesucristo, Rey de reyes y Señor de señores? Los santos nos dicen que en ese momento ponemos en fuga al enemigo y que desde entonces podemos velar *con la vigilancia de Jesús*. Un monje del monte Sinaí, del siglo V, atestigua que «cuando ese fuego entra en nosotros, arroja los malos espíritus de nuestro corazón y a la vez remite los pecados que hayamos cometido con anterioridad. […] Y si después de esto, puestos a la entrada de nuestro corazón, vigilamos atentamente nuestro entendimiento, cuando se nos permita recibir de nuevo esos Misterios, el divino Cuerpo iluminará aún más nuestro entendimiento y lo hará brillar como una estrella».

Así que el resplandor de la Misa nos acompaña como el día perpetuo de la Jerusalén celestial. Conforme crecemos en gracia, nuestra Misa se convierte también en una luz encendida dentro de nosotros, incluso en medio de nuestro trabajo y de nuestra vida de familia. Eso supone seguridad en tiempo de guerra; porque el ejército más débil difícilmente atacará a la luz del día. Y el maligno sabe que cuando la luz de Cristo está del lado de uno de los contendientes de la batalla, la oscuridad del infierno es la parte más débil.

EL DÍA D

Aun así, la batalla sigue siendo una batalla. A pesar de que nuestra victoria está asegurada, la lucha no será necesariamente fácil, y esto es verdad especialmente en la Misa. Conociendo el poder de la gracia, el maligno nos asaltará con más fuerza, dice un antiguo maestro, «al tiempo de las grandes fiestas y durante la Liturgia divina… especialmente cuando vamos a recibir la Sagrada Comunión».

¿Cuál es nuestro combate particular durante la Misa? Quizá sea rechazar la repulsa que nos causa un feligrés cuyo perfume es muy fuerte, o el hombre que desafina cantando. Tal vez sea refrenar nuestro juicio contra al parroquiano que se va demasiado pronto. Quizá sea cambiar de tema, cuando empezamos a sopesar si ese escote es demasiado amplio. Puede que sea luchar contra nuestro aire de suficiencia, cuando oímos una homilía plagada de errores gramaticales. O bien sonreír con comprensión a la mamá cuyo niño está chillando.

Esas son las duras batallas. Quizá no sean tan románticas como el ruido de sables en la lejanía del desierto, o marchar entre gases lacrimógenos para protestar contra la injusticia. Pero como están tan escondidas, son tan *interiores*, requieren mayor heroísmo. Nadie excepto Dios y sus ángeles se dará cuenta de que no criticaste mentalmente la homilía del sacerdote esta semana. Nadie excepto Dios y sus ángeles se dará cuenta de que te abstuviste de juzgar a esa familia que iba mal vestida. No ganas una medalla; pero en su lugar ganas una batalla.

CHEQUEO A LA REALIDAD: SOPÓRTALA

La realidad «desvelada» en el Apocalipsis de Juan es tan aterradora como consoladora. Aun así la buena noticia es que, con la ayuda del cielo, podemos soportarla. Somos hijos del Rey del universo, pero vivimos en medio de un constante peligro, rodeados por oscuras fuerzas espirituales que quieren destrozar nuestras almas, nuestra corona, nuestra herencia.

Pero la victoria está a nuestro alcance. Con cuánta razón asocia nuestra tradición la Misa con la *todáh*, el sacrificio de acción de gracias del antiguo Israel.

La *todáh* era una expresión de absoluta confianza: una oración para librarnos de nuestros enemigos, una oración para librarnos de la muerte inminente… y, al mismo tiempo, la *todáh* daba gracias porque Dios hubiera contestado a nuestras oraciones. Acuérdate también de cómo los rabinos predijeron que en la era mesiánica cesaría todo sacrificio excepto la *todáh*. Por eso rezamos con confianza en cada Misa «líbranos del mal»; y por eso damos gloria a Dios por nuestra liberación.

En la Comunión recibimos el pan que nos sostendrá incluso durante el más largo asedio del enemigo. En la Misa, cuando estamos junto a nuestros

aliados celestiales, el demonio se muestra impotente. Ante el altar nos acercamos al cielo, la fuente de gracia infinita, la única que puede cambiar nuestros corazones pecadores. En la cena nupcial del Cordero nos entronizamos para reinar sobre la historia por medio de nuestras oraciones.

En esta época de cambio de milenio, mucha gente se te acercará gritando que el fin está cerca, y que la última escaramuza al otro lado del mar es con toda seguridad la batalla de Armagedón. No tengas miedo. Puedes decirles que sí, que el fin está cerca; sí, ha llegado el Apocalipsis. Pero la Iglesia ha enseñado *siempre* que el fin está cerca… tan cerca como tu parroquia. Y deberías acercarte, más que alejarte.

En cualquier batalla que estemos impacientes de emprender con armas terrenas, deberíamos primeramente entrar con armas espirituales. ¿Quieres justicia para los pueblos oprimidos de la tierra? ¿Quieres alivio para los mártires de todo el mundo? No te precipites en primer lugar al ayuntamiento. Si quieres construir el reino, ante todo deberías adorar bien, con tanta frecuencia como puedas, donde el santuario del Rey toma tierra en la Misa.

CAPÍTULO III

PENSANDO EN LA PARROQUIA

EL APOCALIPSIS COMO UN RETRATO DE FAMILIA

El cielo es una reunión familiar con todos los hijos de Dios; y esto se cumple también cuando el cielo está en la tierra: en la Santa Misa. Volvamos al pasaje citado de la Carta a los Hebreos: «habéis venido al monte Sión […] la Jerusalén celestial […] y a la asamblea *de los primogénitos* que están inscritos en el cielo» (*Heb* 12,22-23). El cielo toca tierra en la Misa e incluye a la familia de Dios mismo.

En el Apocalipsis, San Juan tan sólo intensifica la imagen. Describe nuestra comunión con Cristo en términos de la mayor intimidad, cuando la compara con «la cena de bodas del Cordero» (*Apoc* 19,9).

HISTORIA DE LA FAMILIA

Pero antes de que podamos comprender este vínculo de familia, muchos de nosotros tendremos que dejar de lado la moderna noción de familia que tenemos en Occidente. Vivimos en una época en que las familias tienen una gran movilidad; poca gente morirá en la ciudad en que nació. Vivimos en una época en que las familias son pequeñas; pocos niños de hoy tienen la experiencia de tíos y tías y de innumerables primos, como la tuvieron las generaciones anteriores. Cuando hoy en día se habla de «familia», normalmente nos referimos a la familia nuclear: mamá, papá y un niño o dos.

Para poder apreciar la visión de San Juan, tenemos que vislumbrar un mundo muy diferente en el cual la familia amplia y extensa definía el mundo de un individuo dado. La familia —la tribu, el clan— era la identidad primaria de un hombre o una mujer y dictaba dónde debían vivir, cómo debían trabajar y con quién tendrían que casarse. Con frecuencia, la gente

llevaba un signo visible de su identidad familiar, como podía ser un sello o una marca distintiva en el cuerpo.

En el mundo antiguo una nación era en gran medida una red de familias de este tipo, como Israel, que estaba formado por las doce tribus que llevaban los nombres de los hijos de Jacob. Dando unidad a cada familia estaba el vínculo de *alianza*, ese concepto cultural amplio de lo que constituían las relaciones humanas, los derechos, las obligaciones y las lealtades. Cuando una familia daba la bienvenida a nuevos miembros, mediante matrimonio u otra alianza parecida, ambas partes —los nuevos miembros y la tribu establecida— solían sellar la alianza mediante un solemne juramento, compartiendo una comida común u ofreciendo un sacrificio.

La relación de Dios con Israel estaba definida por una Alianza, y Jesús describió su relación con la Iglesia en los mismos términos. En la Última Cena, bendijo el cáliz de la *Nueva Alianza* en su Sangre (cf. *Mt* 26,28; *Mc* 14,24; *Lc* 22,20; *1 Cor* 11,25).

El libro del Apocalipsis pone de relieve que esta Nueva Alianza es el más estrecho e íntimo de los vínculos familiares. La visión de San Juan concluye con la cena nupcial del Cordero y su Esposa, la Iglesia. Con este acontecimiento, los cristianos sellamos y renovamos nuestra relación familiar con Dios mismo. En nuestros cuerpos llevamos la marca de la tribu de Dios. Nos dirigimos a Dios mismo como nuestro verdadero Hermano, nuestro Padre, nuestro Esposo.

UN DIOS QUE ES FAMILIA

En el Apocalipsis, los creyentes llevan en la frente la marca de esta familia sobrenatural. Los primeros cristianos, durante siglos, se recordaban esta realidad haciendo la señal de la cruz en la frente. Hacemos lo mismo cuando hoy en día nos santiguamos; marcamos nuestro cuerpo «en el nombre de» nuestra familia divina: Padre, Hijo y Espíritu Santo. Por eso, tanto en el Apocalipsis como en la Misa, la familia de Dios —como cualquier familia tradicional del antiguo Israel— encuentra su identidad en el nombre de la familia y en su señal.

Pero aquí está la revelación más importante: nuestra familia no sólo *lleva el nombre de* Dios… nuestra familia *es* Dios. El cristianismo es la única religión cuyo único Dios es una familia. Su nombre más propio es Padre, Hijo

y Espíritu Santo. Dijo Juan Pablo II: «nuestro Dios en su misterio más íntimo no es una soledad, sino una familia, puesto que lleva en sí mismo paternidad, filiación y la esencia de la familia que es el amor»[15].

Para mí, se trata de una verdad trascendental. Date cuenta de que no dijo que Dios es *como* una familia sino que *es* una familia. ¿Por qué? Porque Dios posee desde toda la eternidad los atributos esenciales de una familia —paternidad, filiación y amor— y es el único que los posee en toda su perfección. Así que sería más apropiado decir que los Hahn (o cualquier otro hogar) son como una familia, puesto que nuestra familia tiene estos atributos, pero sólo imperfectamente.

Dios es una familia y nosotros somos suyos. Al establecer la Nueva Alianza, Cristo fundó una Iglesia —su Cuerpo místico— como una extensión de su encarnación. Al asumir la carne, Cristo la divinizó, y extendió la vida de la Trinidad a toda la humanidad, a través de la Iglesia. Incorporados al Cuerpo de Cristo, nos hacemos «hijos en el Hijo». Nos convertimos en hijos de la casa eterna de Dios. Formamos parte de la vida de la Trinidad.

La Iglesia católica es nada menos que la Familia universal de Dios.

AFINIDAD POR LA TRINIDAD

Como católicos, renovamos nuestro vínculo de alianza familiar en la cena de bodas del Cordero, una acción que es al mismo tiempo comida en común, sacrificio y pacto mediante juramento (un sacramento). El Apocalipsis desveló que la Eucaristía es como un banquete de bodas en el que el Hijo eterno de Dios entra en la más íntima unión con su Esposa, la Iglesia. Es esta «comunión» la que nos hace uno con Cristo, hijos en el Hijo.

Para prepararnos para esta comunión —nuestra nueva Alianza, nuestro matrimonio místico—, como todos los esposos, tenemos que dejar atrás nuestra antigua vida. Al igual que una esposa, renunciaremos a nuestro viejo nombre por uno nuevo. Nos *identificaremos* para siempre con Otro: con nuestro amado, Jesucristo, el Hijo de Dios. El matrimonio exige que los esposos hagan un sacrificio de sí mismos que sea completo y total, como lo fue el de Cristo en la cruz. Pero somos débiles y pecadores y nos resulta insoportable hasta la misma mención de un sacrificio así.

Aquí está la buena noticia. Cristo se hizo uno de nosotros para ofrecer su humanidad como sacrificio perfecto. En la Misa unimos nuestro sacrificio al

suyo y esa unión hace que nuestro sacrificio sea perfecto.

SIN DOLOR

La Misa es el sacrificio perfecto del Calvario, realizado «una vez por todas», que es presentado en el altar del cielo por toda la eternidad. No se trata de una «repetición». Hay un único sacrificio; es perpetuo y eterno y por eso nunca necesita ser repetido. Pero la Misa es *nuestra participación* en ese único sacrificio y en la vida eterna de la Trinidad en el cielo, donde el Cordero está en pie eternamente «como si estuviera sacrificado».

¿Cómo puede ser esto? ¿Cómo puede ofrecer Dios un sacrificio? *¿A quién* podría Dios ofrecer un sacrificio?

En la divinidad, en el cielo, este amor que da la vida continúa incruentamente pero eternamente. El Padre vierte la totalidad de sí mismo; no se reserva nada de su divinidad. Eternamente es Padre del Hijo. El Padre es por encima de todo un amante que da la vida, y el Hijo es su imagen perfecta. Por tanto, ¿qué otra cosa es el Hijo, sino un amante que da la vida? Y Él está siendo imagen del Padre desde toda la eternidad vertiendo la vida que ha recibido del Padre; devuelve esa vida al Padre como perfecta expresión de agradecimiento y de amor. Esa vida y amor que el Hijo ha recibido del Padre y que hace volver al Padre *es* el Espíritu Santo.

¿Por qué hago esta consideración ahora? ¡Porque esto es lo que sucede en la Misa! Los primeros cristianos estaban tan admirados por este hecho que estaban dispuestos a cantarlo, como en este himno sirio del siglo VI: «sean ensalzados los misterios de este templo, en el que cielo y tierra simbolizan la Trinidad superensalzada y la obra de nuestro Salvador». La Misa hace presente en el tiempo lo que el Hijo ha estado haciendo desde toda la eternidad: amar al Padre como el Padre ama al Hijo, devolviendo el don que recibió del Padre.

UN CAMBIO MASIVO

Ese don es la vida que estamos llamados a compartir; pero antes de que podamos hacerlo, tenemos que sufrir un cambio significativo. En nuestro estado actual, somos incapaces de dar o recibir tanto; el fuego infinito del amor divino nos consumiría. Pero no podemos cambiarnos a nosotros

mismos. Por eso, Dios nos da su propia vida en los sacramentos. La gracia compensa la debilidad de la naturaleza humana. Con su ayuda somos capaces de hacer lo que no podríamos hacer por nosotros mismos: a saber, amar perfectamente y sacrificarnos totalmente.

Lo que Dios Hijo ha estado haciendo desde toda la eternidad, empieza a hacerlo ahora en la humanidad. Él no cambia de ninguna manera; pues Dios en sí mismo es inmutable, eterno, sin principio ni fin. Lo que cambia no es Dios, sino la humanidad. Dios asumió nuestra humanidad para que cada gesto, cada pensamiento que tuvo —desde el momento en que fue concebido hasta el momento en que murió en la cruz—, todo lo que Él hizo sobre la tierra fuera una acción del Hijo que ama al Padre. Lo que Él es desde toda la eternidad, lo ha manifestado en su humanidad. Por eso, el amor perfecto se da ahora en el tiempo, porque Dios ha asumido nuestra naturaleza humana y la ha usado para expresar el amor del Hijo que da la vida por el Padre. A través de su vida y de su muerte, Jesús deificó a la humanidad. La unió a la divinidad.

Y cada vez que recibimos la Eucaristía, recibimos esta humanidad de Jesucristo glorificada, divinizada, fortalecida, manifestación perfecta del amor del Hijo divino por el Padre. Sólo con esta masiva infusión de la gracia podemos someternos al cambio requerido antes de entrar en la vida de la Trinidad[16].

La Eucaristía nos transforma. Ahora somos capaces de llevar a cabo las mismas cosas que hemos hecho antes… pero haciéndolas divinas en Cristo: haciendo de cada gesto, pensamiento y sentimiento nuestro una expresión de amor al Padre, una acción del Hijo en nosotros.

¿PROBLEMAS TRIBALES?

Emparentar con cualquier familia implica grandes cambios. Emparentar con la familia de Dios significa una completa transformación.

¿Cuál es la diferencia? Toda la diferencia del mundo y algo más. Con este cambio —en palabras del Padre sirio del siglo IV, Afraates— el hombre se convierte en templo de Dios, como Dios es templo del hombre. Adoramos, como dice el Apocalipsis, «en el Espíritu». Habitamos en la Trinidad. Vivimos también ahora en la casa de Dios, la Iglesia, que está construida sobre roca (cf. *Mt* 7,24-27; 16,17-19). Ahora somos llamados por su nombre

(cf. *Ef* 4,3-6). Ahora, participamos de la mesa del Señor (cf. *1 Cor* 10,21). Ahora, compartimos su Cuerpo y su Sangre (cf. *Jn* 6,53-56). Ahora, su Madre es nuestra madre (cf. *Jn* 19,26-27).

Podemos entender ahora por qué llamamos a los sacerdotes «padre» y al Papa nuestro «Santo Padre»: porque son otros cristos, y Cristo es la imagen perfecta del Padre. Ahora, podemos entender por qué llamamos a las religiosas «hermana» y «madre»: porque para nosotros son imágenes de la Virgen María y de nuestra madre la Iglesia.

Con más claridad que nunca, podemos comprender ahora por qué los santos del cielo se preocupan tanto de nuestro bienestar. *¡Somos su familia!* No debemos olvidarnos nunca de los cristianos que ha habido antes que nosotros. En nuestra oración y en nuestro estudio, tenemos que llegar a conocer su compañía y su ayuda. A través del ejemplo de los santos, hemos de aprender a preocuparnos con la misma intensidad de aquellos que están a nuestro lado en Misa cada semana. *Porque son nuestra familia en Cristo*, y nuestra común santidad comienza ahora.

Piensa en ello: si todos nosotros perseveramos juntos, tú y yo compartiremos un hogar por siempre con Cristo: *con los parroquianos que están a nuestro lado hoy en los actos de culto*.

¿Eso te hace sentir incómodo? Tal vez te hayas acordado de repente de los parroquianos que más te ponen los nervios de punta (sé que a mí me sucedió). ¿Podría el cielo ser realmente el cielo, si todos nuestros vecinos están allí? ¿Podría el cielo ser el paraíso, si el padre Fulano está también allí?

Ese es el *único* tipo de cielo en el que deberías pensar. Recuerda que somos una familia a la antigua usanza: un clan, una tribu. Estamos todos juntos. No quiere decir que *sintamos* siempre afecto por la gente que vemos en Misa. Quiere decir que tenemos que amarlos, comprender sus debilidades y servirlos: porque también ellos han sido identificados con Cristo. No podemos amarle si no los amamos a ellos. Amar a la gente difícil nos pulirá. Quizá sólo en el cielo nuestro amor se habrá perfeccionado tanto que realmente nos llegue a *gustar* esta gente también. San Agustín hablaba de un hombre que en la tierra tenía problemas crónicos de gases; en el cielo su flatulencia se convirtió en una música perfecta.

ENTIÉNDELO BIEN

La comunión de los santos no es simplemente una doctrina. Es una realidad vivida, percibida únicamente cuando vivimos una constante vida de fe. Pero es más real que el suelo que pisamos. Es una realidad permanente, aunque su permanencia no se manifieste continuamente en nuestra parroquia.

Necesitamos, justamente ahora, abrir nuestros ojos de fe. El cielo está aquí. Lo hemos visto sin velo. La comunión de los santos está a nuestro alrededor con los ángeles en el monte Sión, cada vez que vamos a Misa.

CAPÍTULO IV

EL RITO HACE LA FUERZA

EN QUÉ SE DISTINGUE LA MISA

Ir a Misa es ir al cielo, donde «Dios mismo […] enjuagará toda lágrima» (*Apoc* 21,3-4). Pero el cielo es mucho más que eso. Es donde nos sometemos a juicio, donde nos vemos a nosotros mismos a la clara luz matutina del día eterno, y donde el justo Juez lee nuestras obras en el libro de la vida. Nuestras obras nos acompañan, cuando vamos al Cielo. Van con nosotros, cuando vamos a Misa.

Ir a Misa es renovar nuestra alianza con Dios, como en un banquete de bodas… porque la Misa *es* la cena nupcial del Cordero. Como en una boda, hacemos unas promesas, nos comprometemos a nosotros mismos, asumimos una nueva identidad. Somos cambiados para siempre.

Ir a Misa es recibir la plenitud de la gracia, la vida misma de la Trinidad. Ningún poder del cielo o de la tierra puede darnos más de lo que recibimos en Misa, pues recibimos a Dios dentro de nosotros mismos.

No debemos subestimar estas realidades. En la Misa Dios nos ha dado su misma vida. No se trata simplemente de una metáfora, un símbolo o un anticipo. Tenemos que ir a Misa con ojos y oídos, mente y corazón, abiertos a *la verdad* que se nos presenta delante, la verdad que se eleva como incienso. La vida de Dios es un don que tenemos que recibir adecuadamente y con gratitud. Nos da la gracia como nos ha dado el fuego y la luz, que, mal usados, pueden quemarnos o cegarnos. De modo parecido, la gracia recibida indignamente nos expone a un juicio y a consecuencias mucho más graves.

En cada Misa, Dios renueva su Alianza con cada uno de nosotros poniendo ante nosotros vida y muerte, bendición y maldición. Tenemos que elegir para nosotros la bendición y rechazar la maldición, y tenemos que hacerlo desde el mismo comienzo.

DA EL GOLPE

Desde el momento en que te encaminas a la iglesia, te sitúas bajo juramento. Al meter los dedos en agua bendita, renuevas la alianza que comenzó con tu bautismo. Quizá te bautizaron de niño; tus padres tomaron la decisión por ti. Pero ahora, con este simple movimiento, tomas la decisión por ti mismo. Con el agua, tocas la frente, el corazón, los hombros y te santiguas en «el nombre» en el que fuiste bautizado. Este gesto envuelve tu aceptación del Credo, que tus padres aceptaron en tu nombre cuando te bautizaron. Unido a este gesto está tu rechazo de Satanás, y de todas sus pompas, y de todas sus obras.

Haciendo esto, testificas, das testimonio, como si estuvieras en un tribunal. En un tribunal, un testigo se pone en riesgo a sí mismo, su reputación y su futuro. Si falla en decir la verdad, toda la verdad, y nada más que la verdad, sabe que se enfrentará a severas consecuencias.

Tú también estás bajo juramento. No lo olvides: la palabra latina *sacramentum* significa literalmente «juramento». Cuando haces la señal de la cruz renuevas el sacramento del bautismo, renovando así tu obligación de vivir de acuerdo con los derechos y obligaciones de la Nueva Alianza. Amarás a Dios con todo tu corazón, con toda tu mente, con toda tu alma y con todas tus fuerzas; amarás al prójimo como a ti mismo.

Te has comprometido especialmente a decir la verdad durante esta Misa. Porque ésta es la sala de justicia del cielo; aquí Dios abrirá el libro de la vida; aquí ocuparás el estrado de los testigos. Muchas, muchas veces durante la vida dirás «Amén», palabra aramea que expresa asentimiento y estar de acuerdo: *¡Sí! ¡Así sea! ¡En verdad!* «Amén» es más que una respuesta; es un compromiso personal. Cuando dices «Amén», comprometes tu vida. Por tanto, tienes que saber lo que dices.

Por eso, en la Misa no eres simplemente un espectador. Eres un participante. *Tuya* es la alianza que vas a renovar. *Tuya* es la alianza que Jesús mismo renovará, aquí y ahora.

COMIDA QUE SELLA UN PACTO

Siempre que Dios hizo una Alianza, dio también un programa para su renovación. La Alianza no era solamente un acontecimiento pasado; estaba en

activo, perpetuamente presente, continuamente actualizada. Habrían de pasar generaciones desde la Alianza del Sinaí; pero cada vez que los hijos de Israel renovaban esa Alianza, cada vez que celebraban la Pascua, era como si la Alianza se estuviera realizando hoy.

La Misa es nuestra perpetua renovación de la Nueva Alianza. Es un juramento solemne que haces ante innumerables testigos, como en la sala de justicia del Apocalipsis. «*Por eso con todos los coros angélicos cantamos* […]». Cuando el cielo baja a la tierra, recibes el privilegio de rezar junto a los ángeles. Pero recibes también la obligación de vivir con arreglo a tus oraciones. Esos mismos ángeles te harán responsable de cada palabra que reces.

Y no sólo de lo que reces, sino de lo que oigas. Porque lo que oímos proclamar es la Palabra de Dios, y no las promesas de cualquier político a quien podemos votar «a favor» o «en contra». Escuchamos la Palabra de Dios, y no cualquier reportaje de actualidad cuya fiabilidad podemos permitirnos poner en duda. En los tribunales de la tierra los testigos simplemente juran *sobre* la Biblia; en Misa juramos *la* Biblia. Oímos la Palabra de Dios; estaremos obligados por ella.

«*Creo en la Iglesia que es una, santa, católica y apostólica*». ¿Vivimos de acuerdo con las enseñanzas de esa Iglesia sin reservas y sin excepción? Las encuestas indican que más del 90 % de los católicos de los Estados Unidos, por ejemplo, rechazan la enseñanza de la Iglesia sobre el control artificial de la natalidad. Pero podemos suponer que estos mismos católicos se sitúan bajo juramento cada domingo y recitan el Credo. ¿Cuáles son las consecuencias de tan enormes falsos testimonios?

«*Perdona nuestras ofensas como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden*». Nosotros, que mendigamos la misericordia de Dios, ponemos esta condición para su misericordia: que perdonaremos primeramente a aquellos que nos han agraviado. Pero casi todos cargamos con algunos rencores, incluso más allá del umbral de la iglesia.

«*La paz del Señor esté siempre con vosotros. Y con tu espíritu*». Simbólicamente damos la paz a los que están a nuestro lado, pero ¿cuántas horas pasarán entre el final de la Misa y el primer estallido de nuestro genio?

«*El Cuerpo de Cristo. Amén*». ¿Con qué atención recibimos el pan de vida, al Cristo de la fe y de la historia? Si cumplimentásemos a un rey de la tierra con la misma atención, ¿cómo seríamos juzgados?

Oír la palabra de Dios. Recibir el pan de vida. Son profundos misterios; son dones increíbles; pero son también poderosos compromisos. En la Misa recibimos vida divina, poder divino, más poderoso que las mayores fuerzas de la tierra. Piensa en la electricidad, que puede alumbrar tu casa o parar tu corazón. Piensa en el fuego, que puede dar calor a tu familia o consumir una manzana de la ciudad. No son más que sombras borrosas del poder sobrenatural de Dios, que creó el fuego y formó la tierra de la nada. Si enseñamos a nuestros hijos a tratar con respeto la electricidad y el fuego, ¿con cuánto mayor respeto deberíamos tratar los misterios mismos del cielo, que nos llenan en la Comunión?

LA VERDAD O SUS CONSECUENCIAS

No podemos excusarnos del juicio que nos atraemos cuando fracasamos en cumplir nuestro testimonio. Escucha la advertencia de San Pablo: «por tanto cualquiera que come el pan o bebe el cáliz del Señor indignamente será reo de profanar el Cuerpo y la Sangre del Señor» (*1 Cor* 11,27). *¡Reos de blasfemia!* No es poca cosa. Para asegurarse un sacrificio puro, los primeros cristianos confesaban sus pecados… ¡en público! Hoy en día el sacramento de la Confesión es privado y no tan oneroso. ¿Le sacamos el máximo provecho?

«Por esto es por lo que muchos de vosotros sois débiles y enfermos y algunos han muerto» (*1 Cor* 11,29). No nos atrevemos a desechar esta afirmación como algo caducado o supersticioso. San Pablo sabía lo que decía y la Iglesia, aún hoy, conserva esta idea en la liturgia. Las malas comuniones hacen recaer un juicio sobre nuestras cabezas. El sacerdote, antes de recibir la Comunión, dice: «no sea para mí un motivo de juicio y condenación sino que […] me aproveche para defensa de alma y cuerpo y como remedio saludable».

Recibir la Comunión, por tanto, es recibir el cielo… o buscarse el más severo castigo. En algunas épocas y lugares, el peso de este juicio apartó a los cristianos de la Comunión durante años. Pero ésta no es la solución de San Pablo. Más que apartarse, recomienda el arrepentimiento. «Examínese el hombre a sí mismo y entonces coma del pan y beba del cáliz» (*1 Cor* 11,28).

Nadie puede superar este examen. Todos somos pecadores. Nadie es digno de acercarse a Dios todopoderoso… y mucho menos de entrar en comunión con Él. Incluso San Juan, el discípulo amado y modelo de pureza y virtud, cayó maravillado cuando vio a su mejor amigo, Jesucristo, en la gloria.

¿Cómo respondemos interiormente cuando el sacerdote levanta la hostia y dice «éste es el Cordero de Dios…»?

No lo dudes: tenemos que empeñarnos en las batallas espirituales que nos conseguirán recogimiento, atención y contrición durante la Misa.

AMOR VERDADERO SIEMPRE

Queremos la bendición de la alianza y no la maldición. Cuanto más preparados estemos para la Misa, más gracia sacaremos de ella. Y recuerda: la gracia disponible en la Misa es infinita… es toda la gracia del cielo. El único límite es nuestra capacidad para recibirla.

Esta bendición es puro poder, aunque no como el mundo entiende el poder. La gracia significa libertad, pero no como el mundo entiende la libertad. La unión con Cristo hizo a Simón Pedro más fuerte que el emperador romano Nerón, aun cuando Nerón decretase la muerte de Pedro. Pedro recibió el cielo; Nerón gobernó el mundo, pero fue consumido por sus perversiones, que crecieron cada vez más depravadas llevándole al suicidio el año 68.

La gracia compensa cada debilidad de nuestra naturaleza humana. Con la ayuda de Dios somos capaces de hacer lo que nunca podríamos hacer por nosotros mismos: a saber, amar perfectamente, sacrificarnos completamente, entregar nuestras vidas como Cristo lo hizo. No estaremos aferrados a nada de la tierra, prefiriendo en vez de eso levantarnos hacia el cielo.

Los mártires del Apocalipsis son los únicos que hablan desde el altar. Son sacramentos del sacrificio eucarístico de Cristo. En sus vidas, manifestaron la verdadera naturaleza del amor: ofrecerse uno mismo en sacrificio.

Podemos vivir este martirio dondequiera que estemos. Para ser mártires, no necesitamos viajar a países opresores anticristianos. Tan sólo necesitamos hacer las mismas cosas que hemos hecho siempre… pero haciendo, de cada uno de esos gestos, acciones, pensamientos y sentimientos, una expresión de amor al Padre, una imitación del Hijo dentro de nosotros. Eso es lo que quiere decir vivir la Misa.

HACER MARAVILLAS

Ser misionero y mártir quiere decir restaurar todas las cosas en Cristo. Significa hacer la cena para Cristo, y por Él para el Padre y para sus hijos, que son los tuyos. Significa ir a trabajar y hacer las tareas con amistad hacia tus compañeros, y no solamente para que te suban el sueldo el próximo año o para conseguir una promoción, sino para ganar una herencia eterna.

Recuerda de nuevo las palabras del Vaticano II: «todas sus obras, oraciones, tareas apostólicas, la vida conyugal y familiar, el trabajo diario, el descanso espiritual y corporal […], todo ello se convierte en sacrificios espirituales agradables a Dios por Jesucristo […], que ellos ofrecen con toda piedad a Dios Padre en la celebración de la Eucaristía uniéndolos a la ofrenda del Cuerpo del Señor».

Toda nuestra vida está metida en la Misa y se convierte en nuestra participación en la Misa. Cuando el cielo baja a la tierra, levantamos nuestro corazón para encontrarlo a mitad de camino. Ése es el esplendor de lo ordinario: el día a día se convierte en nuestra Misa. Así es como realizamos el Reino de Dios. Cuando empezamos a ver que el cielo nos espera en la Misa, empezamos ya a llevar nuestra casa al cielo. Y empezamos ya a llevarnos el cielo a casa.

Nos convertimos en mártires, testigos de Jesucristo, cuya parusía, cuya Presencia, conocemos más íntimamente.

LA CENA ESTÁ PREPARADA

Fuimos hechos como criaturas de la tierra, pero fuimos hechos para el cielo, nada menos. Fuimos hechos en el tiempo, como Adán y Eva, pero no para permanecer en un paraíso terrenal, sino para ser llevados a la vida eterna de Dios mismo. *Ahora*, el cielo ha sido desvelado para nosotros con la muerte y resurrección de Jesucristo. *Ahora* se da la Comunión para la que Dios nos ha creado. *Ahora*, el cielo toca tierra y te espera. Jesucristo mismo te dice: «mira, estoy a la puerta y llamo; si alguno escucha mi voz y abre la puerta, *entraré a él y comeré con él y él conmigo*» (*Apoc* 3,20).

La puerta se abre *ahora* a la cena nupcial del Cordero.



SCOTT HAHN (28 de octubre de 1957). Hahn se licenció en Teología, Filosofía y Economía (magna cum laude) en el Grove City College (Pennsylvania) el año 1979. Hizo un máster del seminario Gordon-Conwell Theological Seminary en 1982, obteniendo la calificación de summa cum laude. En mayo de 1995, se doctoró en teología sistemática en la Universidad Marquette (Phi Beta Kappa).

Scott Hahn se convirtió al catolicismo en la Pascua de 1986 en Milwaukee, Wisconsin. Muchas personas, usando las palabras de su esposa, han empezado a llamarlo “Lutero a la inversa”, ya que un gran número de pastores protestantes y los eruditos de la Biblia a partir de entonces han seguido el ejemplo en la conversión al catolicismo.

Scott W. Hahn es profesor de Teología y Sagrada Escritura en la Franciscan University of Steubenville (Ohio). Está casado y es padre de seis hijos. Actualmente vive en Steubenville. Ha sido nombrado por el Papa Benedicto XVI catedrático de Teología Bíblica y Proclamación Litúrgica del Saint Vincent Seminary (en Latrobe, Pennsylvania).

Notas

[1] La afirmación de Juan Pablo II está tomada de su Discurso en el *Ángelus* (3 de noviembre de 1996). Juan Pablo II dirigió también un «Discurso sobre la Liturgia» a los Obispos de los Estados Unidos en su visita *ad limina* de 1998, en el que declara: «el desafío ahora consiste […] en alcanzar el punto exacto de equilibrio, en especial entrando más profundamente en la dimensión contemplativa del culto […]. Esto sucederá sólo si reconocemos que la liturgia tiene dimensiones tanto locales como universales, tanto temporales como eternas, tanto horizontales como verticales, tanto subjetivas como objetivas. Precisamente estas tensiones dan al culto católico su carácter distintivo. La Iglesia universal está unida en un gran acto de alabanza, pero es siempre el culto de una comunidad particular en una cultura particular. Es el eterno culto del cielo, pero a la vez está inmerso en el tiempo». Y concluía: «en el centro de esta experiencia de peregrinación está nuestro viaje de pecadores a la profundidad insondable de la liturgia de la Iglesia, la liturgia de la creación, la liturgia del cielo que, en definitiva, son todas culto de Jesucristo, el eterno Sacerdote, en quien la Iglesia y toda la creación se ordenan a la vida de la Santísima Trinidad, nuestra verdadera morada» (9 de octubre de 1998; traducción de *L'Osservatore Romano*, ed. esp., en DP 130/1998). Cf. Juan Pablo II, *Springtime of Evangelization*, Basílica Press, San Diego 1999, pp. 130,135. Juan Pablo II desarrolla más a fondo esta visión en su Carta Apostólica de 1995 *Oriéntale lumen* («La Luz de Oriente»). **<<**

[2] *Sacrosanctum Concilium*, 8. **<<**

[3] Leonard L. Thompson, *The Book of Revelation: Apocalypse and Empire*, Oxford University Press, Nueva York 1990, p. 53. **<<**

[4] Sobre el número de corderos sacrificados, Josefo, *Guerra de los judíos* VI.9.424. **<<**

[5] *Didaché* 14,3 (pronúnciese didajé; n. del tr.). **<<**

[6] *Didaché* 14,1. (En adelante usamos la traducción de Juan José Ayán, en *Padres Apostólicos*, Ciudad Nueva, Madrid 2000; n. del tr.). **<<**

[7] *Didaché* 9,4-5; 10,3; 10,5. **<<**

[8] Joseph Ratzinger. *La fiesta de la fe: ensayo de teología litúrgica*. Desclée de Brouwer, Bilbao 1999, p. 78; cf. también pp. 71-82. **<<**

[9] Cf. Hartmut Gese, *Essays on Biblical Theology*, Augsburg, Minneapolis 1981, pp. 128-133. **<<**

[10] Cf. sus cartas a los *efesios* (5,2), *tralianos* (1,2) y *filadelfios* (4), citadas en Johannes Quasten, *Patrología*, vol. 1, Edica, Madrid 1968, 2.ª ed. **<<**

[11] San Ignacio de Antioquía, *Carta a los filadelfios*, 4. <<

[12] San Ignacio de Antioquía, *Carta a los esmirniotas*, 7. **<<**

[13] Ibíd., 8,1. <<

[14] San Justino mártir, *Apología*, 1,65-67. Cf. también *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1345, (de donde tomamos la traducción; n. del tr.). **<<**

[15] San Justino mártir. *Apología*, 1,66. **<<**

[16] San Justino mártir, *Diálogo con Trifón*, 41. **<<**

[17] Para una buena traducción del texto litúrgico de Hipólito, cf. Lucien Deiss, *Early Sources of the Liturgy*, Alba House, Staten Island, Nueva York 1967, pp. 29-73. (Traducción española en J. Urdeix [ed.], *La Didajé. La Tradición apostólica*. Cuadernos Phase 75, CPL. Barcelona 1999, 2.ª ed., pp. 23-49; n. del tr.). **<<**

[18] Orígenes, *Sobre el Éxodo*, 13,3. **<<**

[19] Dorothy L. Sayers, escritora y guionista radiofónica anglicana, nacida en Oxford en 1893 y fallecida en 1957 (n. del tr.). **<<**

[20] Joseph Ratzinger, “Transmisión de la fe y fuentes de la fe”, *Scripta Theologica* 15 (1983), p. 12. **<<**

[21] *La interpretación de los dogmas*, en Comisión Teológica Internacional. *Documentos 1969-1996*. Edica. Madrid 1998. p. 441. **<<**

[22] Raymond Brown, S.S., *New Testament Essays*, Doubleday, Nueva York 1968, p. 307. **<<**

[1] Citado por Roland H. Bainton, *Here I Stand: A Life of Martín Luther*, Mentor, Nueva York 1950, p. 261. **<<**

[2] Test proyectivo de personalidad que consiste en un conjunto de láminas con manchas de tinta aleatorias, ante las que el entrevistado debe decir lo que ve o lo que le sugiere (n. del tr.). **<<**

[3] Cf. Hal Lindsey, *The Late Great Planet Earth*, Zondervan. Grand Rapids 1970. **<<**

[4] Sobre el Apocalipsis como una «visión del Templo», cf. R. A. Briggs, *Jewish Temple Imaginera in the Book of Revelation*, Peter Lang, Nueva York 1999, pp. 45-110; A. Spatofora. *From the "Temple of God" to God as the Temple: A Biblical Theological Study of the Temple in the Book of Revelarían*, Gregorian University Press, Roma 1997; J. Paulien, *The Role of the Hebrew Cultus, Sanctuary, and Temple in the Plot and Structure of the Book of Revelation*, Andrews University Seminary Studies 33 (1995), pp. 245-64; W. Riley, *Temple Imagery and the Book of Revelation: Ancient Near Eastern Ideology and Cultic Resonances in the Apocalypse*, Proccedings of the Irish Biblical Association 6 (1982), pp. 81-102. La mayoría de los comentadores modernos (p. ej., Beale, Aune, Thompson, Caird, Ladd) reconocen los numerosos rasgos de las visiones de Juan como sacados de la liturgia del Templo (siete lámparas de pie = la *menoráh*, la túnica blanca como una vestidura sacerdotal, etc.). **<<**

[5] Cf. Joseph Ratzinger, *Escatología*, Herder, Barcelona 1984, p. 49: «para nuestro problema, la pregunta decisiva es ahora, cómo se consigue enlazar ambas partes, es decir, en qué sentido la destrucción de la ciudad santa, esperada para muy pronto, se relaciona temporalmente con la parusía. […] El fin de Jerusalén no es el fin del mundo, sino el comienzo de una nueva etapa de la historia de la salvación». Más adelante observa: «pero siempre tiene uno la impresión de que la tribulación a causa de la destrucción de Jerusalén se relaciona temporalmente también con los acontecimientos del fin del mundo» (p. 50). **<<**

[6] Para una presentación popular de los cuatro acercamientos para la interpretación del Apocalipsis (presentados en paralelo en cada página), cf. S. Gregg (ed.), *Revelation: Four Views-A Parallel Commentary*, Thomas Nelson, Nashville 1997. **<<**

[7] Sobre la identificación de «la mujer» del cap. 12 del Apocalipsis con la Virgen María (que fue anunciada veladamente por la «Hija de Sión» en el Antiguo Testamento, de manera similar a como ella prefigura y encarna a la Iglesia de Cristo en el Nuevo Testamento, como novia virgen y madre fecunda), cf. Ignacio de la Potterie, S.J., *María en el misterio de la Alianza*, Edica, Madrid 1993, p. 285-311; George Montague, S.M., *Mary and the Church in the Fathers*, American Ecclesiastical Review 123 (1950), p. 153; Bernard J. Le Frois, S.V.D., *The Woman Clothed with the Sun* (*Apoc* 12) —*Individual or Collective: An Exegetical Study*, Herder, Roma 1954; *idem*, *The Woman Clothed with the Sun*, American Ecclesiastical Review 126 (1952), pp. 161-80; D. J. Unger, *Did Saint John See the Virgin Mary in Glory?*, Catholic Biblical Quarterh 11-12 (1949-50), pp. 75-83, 155-61, 249-62, 292-300, 392-405, 405-415. **<<**

[8] S. Pío X, Enc. *Ad diem illum laetissimum*. 24, 1904. **<<**

[9] Sobre la realidad esencial que hay debajo de la descripción figurativa que hace Juan del «misterio de iniquidad» (p. ej., «las Bestias»), cf. *Fe cristiana y demonología*, Congregación para la doctrina de la Fe, en VV.AA.. *Sectas satánicas y fe cristiana*. Palabra, Madrid 1998, p. 90: «en efecto, es el Apocalipsis el que, subrayando el enigma de los diversos nombres y símbolos de Satanás en la Sagrada Escritura, revela definitivamente su identidad». **<<**

[10] Para profundizar en el posible fondo salomónico de 666 (*1 Re* 10,14), cf. A. Farrer, *A Rebirth of Images: the Making of St. John's Apocalypse*, Dacre Press, Londres 1949, pp. 256-60. Farrer hace notar también: «en el sexto día de la semana, a la hora sexta, dice San Juan, los reinos de Cristo y del Anticristo se miran a la cara en el tribunal de Pilato, y los adeptos del Falso Profeta (Caifas) escribieron a fondo en sus frentes la marca de la Bestia, cuando dijeron: "no tenemos más rey que el César" […]. La victoria de Cristo del Viernes es también la manifestación suprema del Anticristo» (p. 259). **<<**

[11] Para este capítulo, cf. Ignacio de la Potterie, «El Apocalipsis ya sucedió», *30 Días* 9/96 (1995), pp. 62-63. **<<**

[12] *Suma Teológica* III, Supl., q. 73; cf. también San Agustín, *Epístola 80*, que cita Santo Tomás. **<<**

[13] Joseph Ratzinger. *Escatología*, pp. 188-191: «sólo por medio de imágenes se puede describir en su propia esencia la llegada del Señor. En orden a esa presentación, el Nuevo Testamento tomó el material al respecto de lo que el Antiguo Testamento dice sobre el Día de Yahwéh […]. Además, se dan ahí conceptos provenientes de los cultos […] y liturgias. […] Desde esta perspectiva es como resulta posible valorar auténticamente el lenguaje cósmico de los símbolos en el Nuevo Testamento. Se trata de un lenguaje litúrgico…». Y continúa: «de este análisis se puede sacar una doble consecuencia: de los elementos cósmicos en las imágenes del Nuevo Testamento no se puede concluir nada en orden a una descripción cósmica del curso de acontecimientos futuros. Todos los intentos en este sentido se han equivocado de camino. Estos textos son más bien una exposición del misterio de la parusía valiéndose del lenguaje de la tradición litúrgica. El Nuevo Testamento oculta y desvela lo que para nosotros resulta inexpresable de la venida de Cristo. Lo hace sirviéndose de palabras *del* ámbito que debe expresar en este mundo el lugar del contacto con Dios. *La parusía representa el culmen y realización suprema de la liturgia. La liturgia, por su parte, es parusía, acontecimiento de parusía en medio de nosotros*» (pp. 189-190). Añade Ratzinger: «cada eucaristía es parusía, venida del Señor, y cada eucaristía es, con todo, preponderantemente tensión del anhelo de que revele su oculto resplandor» (p. 190). Y concluye: «para este modo de ver las cosas, el tema de la parusía deja de ser una especulación sobre lo desconocido. En realidad se convierte en una explicación de la liturgia y de la vida cristiana en su contexto íntimo…» (p. 191). [La cursiva es mía]. **<<**

[14] Karl Adam, *El Cristo de nuestra fe*, Herder, Barcelona 1972, 4.ª ed., pp. 370-371: «de ahí que los exegetas católicos prefieran la explicación de que las manifestaciones del Señor en este discurso [el discurso del monte de los Olivos] han de interpretarse en el sentido de una visión profética […]. En este contexto, la ruina de Jerusalén tiene una significación, para la economía salvadora, de primer orden. Porque no es la ruina de una ciudad ordinaria, sino la ruina de la Antigua Alianza, el juicio de Dios sobre el primogénito de Yahwéh, por no haber conocido el tiempo de su visitación. Para la perspectiva profética de Jesús, la ruina de Jerusalén significaba el primer acto del ya iniciado juicio universal, la real introducción del futuro juicio final absolutamente. La ruina de la ciudad pertenecía ya, para Jesús, a la gran novedad que con su venida había entrado invisiblemente en el mundo y que había de tener su complemento y consumación en la parusía del Señor. Y como esta introducción del juicio final, esta ruina de Jerusalén había de suceder ya en esta generación, es claro que alguno de los oyentes de Jesús habían de ser testigos de este juicio». **<<**

[15] Sobre el vínculo estrecho y profundo entre la presencia real y la parusía, cf. P. Hinnebusch, “The Eucharist and the Parousia”, *Homiletic and Pastoral Review* (noviembre 1994), pp. 15-19; G. Wainwright, *Eucharist and Eschatology*, Oxford University Press, Nueva York 1981; F.-X. Durrwell. *The Eucharist: Presence of Christ*, Dimensión, Denville, NJ 1974; Jean Galot “The Theology of the Eucharistic Presence”, *Review for Religious* 22 (1963), pp. 407-26; A. J. Kenney, “Until He Comes: Eschatology and the Eucharist”, *The Clergy Review* 41 (1956), pp. 514-26. **<<**

[16] Para una buena argumentación a favor de una fecha del Apocalipsis anterior al año 70 (es decir, durante la persecución de Herodes, antes de la revuelta Judía), cf. K. L. Gentry. *Befare Jerusalem Fell: Dating the Book of Revelation*, I.C.E., Tyler. Texas 1989. **<<**

[17] Sobre las antiguas tradiciones alrededor de la «primera piedra» (en hebreo *'eben shetiyah*), sobre la que se construyó el Templo de Jerusalén (y donde está situada al presente la Mezquita de la Roca), cf. B. F. Meyer, "The Temple at the Navel of the Earth", en *Christus Púber: The Master-Builder of the House of God*. Pickwick Press, Pittsburgh 1992, pp. 21-79; *ídem, The Aims of Jesús*. Fortress Press, Philadelphia 1979, pp. 185-87; Z. Vilnay, *Legenda of Jerusalem*, Jewish Publicación Society of America, Philadelphia 1973, pp. 5-49; J. Jeremías, *Golgotha*. Pfeiffer, Leipzig 1926, pp. 66-68; A. J. Wensinck. *The Idea of the Western Semites Concerning the Navel of the Earth*. Johannes Muller, Amsterdam 1916, pp. 22-35.54-65. Para un tratamiento interesante del aparente vínculo en Apocalipsis 20 entre la «primera piedra» y «el dragón atado» durante «el milenio» (es decir, el período de la alianza davídica desde la conquista de Jerusalén el año 1003 a. C. hasta el nacimiento de Jesús), en el que la Jerusalén terrenal servía como prototipo temporal del Reino de la Nueva Alianza, cf. Scott Hahn, "The End; A Bible Sludy on the Book of Revelation" (serie de 13 cassettes distribuidas por St. Joseph Communication. West Covina, California 1993); y V. Burch, *Anthropology and the Apocalypse*. Macmillan. Londres 1939, pp. 139-209; E. Corsini, *The Apocalypse*. Michael Glazier, Wilmington, Delaware 1983, pp. 361-85; y R. A. White, "Preterism and the Orthodox Doctrine of Christi's Parousia" (M. A. Thesis, Trinity Evangélical Divinity School 1986), pp. 42-46. **<<**

[18] Sobre la Jerusalén terrenal el año 70 d. C. como objeto primario del juicio del Apocalipsis contemplado en la alianza divina (vs. Roma), cf. A. J. Beagley, *The 'Sitz Im Lehen' of the Apocalypse with Particular Referente to the Role of the Church's Enemies*. Walter de Gruyter, Nueva York 1987; también cf. D. Chillón, *The Days of Vengeance: An Exposition of the Book of Revelation*, Dominion Press. Tyler, Texas 1987. **<<**

[19] Citado en J. L. McNulty. «The Bridge». *The Bridge* I (1955), p. 12. **<<**

[20] B. F. Westcott, *The Historie Faith*, Macmillan, Nueva York 1890, p. 90: «para la historia religiosa del mundo, la caída de Jerusalén supuso un final tan definitivo como la muerte. El establecimiento de una Iglesia espiritual fue un comienzo tan glorioso como la Resurrección». **<<**

[21] Cf. Augustin Cardinal Bea, “The Jewish People in the Divine Plan of Salvation”, *Thought* 41 (1966), pp. 9-32. Afirma Bea: «hemos de tener presente la típica perspectiva profética en la que el juicio sobre Jerusalén es al mismo tiempo modelo y símbolo del Juicio Final […]. Por eso, en el conocido discurso de Jesús en Mateo 24, el juicio histórico sobre Jerusalén y el Juicio final se mezclan de tal manera que resulta imposible decidir dónde termina uno y dónde comienza el otro. De ahí que el juicio sobre Jerusalén y su destrucción son parte de la revelación de Dios a la humanidad; a través de él, en un episodio concreto. Dios muestra algo de aquella terrible realidad del juicio con el que concluirá la historia de la humanidad. Puesto que esa realidad es de importancia decisiva para los hombres, según la Sagrada Escritura, es perfectamente adecuado a la pedagogía divina proyectar cierta imagen de ella en la historia de la humanidad a modo de advertencia severa, pero eficaz y saludable» (pp. 22-23). **<<**

[1] Cf. Timothy Ware, *The Orthodox Church*, Penguin Book, Baltimore 1963, p. 269. **<<**

[2] Joseph Ratzinger, *Un canto nuevo para el Señor*, Sígueme, Salamanca 1999, p. 152. Añade: «no es que el hombre primero piense y luego cante, sino que el canto le llega de los ángeles y eleva el corazón para que esté en consonancia con esta música que le llega. Pero importa recordar sobre todo que la liturgia no es algo que hacen los monjes; es anterior a ellos. Es el acceso a la liturgia permanente del cielo. Así, y sólo así, la liturgia terrena es liturgia: sumándose a lo que ya acontece, a lo que es superior». **<<**

[3] P. Maniyattu, *Heaven on Earth: The Theology of Liturgical Space-time in the East Syrian Curbana*, Mar Thoma Yogam, Roma 1995, pp. 25-27: «es la Sagrada Eucaristía la que hace eterno el tiempo. La participación en la liturgia eucarística nos hace capaces de transcender los límites del tiempo y entrar en la esfera del tiempo sagrado […]». **<<**

[4] Para un mayor desarrollo de los elementos y estructura litúrgicos del Apocalipsis, cf. J.-P. Ruiz, “The Apocalypse of John and Contemporary Román Catholic Liturgy”, *Worship* 68 (1994), pp. 482-504; M. M. Thompson, “Worship in the Book of Revelation”, *Ex Auditu* 8 (1992), pp. 45-54; Ugo Vanni, “Liturgical Dialogue as a Literary Form in the Book of Revelation”, *New Testament Studies* 37 (1991), pp. 348-72; B. W. Snyder, “Combat Myth in the Apocalypse: The Liturgy of the Day of the Lord and the Dedication of the Heavenly Temple”, Ph.D. Dissertation, Gradúate Theological Union and University of California, Berkeley 1991; G. A. Gray, “The Apocalypse of Saint John the Theologian: Verbal Icón of Liturgy”, M. A. Thesis, Mount Ángel Seminary, 1989; E. Cothenet, “Earthly Liturgy and Heavenly Liturgy according to the Book of Revelation”, *Roles in the Liturgical Assembly*, XII Liturgical Conference Saint-Serge, Pueblo, Nueva York 1981, pp. 115-35; L. Thompson, “Cult and Eschatology in the Apocalypse of John”, *Journal of Religion* 49 (1969), pp. 330-50; M. A. Shepherd, *The Pascal Liturgy and the Apocalypse*, Lutterworth, Londres 1960. **<<**

[5] Significativamente, señala el Catecismo: «el Apocalipsis de San Juan, *leído en la liturgia de la Iglesia*, nos revela primeramente que “un trono estaba erigido en el cielo y Uno sentado en el trono”: “el Señor Dios” […]» (n. 1137, las cursivas son añadidas). Esta enseñanza del *Catecismo* subraya lo apropiado e iluminador que resulta leer e interpretar el Apocalipsis específicamente «en la liturgia de la Iglesia», como el libro instruye a sus lectores a hacerlo (*Apoc* 1,3); cf. J.-P. Ruiz, *Ezekiel in the Apocalypse*, Peter Lang, Nueva York 1989, p. 488: «la liturgia fue el ámbito privilegiado para comprender el Apocalipsis de Juan. Allí fueron leídas e interpretadas las Escrituras. […] El vocabulario relativo al culto, las fórmulas litúrgicas, los elementos hímnico-doxológicos que se encuentran por todo el libro evidencian que este fue el caso». También, cf. Leonard L. Thompson, *The Book of Revelation*, Oxford University Press, Nueva York 1990, p. 72: «más aún, el vidente recibe sus visiones “en el día del Señor” (1,10) —*in sacro tempore*— el día del culto en la Iglesia primitiva, el mismo día que espera que sean leídas en la asamblea de culto. La revelación profética es recibida y proclamada en el contexto del culto. Esos comentarios del vidente cuadran con los de Pablo, que afirma que un “apocalipsis” forma parte del servicio cuando los cristianos se juntan para dar culto (*1 Cor* 14,26). Al final de una discusión sobre los dones espirituales, San Pablo describe un servicio de culto: entre otras cosas, incluye el canto de himnos y la proclamación de apocalipsis (*1 Cor* 14,26). […] El profeta puede usar cualquiera de las formas de culto: una plegaria, un himno, una revelación e incluso una enseñanza. Lo importante es que los servicios se desarrollen ordenadamente y bajo control. El profeta mismo, incluso cuando está “en el Espíritu”, mantiene el control (*1 Cor* 14,32). La estrecha conexión que muestra el Apocalipsis entre culto y apocalipsis, se adecúa en varios aspectos a lo que Pablo dice en 1 Corintios». Y concluye: «tanto en el Apocalipsis como en la Iglesia primitiva el culto sirve de marco en el que se despliegan narraciones escatológicas (como las del mismo libro del Apocalipsis). Más aún, tanto en el Apocalipsis como en las iglesias de Asia menor, el culto lleva a cabo el reino de Dios y su justo juicio; a través de la celebración litúrgica, las expectativas escatológicas son percibidas en el presente. Himnos, acciones de gracias, doxologías y aclamaciones realizan en el contexto litúrgico el mensaje escatológico. […] El libro del Apocalipsis, sirviendo en el culto comunitario de Asia menor como

el culto celestial sirve en el libro mismo, une cielo y tierra. La obra media su propio mensaje» (pp. 72-73). Cf. también David E. Aune, *The Cultic Setting of Realized Eschatology in Early Christianity*, E. J. Brill, Leiden 1972. **<<**

[6] *Didaché* 14,13. **<<**

[7] Cf. Jerome Murphy-O'Connor, O.P., "The Cenacle and Community: The Background of Acts 2:44-45", en M. D. Coogan, J. C. Exum, y L. E. Stager (eds.), *Scripture and Other Artifacts*, Westminster John Knox, Louisville, Ky. 1994, pp. 296-310. Rainer Reisner, "Jesús, the Primitive Community, and the Essene Quarter of Jerusalem", en J. H. Charles worth (ed.), *Jesús and the Dead Sea Scrolls*, Doubleday, Nueva York 1992, pp. 198-234; Bargil Pixner, O.S.B., "Jerusalem's Essene Gateway: Where the Community Lived in Jesús'Time", *Biblical Archaeology Review* (mayo-junio 1997); *ídem*. "Church of the Apostles Found on Mount Zion", *Biblical Archaeology Review* (mayo-junio 1990). **<<**

[8] Para un buen estudio de las dimensiones celestiales de la Misa en varias fuentes patrísticas y medievales, cf. M. M. Schaefer, “Heavenly and Earthly Liturgies: Patristic Prototypes, Medieval Perspectives, and a Contemporary Application”, *Worship* 70 (1996), pp. 482-505. «Las liturgias de las antiguas iglesias de Oriente y Occidente están inspiradas por las estructuras simbólicas de la Carta a los Hebreos y del Apocalipsis. […] El entorno de la Divina Liturgia simboliza el culto “de arriba”. Los edificios centralizados coronados por una cúpula “imitan” el cielo. Los diáconos obedientes a una sacra coreografía sirven como los ángeles ministeriales, mientras que el pueblo canta aclamaciones, como si estuviera en la corte celestial. El sacerdote es icono de Cristo, el Sumo Sacerdote. […] Como fuente iconográfica de numerosos programas de ábsides paleocristianos y medievales de la ciudad de Roma, [el Apocalipsis] tuvo un papel importante en la imaginación religiosa de Occidente» (pp. 489-90). Schaefer cita a Gregorio Magno: «porque quién de los creyentes puede tener alguna duda de que en el momento de la inmolación, al sonido de la voz del sacerdote, los cielos se abren y los coros angélicos están presentes en el misterio de Jesucristo. En el altar, lo más bajo se une con lo más sublime, la tierra con el cielo, lo visible y lo invisible se juntan en una unidad». (*Diálogos*, IV, 58 [PL 77, 425D]). Concluye la autora: «la pérdida de las perspectivas patrísticas relega el misterio del cielo y la tierra unidos en el culto a un futuro escatológico […]» (p. 502). Cf. también el innovador estudio de este tema, O. Piper, “The Apocalypse of John and the Liturgy of the Ancient Church”, *Church History* 20 (1951), pp. 10-22. **<<**

[9] Erik Peterson, *The Ángels and the Liturgy*, Herder and Herder, Nueva York 1964, p. ix: «vemos claramente que la Jerusalén de la tierra con su culto del Templo, ha sido el punto de partida de estas ideas e imágenes de la primitiva literatura cristiana; pero el punto de partida ha sido dejado atrás, y la Jerusalén que se ve como poder político o centro del culto, ya no está en la tierra, sino en el cielo, a donde se vuelven los ojos de los cristianos». En otra parte escribe: «el análisis que hemos hecho de la Liturgia de San Marcos ha sido completo. Este análisis ha ratificado nuestra tesis de que todo el culto terreno de la Iglesia debe verse como una participación en el culto ofrecido a Dios por los ángeles en el cielo; lo cual está confirmado no sólo por la Sagrada Escritura, sino también por la Tradición de la Iglesia como se expresa en la liturgia». **<<**

[10] San Cirilo de Jerusalén, *Catequesis* [Quinta catequesis mistagógica] 22, 4, PPC, Madrid 1985, p. 194. **<<**

[11] *Líber Graduum* 12,1, citado en P. Maniyattu, *Heaven on Earth*, Mar Thoma Yogam, Roma 1995, p. 9. **<<**

[12] Lorenzo Scupoli, *Combate espiritual*, San Pablo, Madrid 1996, p. 103. **<<**

[13] Ibíd. p. 69 <<

[14] Sobre los santos del Canon romano, cf. Joseph Ratzinger, *Un canto nuevo para el Señor*, Sígueme, Salamanca 1999, p. 201. **<<**

[15] Juan Pablo II, *Homilía*, 28 enero 1979, en CELAM, *Puebla*, Edica, Madrid 1979, pp. 46-47. **<<**

[16] M. J. Sheeben, *Los misterios del cristianismo*, Herder, Barcelona 1953, p. 539: «la Iglesia también ha de ponerse ante todo en contacto —mediante la realización de este acto sacrificial terreno— con el sacrificio celestial de Cristo, que Él ofrece en su cuerpo glorificado […]. Solamente porque en el holocausto celestial la inmolación misma verificada en la cruz se presenta y se ofrece en recuerdo eterno a Dios, y porque este recuerdo de la separación de la sangre y del cuerpo se nos representa visiblemente en la Eucaristía mediante la diversidad de las especies eucarísticas, estampará en el acto sacrificial eucarístico también la inmolación hecha en la cruz y la hará presente en su forma y en su virtud». **<<**

Índice de contenido

Cubierta

La cena del Cordero

PRÓLOGO, por Benedict J. Groeschel, C.F.R.

Primera parte: EL DON DE LA MISA
Introducción: CRISTO ESTÁ A LA PUERTA
La Misa revelada
Capítulo I: EN EL CIELO AHORA MISMO
Lo que encontré en mi primera Misa
Empapado de Escritura
¡Santo Humo!
Me roban la idea
¡Próximamente…!
Capítulo II: ENTREGADO POR VOSOTROS
La historia del Sacrificio
Sobre el Cordero
Pan con clase
La carga de Moría
Magnetismo animal
Contando ovejas
Trono y altar: Jerusalén como capital real
Por dentro y por fuera
Ritual de la víctima
No pases de largo de este banquete
Rentabilizar la inversión
Capítulo III: DESDE EL PRINCIPIO
La Misa de los primeros cristianos
Una guía para la Misa
Raíces en Israel
Recuerdo de la Todáh
No se aceptan sustitutos
Texto y gráficos
Aquel viejo dicho familiar
Capítulo IV: PALADEA Y MIRA (Y ESCUCHA Y TOCA) EL EVANGELIO

Comprender las partes de la Misa
La liturgia es formadora de hábitos
Partir en dos un buen rato
Encrucijada
Un rito para los errores
G-l-o-r-i-a
La Iglesia del Evangelio completo
La necesidad de prestar atención al Credo
Ofrécele algo que no pueda rechazar
Movilidad ascendente
Cosas de familia
Enviados del Cielo

Segunda parte: LA REVELACIÓN DEL CIELO
Capítulo I: «ME VOLVÍ PARA MIRAR»
Encontrar sentido entre lo extraño
¿Mancha sin tinta?
EL virus Millenium
Una explosión del pasado
Porqués
Cielo y tierra en miniatura
De imitación a participación
Renacer de las cenizas
Capítulo II: QUIÉN ES QUIÉN EN EL CIELO
Un Apocalipsis de miles de actores
Yo, Juan
«El Cordero»
«Una mujer vestida de sol»
La primera bestia
La segunda bestia
Ángeles
Mártires, vírgenes y gente varia
En la tierra como en el cielo
Capítulo III: Y ENTONCES… ¡EL APOCALIPSIS!
Las batallas del Apocalipsis y el arma final
Estrellando símbolos
¿Cuan pronto es «pronto»?
Prostitutas y rumores de guerra
Una historia de cuatro ciudades (Sodoma, Egipto, Jericó, Babilonia)
Tiempos de la señal
La primera iglesia de Cristo en Jerusalén
Semitas espirituales

Una caída desconcertante
El Cordero asesino
Capítulo IV: EL DÍA DEL JUICIO
Su misericordia es terrible
¿Puedo llamar a un testigo?
Atormentado por la duda
Frutos prohibidos: las uvas de la ira
Enganchado a un error
Orden en la sala

Tercera parte: UNA REVELACIÓN PARA LAS MISAS
Capítulo I: LEVANTANDO EL VELO
Como ver lo invisible
Para tomar nota
Señor Jesús, ven en tu gloria
¿Incensarios extrasensoriales?
Aura de Sión
Primero viene el amor, después el matrimonio
La vieja escuela
Toc, toc
Capítulo II: EL CULTO ES UNA GUERRA
¿Qué escoges: luchar o huir?
¿Luchar o huir?
Páginas de sociedad
¿A esto lo llamas ira?
El noviazgo de la historia
Un resto que se resiste
No puedo levantarme para caer
Hay mucha gente aquí
Haz que los demonios se larguen gritando
El día D
Chequeo a la realidad: sopórtala
Capítulo III: PENSANDO EN LA PARROQUIA
El Apocalipsis como un retrato de familia
Historia de la familia
Un Dios que es familia
Afinidad por la Trinidad
Sin dolor
Un cambio masivo
¿Problemas tribales?
Entiéndelo bien
Capítulo IV: EL RITO HACE LA FUERZA

En qué se distingue la Misa
Da el golpe
Comida que sella un pacto
La verdad o sus consecuencias
Amor verdadero siempre
Hacer maravillas
La cena está preparada

Sobre el autor

Notas

SCOTT HAHN

La cena del Cordero

La Misa, el cielo en la tierra

